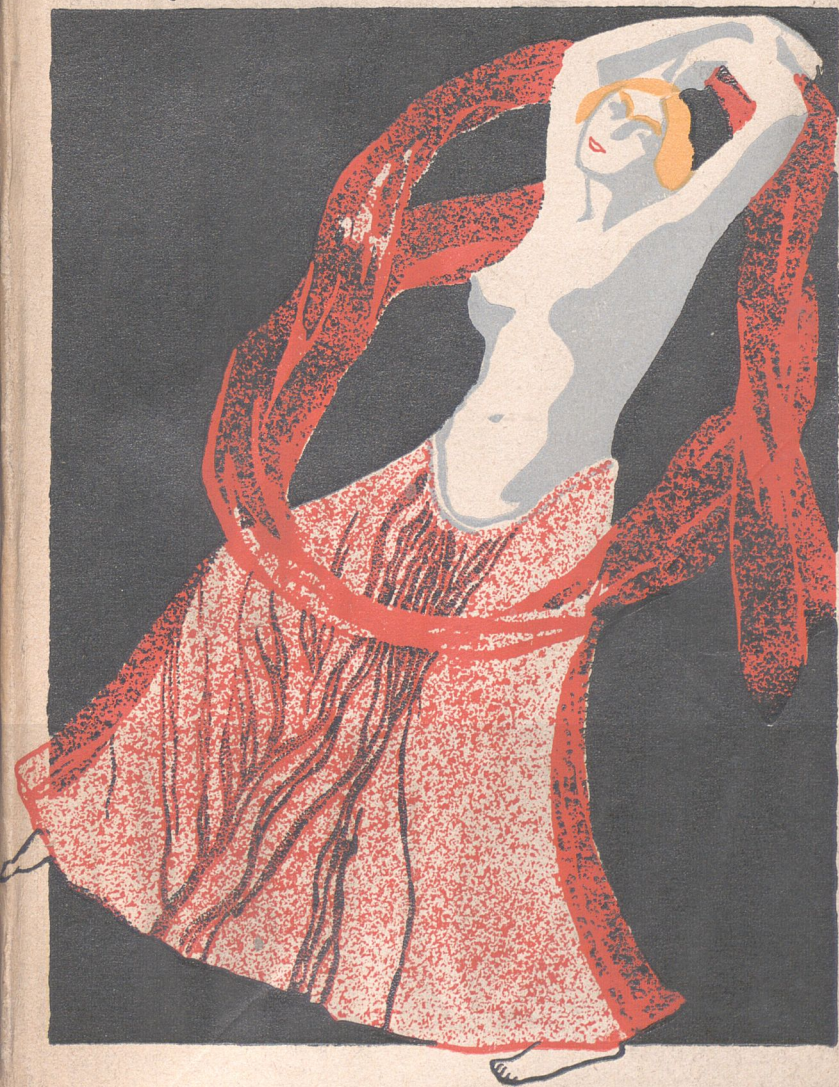


LEOPOLDO LOPEZ DE SAA

CARNE DE RELIEVE

(HISTORIA DE UNA BUENA MUJER)



.....RENACIMIENTO.....

D FOL
A

CARNE DE RELIEVE

F 28650

LEOPOLDO LÓPEZ DE SÁA

:: CARNE ::
DE RELIEVE

(HISTORIA DE UNA BUENA MUJER)



MADRID

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

V. PRIETO Y COMP.^ª, EDITORES

Pontejos, 8.

1911.



ES PROPIEDAD

SR. MARQUÉS DE...

Mi postrer amigo: Un eterno capricho va delante de mí. Es el paje de antorcha que agita su llama guiándome en la noche por la vieja ciudad de los sueños, proyectando violentas claridades y deteniendo mis pasos con raudas tinieblas, en ese contraste de luz y sombra que adoraba Rembrandt.

Ese capricho me obligó á remontarme un día sobre mis amarguras para caer entre aquellos relieves modelados por cíclopes, últimas aristas del mundo; briznas de hielo en que el sol desgarró su amarilla túnica oriental y donde el viento, ya sin fuerza, aletea con vuelo inseguro espantado del silencio de los abismos.

Una especie de pastor árcade, que encontré en aquellos desfiladeros, eternamente heridos por las flechas de agua, me refirió el extraño suceso á que deben su origen los Alpes.

Sobrábale al mundo corteza por lo mucho que se había mermado de miedo al sentir los pasos de los primeros hombres, y entonces aquellos hércules de trenzados músculos, de frentes planas y ojos de intenso rayo echáronse al hombro la faramalla de sucia costra y empezaron á tirar arriba y abajo, halando la podre, alisándola con firmeza de

tundidor en aquellos lugares en que debían construirse las ciudades burguesas, arrastrando en su roce glutinoso fósiles y pedriscos y dejándolo, en fin, convertido en frunces y en mogotes inmensos, que fueron enfriándose y sintiendo la codicia de la nutrición y el ansia de la fertilidad. Al reclamo de la tierra encendida, saltaron de los ventisqueros, en hervorosas ondas, los ríos azules, y los gérmenes navegaron en ellos buscando el mejor lugar para sus nupcias, y borbotearon los gnomos sobre las rocas negras, y valiéndose de cinceles de plata y martillitos de oro, empezaron á tallar á Friburgo, dejando en los ecos aquellas maravillosas armonías que el ginebrino encerró después en la caja del reloj de música. *Tics* lejanos, dulces sonsonetes, roces perezosos como el despertar de un sonido, vibraciones confusas, aurisonas, que se producían temblando, para quedarse luego dormidas en el invisible manto del aire; todo aquello sonaba de noche con rara intensidad, cuando el viento, distraído como fiera que tiene muchas presas á la vez, hundía su garra en uno ú otro valle, y el Sarine, con el siseo prolongado de su rápido curso, apagaba los blandos rumores de las frondas para escuchar mejor.

Yo fuí allá, buscando, peregrino de la religión y del silencio, la calma bienhechora y dí con usted, cosa muy frecuente en el laberinto de la vida, ¡pobre marqués! Usted se había impuesto la noble obligación de restaurar su cuerpo avejentado y yo experimentaba la necesidad de hacerme un alma nueva con los hielos alpinos. Ambos á dos vini-

mos á caer en nuestra propia historia, quedándose usted más ruinoso y más sin alma yo.

¿Recuerda usted aquellos días de bello crepúsculo? ¿Aquel comedor del *Restaurant Belga* con su aspecto de figón antiguo, sus ventanas de vidrios circulares, sus pesados muebles de roble, su reloj de ancha y perezosa péndola y su mesa preparada como para un festín de burgomaestres?

Allí, frente al muerto paisaje que el otoño iba cubriendo de hojas amarillas; levantando la copa de cristal de Limoges, que usted, nuevo rey de Thule, pretendió arrojar al Sarine, cuando la tocaron mis labios por última vez; en la hora augusta de nuestra despedida, prometí escribirle desde mi residencia de Cidron, cuartel de invierno de mis amores, Santa Elena de mi poderío, Yuste, en fin, de una monja tristísima que ríe muchas veces repasando el índice de sus recuerdos, y que, como el imperial solitario, se entretiene ¡tarea difícil! en poner de acuerdo los relojes de todas las épocas de su vida, en que sonaron tantas horas de duelo y de amor.

He renunciado al mundo como los gladiadores á la lucha; por estar cansada y por estar vencida, dos declaraciones que hago con gusto por resultarme muy femenino el confesarlo. ¿Qué mujer no halla especial deleite en decir ó en pensar por lo menos que fué vencida alguna vez?

Junto á los olmos de hondas arrugas y duras jorobas de corteza, en que hasta las hojas de un verde cansado parecen atestiguar la bondadosa cortesía del tiempo; junto á estos árboles centenarios

á los que se empeña en sostener, como á usted una terquedad incomprensible de la vida; bajo estas frondas en que buscan albergue misteriosos rumores; percibiendo ese dulce soplo del aire que no se escapa encallejonado por entre labios embusteros, como los suspiros de amor, sino libre y fuerte por la ancha y luminosa boca del espacio; oyendo esas notas de cítara de algún manantial perezoso, que parece reflexionar sus gotas como los hombres sus palabras; viendo esos cisnes blancos, vellones de espuma, que resbalan sobre el cristal sin ondas del lago prendido en los sauces como una gasa de mágico ensueño; contemplando esas gentiles esculturas que miran dulcemente con sus ojos sin fuego ó estrechan al que pasa con sus bustos sin brazos; sorprendiendo entre los diminutos miosotis y las tenues campánulas el banco señorial de plateresco adorno, que parece conservar todavía el reflejo de algún bordado casacón y de alguna falda chinesca; aspirando, en fin, este cálido aroma de flores bañadas en sol, este perfume de madera reseca, este hálito de saturación, me hundo muellemente en la delicia que me proporcionan mis sueños, y soy Galatea que llora á sus Acis, y soy Eco sin melancolías, y soy la casta provenzal que no echa de menos los llorones sonetos de Petrarca.

Ya sé, amigo mío, que usted no leerá sin reservas esta profesión de castidad hecha por una mujer que, bien mirado, podría ser la enciclopedia del amor riente; pero, ¡qué quiere usted!, no hay pecadora sin un minuto de santidad, ni necio que

no tenga una hora de sabiduría. El hombre y la mujer son mosaicos, en que ese artífice caprichoso que llamamos casualidad, combina los más raros efectos. Yo, que me fingí partidaria de todo deleite material, y tuve, como las romanas, algún especialísimo culto, he llegado casi romántica á este crepúsculo de mi belleza, que acabará enseguida, ya que, en contra de lo que se cree, nada hay tan pernicioso para las almas turbulentas como una dulce tranquilidad de paraíso.

Ha llegado mi expiación, Marqués, y con ella mis horas de reclinatorio. Hundo en el pecho la barbilla, y veo mi conciencia en sombra: quizá sea la conciencia humana la que pasa bajo mis ojos. Cuando no sabía pensar, procuré ser buena porque corre como cosa válida que toda mujer debe serlo. Fué lo que la fatalidad me ordenó que fuera, empujándome á través del cieno para que vengara á un fantasma; ¡quise ir directamente al cielo, y me metí por distracción en el jardín de Marta que tanto amaba Margarita! ¡He aquí mi nombre! ¡Siempre aborrecí á Ofelia, porque buscaba solamente una fidelidad! ¡Qué diferencia, Marqués, entre el lago de Dinamarca y este de Cidróñ á cuyas márgenes redacto la presente misiva que no será para usted una carta más! Es la epístola de una redimida. Si á Ofelia la enterraron en la duda de su virginidad, ¿no podría suceder que al extinguirme yo dijera algún personaje de mi drama como el cura del drama shaskpiriano.

No obstante, ¿se la han concedido sus galas virginales, el doblar de las campanas y la sepultura?

Es posible; quede al menos triunfante mi esperanza, como la de tantas otras á quienes sucede lo mismo. Haréme accionista de virtudes, cuando se agote en mi corazón el manantial de sana alegría, que puso la risa en mis labios; pero hasta que llegue esa hora y mientras hable con usted en este aparte delicioso, quiero dejar en el rincón del disimulo el místico ritmo de mi canturía y volar con la imaginación hacia los luminosos días de loco, desatentado frenesí. Colegiala del amor asaltado, oigo perpetuamente la robusta voz del mosquetero cantando el placer en los claustros monacales, enredando en los tilos sus ecos de noble libertad.

Desengañémonos: el amor es la vida; el beso que colora la marchita frente; es juventud, cuando se le goza; es juventud, cuando se le recuerda; es juventud, cuando hace arder en los ojos apagados del viejo la llama del eterno afán. Seamos sus secuaces; vuelva la antigua pecadora á levantar el látigo de su ironía sobre la rugosa espalda del mundo, que, á falta de otra cosa, es ancha y resistente; torne á salir al proscenio con su risa de truhana, para decir al auditorio:

Señores, cuya alta alcurnia de seriedad postiza os ha hecho merecer el título de *graves*; damas de consagrada virtud no sometida á prueba alguna; honestos Jeremías que lloráis la pérdida de la vieja moralidad; fiscales que veláis por las buenas formas, bobalicones que no sabéis á qué carta dejar la puesta, no os asustéis al verme así desnuda, que no soy la Verdad, sino aquella rubia

bacante ante la cual alzasteis, siempre soslayados los malignos ojos, dejando colgar de vuestra boca el tembloroso visaje de enconada sensualidad; no os fijéis en el pomposo título que he puesto á mi farsa para llamar vuestra atención. Subid á este mi tabladillo en que danzan los engaños como cabezudos al son de la infernal orquesta y veréis lo que fué mi vida y lo que es la vuestra también. Es el que ofrezco á vuestra curiosidad, tras de la cortina de sarga verde, bajo la luz pálida y fría, todo un mundo de esculturas de cera, figurillas y figurones modelados por los propios dedos de la vida; son las unas humorísticas como si las hubiera planeado Leoni, serias las otras; pero todas tienen algún defecto por la materia con que están fabricadas. Ved, allí en la penumbra de aquel ángulo, al honor, burlado eternamente, siempre vendido y actuando de testaferro de las más bastardas pasiones; mirad el deber, con su aspecto de notario de opereta y su largo redingot y sus gafas azules y su reloj colgado para no perder de vista un minuto; allí está la virtud, empolvada figura que se ha comido la polilla y á la que sólo quedan los lacrimosos ojos y el vestido.

También podéis examinar de cerca otros varios fragmentos de santas reliquias; pero se derretió la cera y sólo quedan los listones, ¡dejemos ya el rincón de la antigua farsa! Ved aquí lo que os tiraniza y burla á cambio de un muy dudoso beneficio; la bayadera de lascivo mirar, de fuertes y ampulosas caderas y senos medio velados para excitaros más; ved las incitantes efigies de las an-

tiguas cortesanas y aventureras que tuvieron cronistas como las reinas por derecho divino; ved aquí los histriones de actitud jayanesca, los libertinos célebres ¡orden, mis queridos señores! ¡Paciencia, caballeros! ¡que mis figuras no se van y yo valgo más que ellas! ¡yo soy Gilda! ¿Me recordáis? Yo soy la antigua encantadora que tuvo su corte; árbitro que fué del mundo financiero; la que señaló un noble curso al capital; la pobre Gilda que se quedó llorosa en un camino y á quien empujó un aire de fortuna á un trono de placer. Soy aquélla que aun ríe viendo vuestras ansias y os grita como entonces: ¡adelante, señores! ¡pasad, pasad!

Y usted, marqués, noble marqués, pobre diablo de seis apellidos, y compuestos por añadidura, marqués de preclaro linaje, á quien siguiendo los impulsos de un amor de cabeza, he visto arrodillado tantas veces ante mi falda de surah, terco sublimeme que tiene el infantil empeño de conocer mi pobre historia; léala usted y olvídela luego, porque es como otras tantas. Nacer, forjarse sueños, desarrollar perversiones, hacinar locuras y morir de uno ó de otro modo, tal es la vida que ostenta como único relieve, su eterna falta de originalidad.

Permita usted, pues, que se esconda tras el telón la rubia, la elegante, la espléndida, la alegre mujer que exigía para sus plantas tapices de Antioquia y pieles suaves como las sombras de los grandes bosques, y que aparezca en su lugar su larva, la simple Hermenegilda.

Esto era allá por el año... ¡Ya iba á escapárseme! Lo sabrá usted todo, ¡todo, menos el año aquél! En esto, amigo mío, me es imposible ser sincera.

Suya devota y viceversa, *Gilda de siempre.*

PRIMERA PARTE
LA VIDA QUE FUÉ

I

Es Cidron cierto lugarejo cercano á Valoria y perdido en la sedienta llanura donde, si algún árbol se ve, más que árbol parece un perplejo eremita, con el tronco escueto, la copa inclinada y las ramas moviéndose con cierta regularidad apacible como si echaran distraídas bendiciones á los trigales próximas.

Hay en el pueblo ruinas de casas solariegas y mellados muros con rejas voladas y zaguanes sin techos, de palacios en que dicen que sucedieron muchas cosas, y sobre un cerro calizo, joroba de la tierra parda, que aburre á los ojos, descúbrense carcomidos hermas y estatuas yacentes de obispos que parecen dormir entre la zahina un sueño de placer, ni más ni menos que si fueran obreros cansados.

De aquellos pedruscos y aquellas esculturas que, como todo lo antiguo, fueron achacados á los más geniales artífices, cual si éstos en su breve vida hubieran tenido tiempo para llenar de lienzos y estatuas todos los rincones del mundo, incluso Cidron, cuentan los que de otros supieron tales

noticias que son los pobres restos de un monasterio augusto, donde en las épocas en que los grandes señores solían rendir mundanas vanidades, iban á deponer las suyas muchos linajudos hidalgos para convertirse en humildes siervos de Dios.

A esta mansión seráfica se debe que el Cidron de hoy lleve el pomposo título de villa, á pesar de que no tiene sino algunas cuatrocientas casas con sus corralizas correspondientes; un Ayuntamiento de fachada azul y con reloj de sol sin aguja, una iglesia, un castillo lejano, diez árboles, veinte ó treinta pares de mulas y mil doscientos habitantes.

Mi tío fué un herrero que—Dios le tenga en santa guarda—, lo mismo se daba á la forja que al vino, y tal era éste que acabó con él á los cuarenta de su edad, dejándome á la merced y cuidado de una pobre viuda, que cuando estaba en ocasión, se había pasado la vida en la más ardiente esperanza de tener hijos, sin que á pesar de los medios que para ello puso, atendiese Dios á la parte de rezo en que tal cosa le pedía. Buena y mansa de corazón era la mujer, dócil y cariñosa yo por ser mozuela, y así hubiéramos pasado esta sarta de horas en una plácida y aburrida tranquilidad, si el ángel de la muerte que vaga en la sombra, avizorando las luces que se encienden para matar en compensación las más gastadas, no hubiera dado de súbito un golpe sobre la lámpara de mi pobre madre adoptiva, dejándonos á obscuras á ella y á mí por lo que luego se verá.

Esta época, marqués, fué el primer jalón que

colocó la fatalidad en mi camino. Antes de la muerte de mi protectora ocurrió algo que debo referir. Ya veo entre sus labios sutiles la sonrisa de siempre. ¡Pues bien, sí! ¡Surgió *el hombre!* ¡Si viera usted con qué ardiente rubor escribo esta palabra!...

Usted, que en el cincuenta y cuatro debió ser casi un tenorio sin espada, no puede imaginarse al Don Juan de pueblo, mezcla ruin de audacia rufianesca y doblez de pardillo.

El que me tocó en suerte se llamaba Antolín, y era hombre alto, enjuto, ancho de hombros, con el pelo encendido, pecoso de cara, los ojos de color de aceituna y la mirada provocativa y firme.

Solía vérsese con su blusa azul, recogida por la ancha faja, su pañuelo encarnado al cuello y su gorra caída sobre las cejas, sentado en un poyo, con la varita de fresno entre las manos, largando escupitinas y sin contestar al saludo de las gentes, ó tumbado en el suelo á la hora de la siesta, pegado á los muros como una sanguijuela zahonada aprovechando un ángulo de sombra, ó la frescura de un portal, ó vagando al anochecer entre las parvas bajo el lucero azul, monfi de aquel paisaje cálido y moruno, buscando ya la dorada espiga, ya lo que no fuera de conocida propiedad, aunque todos dijeran que tenía dueño, ó aposentado en el atrio del templo en los días de misa y en las noches espléndidas de salve, cuando se ven brillar con mate blancura sobre los cirios de la cofradía, los ojos de todos los palurdos del pueblo; cuando el rigor del estío, el olor de la albahaca

y otras circunstancias que no digo, y que influyen en nosotras de una manera decisiva, nos hacen mirar con despreocupada atención á los hombres de orden, y con honda, indescriptible curiosidad, á los tontos, á los vagos, y á todos los que los hombres de orden colocan fuera de la ley.

II

En cierta noche de Agosto, llevóme el viento hacia mi casa una copla de amor, y parecía que el tal viento, por gusto de tenerla, la estiraba á capricho para que no acabara nunca.

Yo estaba mirando un lucero y una chimenea blanca que era de donde parecía salir el cantar, y mi protectora, toda sueño, hallábase á mi lado, con los brazos en ovillo bajo el delantal, el lacio pecho descolgado, y contraído el gesto como si el espíritu vigilante reprochara á la materia bruta y gorda el capricho de ir hacia la tierra, muriéndose ya en esos sueños de la vejez que no son sino el prólogo de la otra vida.

Ella cabeceaba en la penumbra, enseñando su rodete medio deshecho, yo soñaba, y la copla decía:

*Tengo gana de encontrarte
Escondida y cerca y sola,
Para ponerte la cara
Lo mismo que una amapola.*

*Se irán todos los que quieres,
Que en el mundo nadie queda,
Y te irás tú, vida mía,
Sin saber lo que es canela.*

Al oír esto me parecía que la serenidad de la noche, en que dormían las estrellas con ligeros sobresaltos de luz, encontraba en su incomparable silencio una manera de decirme: «Es verdad—Gilda—es verdad lo que canta en la ronda Antolín, todos los del pueblo se van, y se va mucho antes que todos la señora Toñuela, que ya tiene su puesto en el camposanto, y se va el viento que trajo las coplas:

*Y te irás tú, vida mía,
Sin saber lo que es canela.»*

A lo lejos se oía el rumor de la fuente con su *chic-guah* apagado, suave, que parecía ordenar el silencio. La carretera, con las vagas sombras de sus hoyos y las enanas siluetas de sus guijas puntiagudas blanqueaba al perderse en el estrecho recodo, entre los oscuros montículos sobre los cuales brillaba en ocasiones alguna luz; las tapias de las huertas, proyectando sobre la quebrada tierra limpios ángulos de clara sombra, mostraban en sus barbados caballetes hierbecillas aterciopeladas de vivos contornos que hería la luna, y moteando la llanura inmensa, alumbrada por aquel relámpago de claridad perenne, veíanse las cambijas como rígidos cenotafios y los olivos grises, recortados en el aire, con sus brazos grue-

sos y deformes, y se distinguía la red de bardas sarmentosas que protegían á los viñedos y los manchones de jarales y la casita, blanca como una llamarada de cal, del guarda de Olmedilla, y después una especie de suave alborada en que tomaban parte tierra y cielo, uniendo sus mantos de claridad con aquellas chispitas de oro que se veían arder á ratos en los límites del horizonte.

Las casas en cuyos enjabelgados muros parecía rebotar aún el eco de la copla lejana, dormían, como la señora Toñuela, con las barbillas pegadas al suelo, cerrados los ojos y la frente amparada por el viserón de los aleros; las que tenían palomar, parecían desperezarse, sacando un brazo fuera del conjunto de sombra, y la del alcalde, más alta que las demás y con claridades en la frente, miraba al cielo, como si dijera: ¿Cuándo amanecerá? En cuanto al campanil, siempre erguido y triste, encasquetado hasta los ojos su gorro de pizarra, en que á veces había reflejos purpuros, reflexionaba Dios sabe en qué. Quizá le sucedía lo que á muchos fatuos, que van por el mundo haciendo como que piensan sin cesar, y no llevan dentro más que el vacío y las campanas.

Ello fué, que estando en estos sueños, sobresaltóme una voz que de pronto llegó á mis oídos. Alguien la emitía muy quedamente, detrás del esquinazo, que por arte de encantamiento parecía ser lo que hablaba.

—¡Gilda, Gilda, Gilda! Así hasta tres veces y con priesa.

Al cabo vi asomar en la sombra un bulto negro que conocí por el contorno.

—¡Anda, que ahora duerme la señá Toñuela!

—¿Qué quieres, Antolín?—pregunté sin moverme.

—¡Si ya lo sabes!—respondió el truhán con estudiado titubeo—. Gerifaltes eran mis ojos, y á caza de los tuyos iban; pero me los quemaste, y ahora son buhos que sólo ven de noche y con tristeza.

—¡Peor para ti!

—Peor para mí es todo, desde que he comprendido que tú eres lo mejor del mundo y no te tengo.

—¡Cállate y vete!—respondí emocionada—que ruando se van los malos pensamientos...

—Los míos pesan de tal modo, que me clavan donde tú estás.

—¡Ya sé que eres un baratillero de amores!

—Eso dicen los que no saben lo que es el cariño.

—¿Qué es?

—¡Ven y míralo!

Como un ladrón que busca la protectora obscuridad de la pared, dió algunos pasos aquel hombre, y oí el ruido mate de sus alpargatas contra las piedras y el jadeo de su boca, y vi la lumbre de sus ojos y sentí que me iba hacia él por lo que tenía de fiera.

¡La noche! ¡El hombre! ¡La ocasión! ¡Una santa mujer cambiada en Celestina por la casualidad y por el sueño! ¡Vea usted, amigo mío, lo que es el

acecho de las cosas! ¡Y sin embargo... estuve fuerte todavía; esa idea del *bien parecer*, que nos remachan con el bautismo á las mujeres, permite que el honor ande todavía rodando por el planeta como esos locos que cuentan patrañas y á los que todo el mundo tolera y á los que nadie cree.

Me alcé despacio apartando de mí con el mayor silencio la pesada silla; inclinéme hacia la vieja para observar si lo que así la doblegaba era sueño ó astucia, y andando cautelosamente, fuí á colocarme á pocos pasos de Antolín.

—¿Y, á qué—le dije con la voz temblona—viene aquesa gana de picotería?

—¿No te das albricias por ella? exclamó cogiéndome una mano y acercando su cara á la mía hasta hacerme sentir su calor.

¡Vamos, Marqués! ¡esto es insoportable! ¿por qué los hombres han de mentir de semejante modo, si saben que nosotras no los creemos?

Yo, entonces, hice lo que debía y lo que ordenan las pragmáticas de la conveniencia y recato de la mujer para cuando surgen estos deseados conflictos; pretendí retirar las manos, pero no pude ¿comprende usted? él me buscaba los labios con su aliento, yo volvía la cara entre mohina y vergonzosa hacia el tapial de enfrente y le miraba de reojo. ¡Ya sabe usted lo mucho que solemos ver las mujeres si miramos de tal manera!

El mozo, subiendo por mis manos las suyas, en revisión de poros y suavidades, como si fuera cuestión de requisa más que de cariño, ahondó en

lo más cálido y lleno de mis brazos sus ásperos dedos y siguió quedamente.

—Ahigadado estoy sin saber la causa Gildilla pero en viéndote parece que el corazón tiene más bríos.

—¡Ascos!—grité echándome hacia atrás:

—Mirándote enfrente, me pongo orizado como pinocha y á la par que me hieló y sudo, saltanme á los labios cosas aun más dulces que la misma miel. La jara en el monte y la flor en la vega sudan de igual modo si el sol las abrasa y el sudor es perfume en la rosa, y en la jara lágrimas espesas como deben ser las del cariño que agradece y dura.

—¡Quita de ahí, belitrero! ¡Jesús! ¡y cuantas cosas guardas en tu alcancia! ¿quién te enseñó á guarnir de ese modo el discurso? ¡no eres tonto Antolín!

—Tontos son los que andan en gregal y no saben lo que es una pena honda que seca y mata. Antes que el sol, daba yo todo los días en tu ventana con mis ojos.

—¡Si no te vide!

—Porque me escondía, tontona; yo quería verte al desgarbo, y apenas andaban á ras del suelo el sol y los gorriones, á esa hora en que la tierra y las paredes se vuelven de color de rosa, ya estaba yo á lo mío, y cuando sonaba tu ventanuela y veía moverse el vidrio azul y temblar su reflejo en la calle, como un saludo que me hacías sin tú saberlo, y asomabas el palmito y el pecho, me moría temblando al ver tu carne limpia, tu carne

blanca, tu cuello... y más, algo más... que dejaban descubrir tu falta de cuidado y de ropa.

—¡Que así me viste!—exclamé poniendo una cara de susto en que no sé cómo el hombre no me vió el gozo.

—¡Anda! Y más te vi otro día al sacudir el ruedo.

—Mas... ¿y te escondiste?

—Mujer... ¡no te enfades!

—¡Si no puede ser! La ventanuela es alta.

—Es que te empinaste y yo hice lo mismo.

—¿Y qué? ¡Rompe ya!

—La ventana quedó más por debajo de lo que me saltó á la vista... ¿quién lo hubiera creído?

Llegábamos á este punto, cuando allá, en la alta torre, sonó una campanada. Volvime para ver si la señora Toñuela continuaba en su modorra, y dió la casualidad de que al quedarme en la actitud que antes tenía, me encontrara más cerca de Tolín.

Este, como al descuido, empezó á acariciarme dulcemente los dedos, y ya entonces le miré agradecida, sintiendo la elocuencia de aquella mano. Le refiero estas cosas de la juventud; porque callándolas no cumpliría con mi deber de historiadora; ¿dónde existe una historia sin bagatelas? Además, estos ligeros contactos, estas dulces presiones de manos hambrientas, son signos de época, hilos que separan una edad de otra edad, y anuncios de ese Rubicón que, tarde ó temprano, pasa toda mujer, ¿será necesario decirle que iba apoderándose de mí una emoción ardiente y vaga?

Con los rostros muy próximos, el rumor de la

fuelle por arrullo, la noche por testigo y la soledad por amparo, sentí como nunca mi gratitud inmensa por la vida. ¡Oh! venturosa madrugada aquella en que mi alma virgen amanecía con despertar de paraíso. ¡Odio tanto á este pícaro mundo en que estoy, que sólo puedo resistirle por aquella hora de amor ingenuo! Ingenuo solamente en lo que se refiere á mí; detrás de aquellos ojos que veía en la sombra con la rezagada intención á flor de párpado y á la retaguardia de todas las ardientes palabras que aquel hombre me dirigía, sólo velaba en triste acecho el alma de uno de esos malvados que en cuestiones de amor, encuentran siempre una expresión feliz con que ocultar sus ansias tenebrosas.

Entonces tomé aquello muy por lo serio. Después de la traición de mi galán hallé la falta menos grave. Todo se reducía á que el hombre, pensando á su modo en lo triviales y transitorias que resultan las glorias humanas, incluso el amor, y sabiendo que ésta es una de las menos duraderas y de las más difíciles, cuando por rara casualidad, el peticionario tiene en contra la voluntad de la mujer que sólo con mentiras y artificios engañosos puede ablandarse, usaba con liberalidad de la mentira, asiendo por los gañiles la ocasión con lo cual no se salía un ápice de la torpe lógica masculina.

Dominada por ese dulce y nervioso mutismo que obliga á tener muy abiertos ojos y corazón, mirábale yo extasiada y loca y mirábame él con un diablillo de risa que culebreaba en la sombra de su

pupila obscura. Mi pobre alma acababa de dar con un mal espejo.

—Oye—dijo—después de una pausa, porque aquel hombre, maestro en hablar, sabía toda la riqueza de expresión que tiene el silencio y cuando era la ocasión oportuna de clavar sus palabras en un oído, y con qué tono y medida debían pronunciarse—te quiero de tal modo, que sin ti no puedo pasar... ¿me oyes?, *no quiero* (casi gritaba él y yo bajaba la cabeza plegándome gustosa á tan tierna frase de masculina autoridad), no quiero estar sin ti, porque me muero Gilda, y me parece que la vida ha de acabárseme sin que yo te posea, y es necesario, ¿estás?...; pero ¡pronto!, ¡muy pronto!

Su aliento secaba y su voz tenía impacientes siseos.

—No quiero que ni el aire te goce antes que yo, porque tengo envidia de todo; de las piedras que se ponen en tu camino para que tú las pises; de los haces de paja que brillan con fuerza para llamarte la atención; del sol que se pega á tu pañuelo blanco poniéndote coronitas de oro; de los hombres á quienes cosería á puñaladas sino fuera por la pavora de perderte.

Hablaba con voz ronca pletórica de dureza y saña, trueno del lenguaje con que procuraba vencerme de su indudable hombría, apuñalando á la sombra con fatídico gesto y contenidos ademanes como si fuera matando uno por uno todos los fantasmas de sus fingidos celos. Yo le escuchaba, recogida, absorta, con el ardiente fanatismo que

podría inspirar á un idólatra la inesperada palabra de un Dios.

Poco á poco, aquel rufián de la eterna farsa cambió de actitud y de tono, y convirtiendo la tempestad en ráfaga y la ráfaga en caricia y la caricia en música, díjome entre temblor de mano y llanto de suspiros; sin que yo entendiera bien la palabra. ¿Cuando Gilda, cuando? Y atropelló mi cobarde mirada con todo el fuego maligno de la suya y un largo beso de enconada voluptuosidad puso fin al diálogo.

—Déjame, déjame—grité mientras retrocedía arreglándome los cabellos, que es lo primero que toda mujer pone en orden y me finjí enojada cuando hubiera abrazado á Tolín hasta caer rendida como una mariposa, que á fuerza de abrazar al aire pierde el mágico polvo de sus alas.

La señora Toñuela despertaba paladeando el calor de su sueño, y yo tenía las megillas á fuego puro.

A un lado se oía el rumor de la fuente, nota melancólica del misterioso poema de la noche; al otro, se percibían los sonoros besos de Antolín, que rebotaban en la pared sombría, como había rebotado el eco de la copla, en la pared llena de luz.

La luna, como un Pierrot cansado, reclinaba su luciente cabeza sobre el oscuro cielo, y el cuquillo, trovador de las horas embrujadas, plañía en la sombra terribles pronósticos que yo entonces no supe entender.

Mis ojos, hidrónicos de amor, sólo veían la som-

bra de Antolín, con su actitud artera, con sus ojos infernales tan luminosos bajo aquella visera maldita, con su vara, con su pañuelo rojo, con su voz doliente que me gritaba... ¿cuándo?... ¿cuándo?

III

Triste ha de resultarle esta página de mi historia; pero, ¿quién puede sacar de la ocasión en que sucedieron los varios trances de una vida para ordenarlos á su gusto y en acomodo con el humor que en cada momento se tuviere? Yo era entonces la simple Hermenegilda, sin más picardía del mundo que la mucha que por ley natural tiene la mujer, y así me estuve, de amor en sueño y de risa en lágrimas, hasta que vino Octubre con la lánguida canción de sus vientos y sus perlinas alboradas y sus eternas noches de cuajada sombra y sus tristes desvelos de ansia febril.

No explicaré mis impresiones de aquellos días. Toda mujer que ama por vez primera, es un alma que balbucea amores, y que no suele pasar de esta torpeza de expresión. El hombre, sí; el hombre los balbucea y los rumia y los llora y los convierte en arte especial, aunque el resultado llegue á ser el mismo. El aborrecimiento recíproco es el muelle cojín en que llegan á descansar esos afanes inútiles del sueño. Acté es un símbolo del olvido necesario. Si el amor fuera el alfiler de oro que nos

clavara á un solo punto de la vida, ¿quién podría resistir la vejez del hombre?

Era un anochecer de nubes lívidas, en que el peral del huertecillo se inclinaba ante el viento, dando pertugadas como un cortesano que sin perder pie hiciera largas reverencias á todos los soplos del favor.

La señora Toñuela, con las faldas zarandeadas como el peral, entreteníase en hacer montecillos de hojas muertas, arañando el piso con su escoba de brezo, mientras lanzaba esas exclamaciones que profieren los viejos vulgares cuando no tienen de qué hablar: ¡Ay, Dios mío! ¡Válgame el Señor! ¡Qué viento! ¡Qué casa! ¡Qué escoba! ¡Qué manos! Escuchábala yo, apoyada en el árbol, dejándome llevar por los sacudimientos del tronco, cuando de repente pareció abrirse el cielo gris, y un rumor tembloroso de bronce herido conturbó las ondas del aire.

Era la campana grande que daba clamores.

Todas las casas parecían achicarse bajo el bronco son; pero el viento se lo llevaba en ocasiones, como si quisiera evitarnos la tristeza de oirlo.

—¡Una... dos! — dijo la señora Toñuela contando las graves campanadas y volviendo los ojos hacia el lado de donde venía el ruido —. ¡Tocan á la agonía! ¡Es la pobre cintera! ¡Voy allá, voy allá!

Anduvo tanteando entre la sombra de la estancia; buscó en la cómoda, cuyo barniz amarillento brillaba también como una ráfaga de tristeza; sacó y se puso la mantilla de terciopelo y salió á la calle.

Apenas traspuso el dintel, un violento remolino de polvo y pedrisco la envolvió por completo.

—Si tardo, cenas—dijo tapándose la boca con las bandas de la mantilla—. Sólo voy por cumplir.

Estando en esto, abrióse la puerta de enfrente y salió otra mujer ataviada del mismo modo; todo rigor y solemnidad y luto en la cabeza, y por debajo faldas cortas y medias de rabioso azul.

Explotó un ruido más en el aire.

—¿Ha visto usted, señora Toñuela? —gritó con voz dolorida la otra mujer, bajo el trémolo del clamor—. ¡La pobre Esperanza!

—¿Qué vida es esta que así se va? —respondió mi madre adoptiva; — y las dos empezaron á moverse como si anduvieran, y sólo me apercibí de que esto era verdad cuando, al cabo de media hora, las vi doblar el esquinazo.

Volví á entrar en casa y cerré por dentro, esperando á que obscureciera por completo para encender luz; oí el tableteo de una puerta que movía el viento y el choque de las arenillas en los cristales, y luego... ¡Dios mío! Después... una voz, la suya, que como detrás del esquinazo volvía á decir:

—¡Gilda, Gilda!

IV

Me levanté loca de terror, echándome hacia atrás. Él hizo destacarse su figura borrosa en el marco de la puerta.

—¡Tú aquí... y ahora! — grité desfallecida.

—Salté por la tapia — me respondió moviendo la varita como si quisiera indicarme la dirección del corral.

—¿Y sabes que no está mi madre?

—Lo sé.

—¡Ah! ¿Y por eso viniste?

—Por eso vine.

Calléme, respirando con ansia y ahogo, mientras él me miraba con ojos de enconado fuego.

—Sé que estás sola — prosiguió —, y sé que has de ser para mí.

—Cuando quieras, siendo como Dios manda.

—Pues Dios manda que nos queramos, siempre que haya ocasión.

—¡Vete, Antolín!

—¡Aquí no he de quedarme!

—¡Tú no eres bueno!

—¿Por qué? ¿Por quererte?

—Porque quien entra como un ladrón en casa ajena, puede robar, aunque nada hurte, la reputación de una mujer, que es lo que más vale.

—¡Déjate de gazmoñerías, palomita blanca! ¡flor de la canela! — contestó adelantándose — que el trigo en los campos y el cariño en el alma tienen su tiempo fijo para crecer y madurar; y ni pidas al agua del cielo que una vez en el aire se vuelva á las nubes, ni á las sartas de lágrimas que se metan otra vez por los ojos, ni al mar que se seque, ni á mi cariño que se acabe.

—¡Si yo no pido eso! ¡Si el cariño es un rayo de sol y es el tuyo la luz que me anima! Pero el sol no se esconde medroso ni salta los tapiales cuando nadie le ve, sino que da de frente y lo alegra todo y parece que mientras pasa por el cielo dice con señorío: miradme bien los que podáis, que soy el sol, el amo de la luz, el que os ilumina, el que arranca la sombra y hace abrirse á las flores y esconderse á las sabandijas.

—Béstola quiero ser de tu discurso, que mucha tierra lleva y en mi pecho no puede arar, ¿entiéndesme, Gilda? Buena es la palabra para no hacer del todo lo que las bestias, que se ven y tropiegan; pero palique á la ventana por mucho tiempo pone el alma más dura que sus rejas. ¿Dísteme la palabra? Pues con ella me diste la voluntad. ¿Me dejaste la mano? Pues con ella me ofreciste el cuerpo, que deseo no te faltó, y yo le ví en tus ojos, y á por esa promesa vine y sin ella no me iré.

—¿Estás seguro?—le grité asustada, y corrí al cuarto de la señora Toñuela y agarré una carabi-

na de más edad que yo y doncella también que en un rincón se había enmohecido, sin ver más fuego que el de la candela que para acostarse encendía la anciana, y así que la tuve en mis manos, muy medrosa de que el hierro aquel pudiera convertirse en balas por suceso misterioso de la casualidad, dijele á Tolín, sintiéndome ya heroína por el historismo, que lo mismo hace á la mujer entregarse que defenderse:

—¡Vete y no vuelvas!

El demonio aquel se echó á reir y quiso abrazarme con carabina y todo; pero el arma, que al fin lo era, y que si no podía herir por la boca pudo chafar por la culata, tal movimiento involuntario hizo, que Antolín, torvo y pálido, dió un salto hacia atrás, atendiendo muy presurosamente á su dolor; pero como esta clase de daños quita presto la máscara mejor colocada, su voz melosa se cambió en refunfuño y éste explotó en blasfemia y tras de la blasfemia vínose hacia mí; y yo, temerosa de que en aquella acometida hubiera más deseo de golpearme que de poseerme, salté de la sala al zaguán, de éste á la corraliza y de la corraliza al troje y cerré el portel y corrí el cerrojo de gancho que valía por la puerta y la cámara. Asegurarme yo y crujir las tablas por el empujón del mal hombre, fué todo uno; pero el cerrojo resistió tercamente y el endriago se quedó á la otra vera soplándome su ira á través de las hendiduras y enviándome aquellos insultos que hubiera merecido siendo complaciente con él.

—¡Lumia fingidora!—decía, haciendo retum-

bar la voz áspera—tú abrirás la puerta por tu misma mano, que así sois todas, y rondarás la mía tirándome cebos, y si echo el cerrojo tratarás de quebrarle con suspiros primero, y si los suspiros no sirven, con lima sorda. ¡Quédate con tus dengues, que luego llorarás y te avisparás pensando en mí en vez de dormirte! ¡Aunque te escondas serás para mí, que eres la garzota de mi capricho y por el contorno he de lucirte!

—¡Perdóname, Antolín!—gritaba yo toda llorosa.—¡Te quiero como á nadie en el mundo; pero no así, no así!

—¡Pues así ha de ser!, ¡abre!

—¡No!

—¡Es que te lo mando!

Me quedé sin voz; y él, tomando aquel silencio por debilidad, tornó á su fingido modo de ser y me lloró todavía otra súplica.

—¡Es que te lo ruego!

—¡Vete de una vez, que mucho asco me das!—grité con energía; y él entonces hizo crujir nuevamente la puerta con todas sus ansias malditas, y fundió con ella la cara y díjome entre clamor y clamor de los que todavía y aun más lúgubrementemente sonaban:

—¡Me voy!, ¡sí!; pero por esta cruz que no ves y que adivinas, te juro, mala hembra, que me las pagarás —Injurias han de ser para ti el polvo que levanten los carros, el aire que pase por el pueblo, y cada intención y cada palabra y cada voz mía y en lenguas contra ti, se ha de alzar todo el mundo que no hay nada que ande más listo, ni que

corra mejor que chisme de comadre, y así andarás con tu honra en bandeja sin saber donde dejarla, hasta que la vendas en baratillo para que yo me ría.

— ¡Maldito seas, rufián! — grité exasperada odiándole ya con todo el ímpetu salvaje de mi alma.

Aquella fué mi primera manifestación de odio, la que me hizo comprender la importancia que esa pasión, consecuencia lógica de la vida, había de tener en mi historia.

— Me reiré, sabiendo que eres honrada, siendo el único que lo crea y el único que se esforzará en que los otros crean lo contrario. ¡Adiós!

Le contesté con un sollozo.

— ¡Adiós! — repitió pegando más sus labios á las rendijas y bajando la voz —. ¡Adiós... Gilda la buena!

Luego añadió, gritando mucho, como si echara algún pregón:

— ¡Adiós, Gilda!... y... ¡gracias por el rato que me hiciste pasar!

Lancé un rugido, oyendo tan grosero insulto, y recorrí el cerrojo á tiempo que el bandido aquel escalaba el muro y saltaba al otro lado.

Por fortuna cerraba la noche.

Rasgaban el duro gris del cielo nubes rojas como mi vergüenza ultrajada; gemía el aire y bajaba la sombra para esconder mi confusión.

Fué aquel un momento de angustia. Oí de pronto un grito, y luego voces que pasaban rozando la tapia y exclamaciones secas y hondos ayes y rumor de pasos.

Aquello fué alejándose y el viento cubrió el ruido, pero luego retumbaron en el ancho zaguán recios golpes de aldaba.

Corrí presurosa y me detuve tras de la puerta, sintiendo por instantes que me robaba el corazón el aire preciso.

—¡Abra usted pronto!—ordenó una voz exigente.

Y entonces abrí, y vime á mi pobre señora Toñuela con la mantellina hacia atrás, desordenados los pobres y escasos cabellos, las manos caídas como dos amarillas hojas de árbol prontas á desprenderse, y advertí en sus ojos un largo rasguño de luz mortecina y noté que de su boca se escapaban quejumbrosos suspiros, y como mi ánimo estaba tan dispuesto al llanto, corrí hacia ella y la abracé besándola y la grité con efusivo tono:

—Pero... ¡Virgen! ¿Qué es esto?

—¡Ahora las pamplinas!—respondió agriamente una mujerona que tenía las caderas de calle á calle y la voz hombruna y rabiosa—. ¿Que qué es esto? ¡Fullera! ¡Sinvergonzona! ¡Su querido de usted, que al saltar por la tapia ha caído sobre esta infeliz, magullándola!

—¡Mi querido! ¡Dios mío! ¡madre!... ¡madre!... ¡no lo crea usted! —gritaba yo golpeándome la cabeza como una loca.

La señora Toñuela me miró largamente, sin expresión alguna, dejando escapar otro largo suspiro por toda protesta. La amenaza empezaba á cumplirse.

Aquella noche, mientras velaba á mi madre adoptiva, pensé varias veces en Antolín...

V

Vínose la enfermedad tan descarada y con tal apremio, que no parecía sino que, antigua rival del médico, se enconaba sólo con verle; y como él iba mañana y tarde, una vez por su compromiso y la otra por el olor á la hucha de la señora Toñuela, que tenía fama en Cidron, el mal se agravó en términos, que dudando el galeno de su ciencia, duda en que los vecinos le habían adelantado ya, llamóme aparte, y haciendo gala de uno de esos gestos para los cuales parece haber un curso especial, dijo clavándome los ojos tras de mirar á las baldosas, como si de ellas, y no del cielo, debiera recibir sus inspiraciones.

—*¡Esto*, Gilda, se va, y se va por varios motivos.

—Con uno sólo bastaba, Don Atenógenes,—díjele yo, entre hipo y sollozo.

—*¡Ya lo sé*, mujer!—respondióme rascándose apresuradamente la cabeza y moteando el rayo de sol con el polvillo de su caspa.

—Lo sé, pero ¿qué quieres? la ciencia no está lo suficientemente adelantada ni es probable que

llegue á estarlo hasta que el mundo acabe y quede un solo médico que dé en el quid de lo que en cada caso debió hacerse; pero como entonces, ni se hallará esa infeliz en disposición de acojerse al descubrimiento, ni yo en la de hablarte, ni tú en la de oirme, te bastará por ahora con saber que tu madre tenía lo que llamáis mal de corazón; que el cuerpo de tu novio al caer de la barda la rompió una costilla, y que ésta y la hiperestesia dimanada del golpe y la fiebre y la víscera lesionada, hicieron tal zafarrancho ahí dentro, que á mí sólo me resta decirte lo que á tantos otros, ya que en este maldito pueblo, hija, donde tan á disgusto estoy porque todo el que enferma se muere, no puede decirse otra cosa. *Facere de necessitate virtutem*; y si quieres consulta, avisa, aunque me parece que sería inútil además de que no hay con quien celebrarla, puesto que Aldealejos está sin médico, y con el de Soborna es imposible contar, siendo como es, hermano del cacique y asegurando como asegura que sólo está en el pueblo para extender certificaciones, y ni á partos asiste, hasta el punto de que si las mujeres paren allá es porque es forzoso que lo hagan y por que no he de ser yo quien lo haga por ellas. Así, pues, lo más breve y fácil es que mandes confesar á tu madre adoptiva que, aunque puede que no tenga muchos pecados por los años que lleva en situación de cuartel y perdón por lo dicho, siempre queda un poco de aquí y otro de allá y es bueno limpiarse del todo.

—Conque abur, y...—añadió después de una pausa, volviendo la cara hacia la alcoba—. *Esto*

puede que dure hasta mañana; pero si antes sucediera, en el casino estoy.

Dijo, y apretando sobre sus sienes el sombrero blanco, y cogiendo el quitasol que en todo tiempo llevaba, se fué, dejándome sumida en la preocupación más grave y triste que hasta entonces había tenido.

Sacóme de ella la voz de la anciana, que pronunció con claridad mi nombre, como si empezara ya el misterio de la muerte y el habla recobrara por última vez su poderío.

—Gilda, hija, ¡acércate! —dijo.

Me acerqué, solícita, como si tratara de arreglar las ropas del lecho, y ella repuso:

—Levanta la cortina para que entre el sol.

—¡Puede que la perjudique, señora madre!

—La luz no mata, y además, ya oiste lo que dijo don Antógenes. Estos médicos, cuando la encuentran á una mal, hablan siempre alto, yo no sé si por martirizar ó porque creen que los enfermos se vuelven sordos. El caso es que lo oí.

—¡Madre! —exclamé, prorrumpiendo en sollozos—. ¡Perdóneme! ¡Que yo soy, sin quererlo, la que así la tiene.

—¿Tú, pobrecilla?

—Sí, señora.

—¿Mentiste, pues, en lo que me has contado?

—¡Yo la juro á usted por ese santo Cristo de la Piedad...!

—¡Basta, hija mía, que ya sé lo que eres y lo que es ese hereje á quien Dios castigue—y El me perdone—con los mismos sufrimientos que me

causó! Muero feliz, en la seguridad de tu honra, y ahora mismo cerraría los ojos para no ver llegar ese fin que á todos alcanza, si no tuviera precisión de decirte cosas que han de ser tu martirio, hija mía; pero los secretos del hombre ó de la mujer, que todo es igual para el caso, aunque guardados estén de por vida, no puede ni debe llevárselos el que muere al sepulcro, cuyo hueco sólo debe llenar la vida propia, sin nada de la vida ajena. Fríos se me van quedando los pies; pero libre y ágil tengo la lengua, por el gran uso que de ella hice, aunque nunca para un mal empleo, á no ser el de la murmuración sin encono, pecado corriente en la mujer; y así, por tal costumbre de hablar sin freno, puede ahora sertè provechosa, hurtándose al rigor de la agonía.

—¡Descanse!...

—¡Bástame un corto espacio!—dijo—. Y alzó su pecho la fatiga, y sus ojos oscuros dejaron resbalar su mirada á lo largo del pobre lecho.

—Todo el que al mundo viene fuera de ley—prosiguió luego con voz blanda—, es un predilecto de Dios, hija mía; porque si el martirio hace santos, mucho tiene adelantado para tocar en la misma Gloria el que nace así, con el martirio que le aplica el menosprecio de los que nacieron de otro modo por el solo favor de la casualidad.

Y entiende que nunca fueron tales mis pensamientos mientras fuí al paso con la *razón* del mundo, que es la mayor *locura* que puede hacerse; ni lo serían aún, si por este trance en que estoy no viera escritas allá arriba, como virtudes y gran-

dezas, cosas que aquí abajo tenemos por verdaderos desaciertos y culpas.

—Pero... ¡madre! ¡madre!... ¿Es que yo?...

—¡Tú así naciste, pobre hija mía!

Aquella pobre muchacha, que no era yo, porque yo me hubiera reído de todos los prejuicios acerca de mi advenimiento á este mundo, segura de que ese beneficio de la vida hay que agradecerle como tal, venga de donde viniere y esté ó no dentro de lo preceptuado en el Código; aquella jovencita. que tenía pegada á su cutis montaraz toda la heredada roña de las viejas preocupaciones, que á tantos incautos convirtieron en víctimas, cayó arrodillada junto al lecho creyendo necesario el declararse reo de un delito que no era suyo, y escondiendo medrosamente sus lágrimas bajo el caparazón de oprobio que se le había venido encima, pensó—si aquello era pensar—que, indigna del mundo que pisaba, terreno acotado exclusivamente para el uso y disfrute de los poderosos y de los santos, debía recibir como una señalada merced las caricias del sol y del aire y como una penitencia obligada las torturas y los desprecios de Antolín y los dicharachos y las murmuraciones de las comadres del pueblo y huir y esconderse en algún lugar apartado y oscuro y devolver poco á poco á la tierra anónima todo aquel anónimo organismo; aquella débil fábrica construída fuera de alineación; aquel ser sin nombre; aquella pobre hija de una mujer que, quizá por haber amado dándolo todo, sin caer en la cuenta de que debía exigir algo, se había hecho

acreedora al odio político y económico del Cuerpo general de mujeres, esa inmemorial institución de ángeles con corsé que se llaman débiles, que lo exigen todo, que dan su mano entre sacerdote y juez para mayor garantía y á palillo y pregón, como si se tratara de la publicación de la Bula, y que conocedoras infinitamente de todos los pasadizos y encrucijadas de la malicia saben poner á los hombres el cebo de sus dengues, encajándolos entre sus derechos, encarpetándolos en un Código, viéndoles á través de un contrato en que también se envuelven, reservándose, sin embargo, la facultad de cumplir ó no con sus cláusulas.

Perdón, marqués, por entregarme de una manera tan irreflexiva á la corriente de protesta en que sólo caen los que no saben nadar en las aguas del mundo; pero... ¿puedo acaso evitar que la pobre ánfora de mi vida, llena de amargura, se derrame agitada por los recios temblores de mis recuerdos? ¡Oh! ¡Si viera usted en cuántas ocasiones se ha detenido mi pensamiento en aquella sombra, bajo aquel árbol de mi primera noche triste! Algunos años después, entre el vaho de mundanalidad y olvido del Casino de París; junto á la cuadrilla en que á veces formaba yo; escuchando aquella musiquita liviana, que encontraba su potro de tormento en los violines ferozmente sobados por los jornaleros de la música, acudían á mi memoria los recuerdos del lecho aquel, de aquella anciana que moría, de aquella triste revelación que me excluyó del mundo, y se me antojaba que la voz de la señora Toñuela, deslizándose entre el bronco can-

turreo de los concurrentes y las notas felinas de la orquesta, me buscaba aún para colgarse de mi oído y gritarme ansiosamente:

—¡Tú así naciste, pobre hija mía!

.....
Bajó la señora Toñuela su escuálida mano, y dijo acariciándome:

—Levanta, Gilda, levanta, que no es de rodillas como se debe ir por el mundo, y oye con atención que la muerte no me dará fiado todo el tiempo que yo quisiera para consolarte, después de aquello que pueda decirte. Tuvo tu abuelo posada en Cidron, por no darle el campo de sí, y dejó la posada por no tener huéspedes, que sólo al diablo (y Dios me perdone), puede ocurrírsele abrir tollos donde no hay caza. Con mermas en la heredad, con dos hijos, que eran tu madre y tu tío, y con el hambre casi á la puerta, murió el pobrete; y como tu madre no quería ser carga de tu tío, que andaba ya á la forja, pensó en buscar acomodo en Madrid, y de doncella de servicio se fué con toda su hermosura, que no era poca. ¡Hija de Dios! ¿Qué pasaría allí? No lo dijo tu madre; pero tú la serviste de historia, y de tal modo, que siendo tu tan corta que apenas de los pañales te salías, el cuento fué tal y tan largo, que no sólo paró aquí, sino que fué á extenderse por el contorno. Sus pies, al irse del país, de las túrdigas de sus alpargatas se salían. y al tornar á los pedruscos de estos campos, traíalos envueltos del todo en fina piel, pero en cambio, llevóse flores en la cara y lágrimas trujo, que eso y no más en tales andanzas se en-

cuentra; pero, óyelo bien Gilda, nadie de aquel llanto tuvo compasión, ni su hermano, porque fuera de la halda y las botas, no topó con un solo maravedí; ni las mujeres, porque nunca habían tenido botas de piel; ni el señor Cura, porque en vez de rosarios de boj traíase los de pecados ocultos; y así, entre palo de herrero y con la murmuración á la puerta y sin querer que la diera el aire de la calle, fué la triste muriéndose y no hubo persona más que yo, que supiera el cómo de tu cueto. Fué lo de siempre, hija, lo de siempre; lo que te hubiera pasado á ti con ese enemigo de no haber tú tenido fuerzas y puerta el pajar; pero aquel de Madrid era tan señor, que la engañó en regla, según vi yo por cartas que en el secreto de la cómoda toparás á poco que las busques. Aquel señor fué el padre que te cupo en suerte, hija, pero no sé su nombre ni á ti te importa, que ni has de ir á buscarle, ni él te pondrá en pregones para saber de ti.

Guardó silencio la señá Toñuela, y como el sol había hecho descender poco á poco su rayo de luz desde la pared hasta el suelo, y dejó por último de bruñir la ventana y se entró la noche tan deprisa, sentí mucho miedo y no quise ni verla la cara.

En aquel instante en que todo se hacía pálido ó negro, pasó por la calle un hombre, haciendo saltar su vara sobre los hierros de la reja.

Sus pasos sonaban á hueco y canturreaba entre dientes.

Yo entonces me acordé de la copla maldita, y la

moribunda, influída quizá por mis pensamientos, se acordó de Antolín.

—¡Hija!—murmuró con la voz muy cambiada y quejumbrosa—. ¡Esta es mi última noche!

—¡No! ¡Madre! ¡Por Dios!...

—Lo sé; tú eres buena, Gilda; pero sigue siéndolo; después de lo de tu madre, no te perdonaría Dios si como ella fueses; no hagas caso de palabra de hombre aunque venga de soslayo; no tengas amistad con hombre que no puede existir, porque amistad de hombre y mujer, no es sino amor no declarado todavía; admite al hombre para marido, pero no le concedas nada aunque te contraríes, que lo único que le llevá al altar es la resistencia sin vacilaciones. Perdona al que en este trance me puso, como le perdono yo; pero, hija, huye de él en memoria mía... De él más que de nadie, y... ¡bendígate Dios!

VI

Y murió que á tal límite va disparado todo el que rueda por la vida y más si es viejo, con lo cual saca alguna ventaja aunque sea poca. Vino á morir, entre lucero y sol, como decíamos allá para designar la amanecida, sin auxilio alguno, pues las comadres de quienes fui á solicitarlo, dijéron-me para disculpa de su egoísmo y sueño, que quien había gozado el gusto se atuviera al llanto, y como la del gusto, según ellas, había sido yo, me quedé sola y escuchando aquel hipo que al retortero me seguía, y al fin quedándose todo mudo menos los pájaros que piaban con la aurora, comprendía que la pobre mujer había pasado ya aquel trabajo de morirse, y me acerqué muy quedamente y la vi con la boca abierta por el esfuerzo del alma al salir, y el cristal de los ojos torvo y sin brillo, y habiéndome dado el Señor ánimos para cerrárselos, no por piedad, como dicen, sino por miedo, que es por lo que muchos tienen tal virtud, rompí á llorar por la muerta y por mi tranquilidad que también se quedaba de cuerpo presente, y acordándome de que no sería dueña de



aquella casa, sino lo que tardara en amanecer, abrí la cómoda y di con su secreto, y topé un paquetillo de cartas que oculté bajo mi mantellina, pensando entonces que aquel dulce peso que sobre mí sentía, era algo del alma de mi madre.

Alegráronse al fin árboles y tejados; vistióse el cielo su traje azul, y entre *¡Aves María!* y *¡Dios me valga!*, fueron entrándose zaguán adentro, muy repeinadas ya, las vecinas que hicieron rueda junto al cuerpo deshaciéndose en melindres ó exclamaciones, ó en rezos recomendando el ánima ó en insidias y procacidades contra mí. Diéronse luego á husmear por toda la casa como si se tratara de terreno conquistado, y hablando sin cesar de la difunta y de sus virtudes, mano sobre el vientre, despegáronlas al fin para apoderarse bonitamente de lo que podían en memoria suya. Cual decía, que por estimarla mucho, la señora Toñuela habíala dejado las trébedes, según en vida se lo había manifestado; cual, suspirando, registraba la cómoda ponderando el buen orden de mi madre adoptiva, y guardándose de paso un collar de cuentas azules, y como el ajuar era poco y el menador de mi paciencia había gastado ya todo el hilo, fué tanto mi enojo, que encontrando en mí algo de aquella sardinera Carpia que lleva en su entresijo cada mujer, cambié mi lengua en dardo y tales las puse, que de haber tenido bulto mis improperios, ni la sombra de Cidron hubiera quedado.

Ganaron ellas la calle farfullándome insultos entre el temblor del habla, y haciendo destacarse

siempre sobre el artificio de su palabrería, aquella frase que como piedra de honda da fuerte y da bien; pero yo cerré mi puerta y volví al silencio, y torné á llorar que esa era mi única obligación aquel día.

VII

Al siguiente y después de dar al cadáver su merced de tierra, que fué poca por tratarse de una muerta pobre, que no podía acreditar mayor riqueza después de su tránsito, recibí la extraña visita de un forastero que parecía la que nosotros llamábamos avión de gabela ó recaudador de contribuciones y que no era ni señor ni pardal.

Llevaba un sombrero capirón, ya jubilado como se le veía por el verdín del pelo y que se le entraba de frente á nuca doblando las orejas por toda aquella carne que se oponía á su rigidez, y usaba el hombre unas antiparras tan entrometidas que las pestañas al caer las empujaban como temiendo que fueran más que auxiliares de la vista, aparceras de entrambos ojos.

La chaqueta era larguísima y tenía alforza en el talle á juzgar por los muchos pliegues que hacía y en fin y para darle mayor aspecto de ratón á la husma, su bigote era rubio, tieso y espaciado á modo de carlanca y cortado bruscamente por el nacimiento de las guías, como si no tuviera más objeto que el de ir costeando hasta su fin aquella

boca, albañal de maulas y bellaquerías según pude apreciar después.

Díjome que era abogado de Valoria, y que sabedor de mi desdicha reciente y de otras que no lo eran tanto, llegaba á ofrecérseme por si era mi propósito el de llevar las cosas por justicia y muy adelante hasta tener razón, que para eso y no para otra cosa era la sutileza de los letrados.

Iba yo á contestar, cuando se entró en la sala el alcalde que era el tío Madruga, padre de Antolín, y de tal modo me acuitó su presencia, que ni á saludarle acerté. El, por el contrario, desembarazóse del sombrero quedándose con los brazos semicaídos y algo separados del cuerpo como si se los oprimieran las sisas; y alzando sin altivez alguna su cabeza de antiguo hidalgo—que tal es el contraste que suelen ofrecer los padres con los hijos—saludó valiéndose de aquella ceremonia castellana y de aquel lenguaje de los antiguos señores, que aun saben usar los labriegos de mi país.

El hombre de curia inclinó la cabeza y continuó dirigiéndose á mí, como si el recién llegado no le inspirara la más leve preocupación.

—Aquí, joven—decía—, hay un delito complejo que usted, por amor á su madre adoptiva, debe denunciar y perseguir; porque, según mis datos, la muerte de la víctima fué producida por la caída del cuerpo de un hombre que, aun no deseando causar un mal mayor, se desgajó de la tapia que antes había escalado, constituyendo este acto por sí solo un delito que cae dentro de los rigores del Código; y aunque la intención del cau-

sante no fuera la de robar—que eso también podría probarse en todo caso—, como á la acción de escalar la tapia y caer de ella, siguió, consecuencia fatal, *ipso facto*, y si no *ipso facto*, por lo menos *a posteriori*, la muerte de la víctima; considerando, joven, que usted, aunque sacrifique su corazón, debe tener en cuenta que el acto delictivo de su novio es verdaderamente enorme, procede que, sin pérdida de tiempo, con una energía que de no ser activísima sería esencialmente criminalosa, denuncié en la forma prescrita el hecho que se ha de perseguir, aunque al pleito se aplique y en él apure los ahorros de la finada—que según sus noticias no son escasos—añadió mirándome por encima de los espejuelos con penetrante ansiedad para ver si sus informes no mentían—, en la inteligencia de que, confiriéndome poder bastante para ejercer su representación, no sólo procederé contra el causante, sino también, si usted lo desea, contra el médico que asistió á su señora madre; pues aunque dió parte, cumpliendo un precepto legal, éste no dió resultado, por ser el alcalde de Cidron padre del delincuente, y el alguacil su cuñado, y el juez su tío, incurriendo, además, el mencionado facultativo, en otro delito que sin esfuerzo puede imputarse á todo médico, sea rural ó no, como es el de la negligencia á que en *Las Partidas* se hace mención.

—Usted, joven—prosiguió mirándonos al alcalde y á mí, mientras realizaba la proeza de arrancarse los lentes para limpiarlos—. Usted, joven (y... siento afligirla, aunque *dura lex sed lex*, y no

hay más remedio), ¡no se da exacta cuenta de lo que ha sucedido aquí!

El abogado separó sus larguísimas piernas; colocó los espejuelos sobre el abdomen, y golpeando una mano con la otra y abriendo la enorme boca para hacerme comprender así todo el horror del caso, prosiguió, dando de pronto un paso hacia mí, mientras lanzaba sobre el alcalde una insinuante mirada:

—Le advierto á usted que se trata de un crimen enorme; porque usted comprenderá que para entrar en las casas y salir de ellas, se han hecho las puertas, pero no las tapias; y si las fajinas, sin ser resistentes, han de ser respetadas por marcar lindes, más debe serlo una tapia. Aun así, es posible, teniendo agilidad, asaltár un muro; pero, ¡mujer de Dios!, lo que no puede hacerse es matar gente con ese salto, porque el salto entonces es ante la ley un caso exactamente igual al que podría ofrecérsenos, si usted, por ejemplo, jugara distraídamente con un revólver creyendo que estaba descargado, y se escapara el tiro y matara al señor, lo cual constituiría una verdadera imprudencia temeraria.

Otrosí; además de este pleito, se nos presenta un litigio aparte y en el cual quiero recabar mi representación de igual modo si alguien reclama, porque usted, que de seguro constará en el registro como tal hija adoptiva, tiene derecho absoluto, de no haber parientes colaterales, á la herencia de la finada, y en tal caso...

Yo estaba llorando que me consumía, y él con-

tinuaba en su charla hasta que el alcalde terció, diciendo:

—Yo no sé, caballero, si usted, por conciencia y no por interés quería encargarse del asunto; pero debo manifestarle que esta joven, no figura en el Registro de la manera que usted dice; que la señora Toñuela, que santa gloria halle, no habrá dejado seguramente con qué pagar las medicinas; que el criminal es mi hijo, y en fin, que el alcalde soy yo.

—¡Usted!—gritó el aspeado personaje volviéndose hacia el tío Madruga con la cabeza en alto y dejandó resbalar por sus antiparras la fuerte luz del día; ¿quién había de suponer que tan sencilla indumentaria?... pero ¡señor!, ¡haberlo dicho!, ¡perdone usted mi asombro!, ¡si me atreviera con el símil, diría que es usted un Cicerón con zamarra!

—Ni uso zamarra ni soy sabio, pero en mis buenos tiempos estudié como tantos otros señoritos de pueblo que se hacen bachilleres y tornan á la esteva. Le agradezco á usted que me haya hecho medir en todo su alcance el mal que ha causado mi hijo.

—¡Bah!, atenuando, atenuando y ciñendo el hilo á la rueda podría resultar menos bulto, quedándose reducido á una simple ligereza, lo que *a priori* pudo considerarse como crimen.

—No, señor letrado; las ligerezas son ligerezas y las faltas, faltas.

—Muy bien; pero...

—No porque sea hijo mío quien saltó el muro

ha de ir éste bajando hasta quedarse á flor de tierra.

—Pero ¿no tenemos de por medio al amor? ¿No fué él buscando el rato de solaz y el favor de la hembra?

—¡Vea usted lo que habla!—grité enfurecida, que si él vino buscando lo que usted dice, erró el viaje, que no es la honra de la mujer la tapia, ni él saltó por la mía.

Vínose el alcalde hacia mí, y con voz sosegada me dijo:

—Contigo estoy Gilda y te creo, que algo por dentro me asegura que tú nos cuentas la verdad.

—Sí, señor—grité hiposa de puros sollozos—y yo le juro á usted...

—Malo es el mozo, y ni pude darle educación á tranca ni á razones, que los hijos heredan los bienes de los padres pero no sus bondades, y cuando pasan de la raya de su edad, ya no hay sino dejarlos ir á bodas ó á horcas, ó á las dos cosas á la vez, que éstos que andan entre zarzas, no suelen llevarse las moras sino los arañazos; pero lo que yo digo es que, por arriesgado que sea, un ladrón nunca se mete en sitio donde sabe que no hay escudos.

—Ergo—continuó el de Valoria con el sarmiento dedo hacia delante, y haciendo caminar la intención de los ojos mucho antes que la de la palabra—¡ahí de mi eximente! ¡Promesas habría y algo de... adivina lo que esto quiere decir!, que las mujeres no sueltan prendas sino que procuran que se las cojan para que las quede el derecho de llamar al hombre ladrón.

Mucho de verdad había en este fondo, pero no quise darme á partido; así es que, de pronto y mientras pensaba en que el pañuelo que en la mano tenía era de muy poco valor y aun me quedaba otra docena, di furia á los dientes y empecé á morderle con un frenesí, y entre un abrir y cerrar de ojos y unos saltos y unos lamentos tales, que conseguí engañar al letrado á pesar de sus marrullerías, y al alcalde á pesar de su sabihondez, tornándose á los dos el color natural en pajizo de puro miedo, que no hay cosa que asuste tanto como gritos de mujer, y uno y otro viniéronse á mi lado, y luego, el de las letras, ondulaba dando vuelo á la chaqueta de la alforza buscándome agua para maniluvios, y al tío Madruga púsosele el labio temblón hasta el punto de serle imposible pronunciar mi nombre con lo corto que entonces era, así es que andaba de Gil á Gil, como si llamara á su mayordomo, sin atinar con el remate ni dar en el *da*.

El de los considerandos empezó á soplarle consuelos al oído, que eran antistérica de la palabra.

—Yo también estoy, joven, en que no puso usted cebo alguno, que eso no saben hacerlo todavía las mozas de su edad; así es que, realmente, verdicadamente, ni usted ni el hijo del señor alcalde tuvieron la culpa de que los sucesos se engarzaran de esa manera. ¡Dios sabe qué género de diablitos es el que urde las casualidades, resultando lo cierto y positivo de todo, que aquí el verdadero tanto de culpa lo tuvo la fenecida, puesto que siendo vieja y torpe de paso, no debió salir á horas

tales, y si salió, más lógico es que hubiera caminado por la calzada y no al hilo del muro. Por último, y esto queda probado de una manera indubitable, ella fué á ponerse debajo del que caía, constituyendo con este acto una imprudencia temeraria que puede compararse á...

—¡Bien! ¡bien!—interrumpió el alcalde colocándose con mimo ambas manos sobre la falda, mientras yo, escuchando ya serenamente, dejaba que se alzara mi pecho con largos suspiros —. Lo importante, Gilda, es que te halles terne otra vez, porque nosotros, salvo lo que al señor le parezca, nos vamos de aquí ¿me comprendes?

Hice un ligero ademán de asentimiento, y el tío Madruga prosiguió:

—Él queda en libertad absoluta de denunciar á mi hijo, cumpliendo con su deber, pero...

—¡Señor alcalde!—exclamó el letrado haciendo un gesto de través y alzando una mano al cielo como si le tomara por testigo de sus óptimas intenciones.

—Yo —añadió el tío Madruga—, también cumpliré con el mío, que á eso vine; ¿estás ya tranquila para escucharme?

—¡Tranquila para todo!

—Bien. ¡Fíjate, muchacha! La señora Toñuela no tenía parientes, ni te declaró como su hija adoptiva, ni dejó testamento, ni tenía para qué. Sus bienes se reducen á esta casa con su menaje; y como no habiendo herederos pertenece al Estado, y el Estado soy yo, como dijo no sé qué rey...

—¡Todos, señor alcalde!

—La ley manda que se haga inventario y se pongan los sellos; pero sin embargo, como esta casa ni los sellos merece, tú te estarás aquí hasta el día en que, sin priesa, halles acomodo; y una vez decidida cerrarás la puerta y me darás la llave, para que yo oficie al gobernador civil, que es necesario requisito, y...

—¡Descuide usted! — dije con voz entera y sin mirarle.

—Señor abogado, ahora tenemos que ir á casa para ponerle á usted al corriente de un pleito sobre cereales.

—Agradecidísimo.

—¿Quiere usted esperarme ahí afuera?

—Sin inconveniente; no faltaba otra casa.

—¡He de decir dos palabras á la mocita!

El de Valoria inclinó la cabeza ante mí, como si en vez de una lugareña se hubiera tratado de una dama de altísima alcurnia, y salió.

El alcalde se acercó lentamente.

—Gilda — me dijo con reposada voz —, yo quisiera favorecerte, pero no encuentro el modo...

—Ni se quiebre usted la cabeza por encontrarlo.

—Como quieras; lo que tenía que decirte en interés tuyo es que, cuanto antes, te vayas de Cidron.

—¿Y por qué causa, señor alcalde? No tema usted por su hijo, que no iré á robárselo.

—¡Ojalá me lo robaras y se te perdiera, que á enemigo que huye, puente de plata.

—¡El verá!

—Tú, aparte de eso, tienes, Gilda, tu historia.

—¿Ya?

—Tu madre, lo sabes, te tuvo fuera de matrimonio.

—En eso hizo lo que su hija de usted, la Gervasia.

—Pero yo busqué al *Mochuelo* revólver en mano y le hice casarse.

—Pues en lo único en que se diferenciaron es en que mi madre no tuvo quien anduviera detrás del *Mochuelo* revólver en mano.

—¡Pues el mundo así es!

—¡Pues qué hemos de hacerle!

—¡Mucho contestas para ser rapaza!

—Rapaza que está sola, es cordera y tigre, golondrina y azor, y ha de morder por su honra y por su hambre y llorar por sus cuitas y por los insultos que escucha. ¡Malhaya mis oídos, que tales cosas oyen!

—Vete de Cidron y estarás tranquila.

—¡Haré lo quiera, señor alcalde!

—¿Y la opinión pública? ¿Podrás salir á la calle sin que te motejen? Buena eres; yo lo sé; yo lo creo; yo estoy seguro; pero... la mancha que Antolín echó sobre tu honra va extendiéndose, y lo saben todos, y no pondrás el pie en la iglesia sin que los santos te vuelvan la espalda.

—¿Y no podrá usted echar un bando diciendo que su hijo es un tuno?

—No; porque no está probado, aunque lo sepan todos.

—¿Y mi honra? ¿Está probado que la he perdido?

—Sí, porque lo dicen todos.

—¡Váyase usted! ¡Váyase usted, tío Madruga!—
grité con ira —, que por muy hombre y muy alcalde
de que usted sea más hombre y más alcalde voy
á ser yo.

—¿Tú?

—¡Yo!—dije, y le eché tal mirada que él, sin
despedirse siquiera, salió y cerró de golpe.

Quedéme sola en aquella casa, que ya no era
mía; oré, vertí llanto, sentí todo el horror de la
terrible injusticia del mundo y fué llenándose de
hieles el ánfora de que antes le hablé. Cuando
anohecía formé un hatillo con mis ropas, cerré la
puerta y después de besar la llave la envié con el
cartero á casa del tío Madruga, prosiguiendo mi
marcha sin saber hacia qué lado dirigirme; pero
al pasar por la escuela no pude más, y apoyando
la cabeza en los hierros de la ventana, rompí á
llorar de veras, con lágrimas del corazón, con el
último llanto sincero que he vertido en mi vida.

VII

Llevaba mucho tiempo así, convertida como Aretusa en fuente de mi propio duelo, cuando se abrió sigilosamente uno de los postigos que la acuarteronada ventana tenía, y sin dejar más hueco entre hoja y marco que el suficiente para que cupiera una cara, asomó la suya el maestro, gritándome poseído de la mayor sorpresa.

—¿Quién es la que así llora? ¡Gilda! ¡pobre Gilda! ¿eres tú?

—Sí;—respondile con la voz débil y los ojos en lumbre viva—pero ¡voime á escape! ¡no tema usted que le manche la reja!

—¡Alabado sea Dios!—lo que debes hacer, es entrar... ¡aguarda!—murmuró desapareciendo y se fué hacia la puerta que abrió del todo mientras decía.

—¡Entra, mujer! ahora es forzoso repetir las palabras de Isaías.

«Soy el que ha de asirte de tu mano derecha y te dice. No temas, que yo te ayudaré».

Fuí entrando apoyándome en la pared y ya no

sollozaba sino que lloraba á gritos, lo cual sobre-
cogió al pobre anciano.

—¡Calla por Dios, que me tienen rabia porque
los desasno y si te oyen, nos pondrán como digan
dueñas!

Cerró la puerta y rozando las pantuflas con las
guijas del suelo, entróse en la pieza inmediata
donde no tardó en producirse una claridad bas-
tante viva.

—Pero... ¿qué haces ahí?—continuó el viejo—
aquí tienes tu pan y tu sal, tu tranquilidad y tu
albergue.

—¡Gracias señor maestro!

—¿Por qué, infeliz? Soy lo mismo que tú, póbrec
muchacha, un solitario de la vida que se va de
ella cuando vienes tú; así, cruzándose en el
viaje y no yendo el uno junto al otro, es como
los que pasan, se quieren más.

—¡Ea!—añadió arrancándome de las manos mi
hatillo—pongamos esto en un rincón y vamos á
cenar.

—¿A cenar señor maestro?... ¡y con usted!...

El anciano se echó á reir.

—Por desgracia, ibas á cenar sola ó á no cenar.
¡Sí, lo sé todo!, ibas á humedecer con tu inútil
llanto la tierra de los caminos en que las lágrimas
causan menos huella que las gotas de lluvia, por-
que ésta cae desde lo alto y hiere la tierra y las lá-
grimas dejan caer un alma y no se conoce ¡ibas á
implorar la caridad pública y á recoger por dádi-
va el sarcasmo, la palabra soez y la mirada codi-
ciosa; ibas á todo eso, ó á perderte como...

Sentí que mi rostro se encendía.

—Perdona, hija, perdona; conocí á tu madre, y por eso no puedo ofenderla.

—¡Ah! ¡La conoció usted, señor maestro!

—Sí; llegó como la mujer de Magdala, contrita y llorosa; llegó mejor que cuando se fué... porque...

—¡Hábleme usted de ella, por Dios bendito! ¡No sabe usted el consuelo que así me da!

El viejecillo me miró atentamente como quien trata de escudriñar algo, y murmuró muy quedo:

—¿Y por qué ha de engañarme, si es un alma nueva?

Yo entonces no entendí.

—Tú—prosiguió como dudando todavía—, no has podido querer ni aun la memoria de tu madre, puesto que lo corriente es que se quiera lo que se vé y lo que se trata.

—Y lo que se sueña.

—¡Tal vez tengas razón!

—Lo que se sueña, se quiere más.

—¡Demonio de chiquilla!

—Yo, cerrando los ojos, he visto un sufrimiento hecho mujer.

—Eso era; porque... ¡verás! Todos somos malos, y la prueba está en que procuramos ser buenos; tu madre no tuvo un maestro de escuela que la convidara á cenar, y fué alejándose y entró en el martirio y conoció el hambre y la sed y la ferocidad humana.

—¿Era hermosa? La señora Toñuela ponderaba mucho su garbo...

—¡Pregunta de mujer! Bástenos con saber que

acabó siendo buena, como quiere Dios la bondad, ¡Era hermosa, sí! ¡Canastos si era hermosa; Tan bonita como tú, con los ojos grandes... ¡pero eso ya pasó para no volver!

—¿Habló usted muchas veces con ella?

—¡Eres testaruda! ¿Cenamos ó no? ¡Te advierto que esta noche es para mi como si fuera Navidad, y eso que aún falta mucho. ¡Figúrate que casi siempre estuve solo! ¿Sabes cómo me llamó?

—¡Ya lo creo!

—Bien; pero el apellido...

—¿El apellido?

—¡Claro!

—¡Pues eso... no lo sé!

—Es en lo único que sale ganando un maestro de pueblo; en que le basta con llamarse don Bernabé; pues aquí donde me miras soy don Bernabé de la Iglesia, santo apellido que algunos desfiguran uniéndole el artículo *la* para que así pase mejor su origen... Tiéndeme ese mantel que está pajizo por el tiempo que lleva guardado.

—¡Pero señor maestro! ¡Si estoy acostumbrada á yantar en la escudilla.

—¿Y eso qué le hace? Obedece y calla; si conocieras los sagrados textos sabrías lo que Samuel dijo á Saúl: «He aquí lo que te estaba reservado; ponlo delante de ti y come». Es un guisillo de carnero que suelen hacerme en la taberna; pero ¡ya se acabó, porque desde hoy me guisarás tú!...

—¿Yo? ¡Pero señor maestro, está usted en sus cabales? ¿Quiere usted que me quede aquí?

—Naturalmente.

—¿Como su criada?

—¡Criados! ¡Je! ¡Je! ¡nunca los tuve! Como mi hija ¿sabes? ¡Y que hablen si quieren! ¿Quién ha de atreverse á murmurar de un pobre viejo, que ahora, dentro de poco, el día de San Urbano y San Quintín, cumplirá los setenta? ¡Nada, hija mía! Dios te ofrece mi buena voluntad y el triste albergue de un maestro de escuela que no puede ya ni con las calzas y que compartirá su pobreza contigo. ¡Qué demóngano! ¡La soledad de los viejos es triste! ¡Si aquí no hay más que egoísmo! Cuando murió mi pobre esposa, que en santa gloria esté, me quedaban los libros y los ojos, dos amigos que al fin dejan de verse; pero ahora me quedan los libros nada más. ¿Sabes leer, Gilda?—Sí—prosiguió antes de que yo pudiera contestarle.—Recuerdo que fuiste una de las pequeñuelas más avispadas de Cidron y esa cuenta más tienes en tu ábaco. ¡Ya verás! ¡Ya verás cómo pasamos las veladas!

No pude evitar la sonrisa.

El pulía su vaso á fuerza de restregarle con la servilleta, y alzándole y mirándome á través del cristal, exclamó:

—¡Hermosa juventud! ¡Sol con tormenta! ¡Nubes negras y cortas, que pasan goteando sonrisas! Mira: enciende el infiernillo y calentaremos la menestra. Revolviéndola para que las partes más alejadas del fondo tengan también su caricia de fuego, revolveré mi espíritu, que se remoja como el de Fausto; sólo que tú no eres mi perro aullador, ni yo quiero volver á las andanzas juveniles...

Tú no entiendes hoy nada de esto, Gilda; pero ya sabrás algún día lo que quiero decir. Te prevengo que á veces hablo solo por la costumbre de no tener con quien hacerlo ó por el espanto que me produce el rebote de mis palabras en los oídos de estos bruto, que hacen daño hasta cuando callan ó prestan atención.

Fuera, la noche estaba tranquila; el aire, algo frío, entraba por las junturas de la ventana, empujando las llamitas azules que iban, poco á poco, calentando el guiso... Aquello parecía un prólogo de felicidad, y sin embargo...

Empezamos á cenar; yo, medrosa todavía; el anciano, animoso y alegre, tanto, que parecia reir hasta por las arrugas de su rostro.

—¡Dios hace las casualidades, Gildilla...! ¿sabes por qué he sacado á relucir mi apellido hace poco?

—No, no caigo, señor maestro.

—¡Mujer! Para que vieras lo iguales que somos; tú conociste á tu madre, pero... yo no he conocido ni á mi padre ni á mi madre... ¿estás? Presintieron sin duda que había de ser maestro de escuela en Cidron, y se avergonzaron de mí, echándome á la Inclusa. La inscripción de aquel torno, perpetua ironía contra los malvados que reniegan de una obra que es santa, aunque lleve la unción de la sombra, ha servido para fortalecerme; tú has visto, soñando, á tu madre hecha sufrimiento; yo, en mis sueños, he visto siempre aquellas palabras: *Abandonado de mis padres, la caridad me recoge*; aquellas palabras que fueron trocándose hasta formar este aforismo, que llevé grabado á

fuego en mi alma: *Abandonado de mis padres, me basto yo solo para la lucha*. Ahora soy viejo y voy olvidando. Muchacha... Un poquitín de vino, que el llanto quita fuerzas — dijo llevando con mano temblorosa la botella á mi vaso, dilatando también sus ojos bajo las cejas largas y blancas, como si con el manjar que se llevaba á la boca devorase su propia pena —. ¿Ves?, repica de gozo la botella en tu copa ¡confórtate, Gilda! ¡Hoy celebro el bautizo de mis últimos sueños; hoy ya nada me importan los que me arrojaron al mundo, pero aquellas letras que se juntaron para ser mis madres y mis nodrizas continúan hablándome y me dicen *Abandonado de tus padres, la caridad te recoge*; y la caridad eres tú... Gilda... tú, que has llegado á tiempo de alumbrar con un rayo de oro este tronco viejo, cuando ya tiene en lo alto para herirle el hacha de su leñador.

Diciendo ésto, el pobre D. Bernabé me cogió una mano y lloraba...

—¡Bah!—exclamó de pronto con esas inflexiones entre argentinas y broncas de la vejez emocionada —. ¡Todo esto pasará! Desde hoy á ser felices, Gilda, hasta que, como decía Scherezada al rey de Persia, llegue la hora en que el angel negro desate los lazos que me unen al mundo dejándote en disposición de emprender otra senda. Poco hay que hacer, pero no permanecerás ociosa, hija mía; de día tus labores y de noche mis enseñanzas, ¿sabes? Mi voz, sonando en tus oídos á todas horas, te abrumará mucho; pero mañana lo agradecerás. Arriba, junto al camaranchón, está

tu cuartito. ¡A vivir feliz, y que de estas rejas afuera se quede todo lo malo que pueda perjudicarte! Acuérdate de las palabras de Jesús: «El espíritu es el que da la vida; la carne á nada aprovecha; las palabras que yo te hablo, espíritu son y vida son».

VIII

Sí; columbré la dicha; la vi en sueños; quise entrar en ella disfrazada con el manto real de aquella vejez majestuosa; pero lo advirtió mi destino y todo fué inútil. Grifo de luminosos ojos y gráciles garras, amo de la muerte, de ese lobo negro que va siguiéndonos sin cesar para devorarnos cuando él se lo ordena, me alcanzaba y convertía la esperanza en incertidumbre y el sueño en letargo.

Hurtábame á la calle y me refugiaba en el patio moruno, encajonado, estrecho, en que apenas cabía mi espíritu sobresaltado, en que el sol era vivo y la sombra dura, y allí, bajo las hojas secas de una parra que hundía sus raíces en la arenisca, cosía febrilmente, punzando con aquella aguja que parecía un reflejo lívido de mi alma asustada, el aire ingrato que me traía las murmuraciones de fuera; escuchando, escuchando siempre con enconada curiosidad, mientras contemplaban mis distraídos ojos aquellos claros de verde sol que el descuidado movimiento de las hojas dejaba proyectarse sobre la tela blanca.

En el fondo de aquel patio, como en la caja de un laud, vibraban duramente notas dulces y bárbaras; el canturreo de los chicos en la escuela, los chillidos de las mujeres, las ásperas interjecciones de don Bernabé, sus secos palmetazos, el zumbido de las palomas que cortaban en un segundo todo aquel cielo y el ruido perezoso de algún pregón ó el repique incesante y lejano de un quincallero que azuzado por el ansia de vender, se detenía á veces, golpeando con fuerza sus candilones.

Era tal mi excitación nerviosa que ni aun podía descansar; estrujaba con fuerte puño la ropa en el barreño, haciendo salir por entre mis cortados dedos, silbando como espumarajos de rabia, las burbujas de jabón; barría arañando la tierra, domeñando la escoba como si debajo tuviera todos los motivos de mi odio, y echaba el cubo al pozo violentamente azotando el agua negra, como si en ella sobrenadara el alma de Antolín y la de aquel otro hombre que hizo volver al pueblo á mi madre llorosa y contrita como la mujer de Magdala.

¡Antolín!; no se me había salido aquella espina, no; allí estaba, bajo la piel de mi indiferencia, acardenalándome y haciéndome latir el corazón con desusado movimiento. Aquel miserable tenía dedicados á la vez, el salivazo de mi alma y la veneración de mis sentidos; pero cuando ésta se imponía, cuando mi amor juntaba las manos para adorar su sombra, la voluntad encajaba entre la sombra y yo el consejo de la señora Toñuela... «¡Huye de él más que de nadie!», y aquella otra figura grande y noble del maestro de escuela,

acudía entonces y apoyaba el pie en su recuerdo.

El asomo de felicidad de á que antes hablaba, duró hasta que el ejército de cizañeras, movidas á santo enojo por las insidias de Antolín se aprestó al combate. Eran de ver aquellas mujeronas y mujercillas de rabiosa fealdad, dirigiéndonos con sus picos de pato mil enconados vituperios al maestro y á mí. Había insultos que, demasiado ágiles, saltaban las bardas del corral para llegar con más prisa y otros que pasaban de soslayo de puerta á puerta para que no conociéramos la intención.

—¡Cuídate del gallinero no llegue la raposa que está en *ca* el maestro!

—¡Ave María Purísima! ¿Qué lo enseñará el viejo verde?

—¡Cállate que es su padre!

—¿Desde cuándo?

—¡Ahora se ha descubierto!

—¡La pobre!

Unas salían de sus cubiles á ventilarse los zancos y hacer como que tendían la ropa para, entre alfiler y alfiler, soltar los de sus dichos que eran más afilados y duros. Otras iban y venían á la fuente, zarandeando al zagalejo como para demostrarme que podían andar así por estar con sus hombres como era de santidad; otras, bajando la cabeza con aire de burla, me daban unas ¡buenas tardes!, que rasgaban hasta el aire con la intención; las de aquí, pico de pañuelo en boca, cuchicheaban mirándome y rematando su conferencia con ruidosas risotadas y un ¡qué me cuentas!, y hasta los hombres, aquella mala raza de brutos

con caras negras y arrugadas y piernas torcidas y fuertes y gestos de cazurros que entre copa y copa, reía en las tabernas motejándome, tenían también al llegar á sus casuchas ruines como ellos, su palabreja para mí. Aquel vaho de calumnia, enturbiaba de continuo el cristal de mis ojos; salir de casa era un suplicio; entrar, una tortura; cruzar una calle, un motivo de insulto, y pasar por delante de una ventana abierta junto á la cual cosieran las más prudentes, era dar ocasión á una carcajada. Poníanme apodos porque yo era débil y cobarde y porque no sabía contestar sin enrojecerme y por que si quería responder, trabábame del brazo don Bernabé y me decía quedamente:

—¡Deja que arda el fuego, y no le echas la leña de tus palabras, que cuando se acabe la que esas malditas han puesto, se apagará solo.

Sin embargo, aquel infeliz sufría lo indecible, porque los que le confiaran á sus chicos, empezaban á retirárselos bajo pretexto de la moral; y como el tío Madruga era el alcalde y le retrasaba el exiguo sueldo; y como el señor cura trinaba por el escándalo nunca visto que estaba dándose en Cidron; y como el hijo del veterinario iba á salir de la Normal y necesitaba la escuela del pueblo en que herraba su padre, de aquí que el tumulto fuera adquiriendo considerables proporciones, hasta el punto de hacernos imposible la vida.

Un día, el anciano volvió de la calle iracundo.

—¡Y eso es un cura! ¡Misión de paz, misión de caridad!—decía—, misión de cuernos y diablos que se lleven á todos y á todas!—¿Sabes, Gildilla,

lo que acaban de proponerme esos mandilones? Pues que te ponga á la disposición del párroco para que estés bajo la tutela de su sobrina hasta que pensemos lo que puede hacerse de ti.

—¿Quién, quién?—añadió soltando un terno, quizá por primera vez en su vida—. ¿Quién puede disponer de un ciudadano ó ciudadana, sin padres y sin tutoría? ¿Es que hay aquí compraventa de seres humanos, ó qué? ¿Pertenece esto á Valladolid, ó es del Congo? Yo sé, hija, que aquí estás mal, porque el paso en que nos han metido no es de andadura, sino un trote cochineró que nos lleva al hambre; y aunque yo comería bazofia con tal de tenerte á mi lado, no puedo obligarte á que hagas lo mismo, ni á que te quedes en la triste piel para cuando se acabe la que á tiras te van sacando... Pero, ¿por qué no me proponen que te lleve, por ejemplo, á casa de la viuda de Barrios? ¿Por qué? Pues sencillamente, porque esa *señora* está tan bien mirada, que no quiere que la vean lo que hace cuando nadie la ve; y como esa, que *honestamente* se calla, son todas esas refifas que se asustan y saben chillar. ¡Cuernos del diablo! ¿Qué te parece? Si pudiéramos arañar la leña gastada de esas puertas y la carroña de esas almas, ya veríamos quiénes eran en Cidron los buenos y los santos... ¡Tú y yo, Gildilla! ¡Tú y yo, nada más!

—Dejele yo que se explayara, y esperaré á que la emoción algo vencida me permitiera hablar á mi vez, sin dar tonos sensibleros á mi respuesta; que en conflictos así no deben usarse quejidos, sino razones destocadas, y haciendo uso de ellas, le dije:

—Don Bernabé, mal y con ella, solito estaba usted, y no le iba como ahora, porque usted cumplía, y...

—¡Lo mismo que hoy! —me respondió irritado, levantándose lentamente hasta enderezar su estatura lo poco que podía—. ¡Dos generaciones de brutos llevo adiestradas! ¡He procurado que fueran hombres, y mira lo que ha salido y el pago que me dan!

—Déjeme usted seguir.

—¡Habla, hija mía! ¡Vigilias, insomnios, sacrificios pecuniarios para estar siempre á la moda de la enseñanza y no detenerme en Jonás, y cuando uno es viejo y está sin ánimos y encuentra alguien á quien querer, sále el torrezno de Madruga con su caraza de rey godo y sus modales de rey de porqueriza á decirme: ¡Tú, Bernabé! ¡Visión temblorosa que vas manchando ya cuando caminas la luz que contornea tu cuerpo desvencijado!, el señor cura... ¡ya lo sabes!—el cura me manda quitarte ese puntal que la casualidad te ha puesto; esa hija de tu espíritu que parece el rezagado dote de tus nupcias con el mundo miserable que tanto detestas... ¡perro mutilado siempre en tus alegrías! ¡Vuélvete al rincón en que te echamos el mendrugo y duérmete hasta que te llegue la ocasión de no despertar!...

El pobrecillo se interrumpió llorando y murmuró bajo el pañuelo que se llevaba á los nublados ojos:

—¡Habla, hija mía, y perdóname; pero... ¡no te irás! ¿Verdad que no te irás? Estamos á la mitad

de todos los libros.—¿Quiéres condenarme otra vez á los guisos de taberna y á no tener con quién hablar, y á no verte esa carita de santa?

—¡Yo hubiera estado aquí siempre, señor maestro! ¡Tranquila á su lado, cuidándole y aprendiendo la vida en todas sus palabras!

—¡Sí, hija, sí; no fueron palabras de pedante las que dije sino de bienhechor...

—¡Ya lo sé! ¡Dios dispone otra cosa! Me ahoga el aire de este pueblo maldito, y, sin embargo, al recordar los insultos de esas mujeres voy viendo con sorpresa que casi no las odio desde que sueño en algo que no sé explicar. Hay una idea en mi cerebro que brilla y brilla siempre, llevándose todos mis pensamientos como la estrella de Belén las miradas de los pastores; y en aquel cuartito que usted me ha destinado; entre las sombras de mis noches que no se acaban, me parece oír una voz que me grita misteriosamente: «Esas reñidoras que al paso te salen no son sino los instrumentos del destino y sus voces, no son sino sus voces que te hostigan para obligarte á emprender la marcha... Tu puesto no está ahí.»

Don Bernabé, más calmado ya, me escuchaba con creciente sorpresa.

—Mucho vales, Gilda, me dijo—tu rápida comprensión obra milagros y hablas ya como una sibila.

Aunque tú no conozcas del todo á los personajes á quien voy á referirme, te diré que con ese aire inspirado me recuerdas á Napoleón, cuando decía á la viuda de Beauharnais: «¡Señora, yo

tengo mi estrella, y el destino se cumplirá!» ¡Sí!— prosiguió apoyándose en la repisa de la ventana y sosteniendo la noble frente con una de sus manos. Hay una fuerza misteriosa que va empujándonos y contra la cual luchamos en ocasiones á brazo partido, labrando nuestro propio infortunio... pero ¿dónde irás Gilda?

—¡A Madrid!

—¡A Madrid! ¡A sentar plaza en el gran ejército del hambre!

—¡Sábelo Dios!

—Puede que tu madre se dijera eso mismo; lo malo es que en Madrid no tengo relación alguna; los amigos que hubieran podido servirme, han muerto ya.

—¡No se preocupe usted por ello don Bernabé!

—¡Bueno, muchacha! — murmuró, dejando que arqueara sus labios una dulce sonrisa—. Hay tiempo para que dispongas tu viaje, que al fin, no es puñalada de pícaro el que obedezcas al destino tan ciegamente. ¡Puede ser que mañana sueñes con otra cosa! Un minuto, no es otro minuto; cada segundo se lleva un alma y engendra una idea. Dios sabe si algún día, cuando pasen estos sucesos que tan enconados nos traen, llegarás á decirme: ¡Ay, don Bernabé! ¿qué hubiera sido de la pobre Gilda si, desoyendo sus consejos, se hubiera marchado de Cidron?!

Finjé, sonriéndome, no estar convencida en absoluto de la necesidad de mi marcha; pero mientras sonreía forjaba un plan, resolviendo realizarlo aquella misma noche, y apenas se acostó el pobre

viejo reuní apresuradamente mis ropas, y saliendo á la corraliza y apoyando la escalera en uno de sus muros, me dispuse á saltar. En aquel momento acudió á mi memoria una escena de que no quería acordarme, y que me había puesto en la situación en que me hallaba; por una tapia huyó una noche mi felicidad; por otra tapia tenía yo que huir.

A mi espalda, el pasillo que daba á la cocina se abría como una negra fauce; cerré cautelosamente la puerta, gané los peldaños, y ya encaramada sobre el caballete miré hacia fuera. Las casas dormían como bultos acurrucados en la obscuridad. Santiguéme, y dejándome resbalar, caí desde una buena altura, pero mi cuerpo hizo menos ruido que el que hubiera provocado el cerrojo al descubrirse, llenando de alarma al último, al único amigo que me dejaba en el lugar; al hombre bondadoso á quien mi partida había de reconciliar muy en breve con la pacífica normalidad que antes tenía, y que por mi causa empezaba á perder.

VIII

Escudriñando la obscuridad con esa perspicacia del miedo, que adivina tan minuciosamente los detalles, avancé despacio, temerosa de que el simple crujido del polvo al esparcirse bajo mis plantas diera el alerta á las buenas almas de Cidron. Cada vez que una guija empujada por mi pie al avanzar rebotaba secamente, turbando la calma profunda de la calle, deteníame y observaba. La plaza, recortando la sombra más intensa de sus tejados sobre el oscuro fondo del cielo cuajado de estrellas, dejábame adivinar como inmóviles bultos los pilares de su porche y me mostraba en uno de sus ángulos tenebrosos un cuadro de luz amarilla, á través del cual se escapaban quejumbrosas voces hombrunas. Era la ventana de la tahona. Precisamente al lívido espolvoreo de aquella claridad, me pareció ver el contorno de un hombre que caminaba en mi dirección, pero sólo era antojo del miedo.

A los dos lados de la calle en que penetré, empezaban á formarse las cunetas como angostas simas y se descubrían los guarda-cantones pegados

á las puertas falsas, semejantes á gozques de piedra y se veían los carros vencidos sobre sus varales, como árabes en oración, con sus grandes cargas de estiércol á cuyo remate parecía brillar una chispa que era algún lucero lejano.

Todo aquello iba despidiéndose de mí, lentamente, valiéndose de su mudo lenguaje. Era lo único del pueblo que no me había causado mal alguno, ¡al contrario! En cada casa, en cada rincón de los que abandonaba, había algún dulce recuerdo de mi niñez.

A veces sonaban esquilas agitadas con perezosa vibración ó hendía el aire un bronco ladrido al que correspondían á distancia, otros más agudos semejantes á secos golpes de pandereta ó se levantaba delante de mí, una ligera nube de polvo, tras de la cual resoplaba un perro dormilón, que gruñía al aproximarme y que dejaba oír, por mucho tiempo todavía sus conatos de ladrido.

Tornaba el silencio, quedáronse las casuchas á la zaga y al verme en pleno campo, suspiré y el aire de mis suspiros, debió pasar de aquellos puntos tan lejanos en que brillaban las últimas constelaciones.

Ni estaba sola, ni era pobre que aunque mi faltriquera iba muy escurrida y lacia, sin más recursos que los que eran menester para no morir de hambre en dos ó en tres días, cantábanme mis quince años promesas al oído y el viento me animaba dándome escolta, revolviéndose, aullando de alegría, echando á correr velozmente á lo largo de la carretera, levantando el dormido polvo para que

me viera pasar y volviendo á esconderse en mis faldas, una vez realizada la travesura.

De noche en el campo, en la oscuridad, la distancia no existe porque faltan los lejanos términos de comparación; la sombra va con el que viaja; el piso es blando, viva el ansia de andar y como la curiosidad va delante, cicerone de lo desconocido y el fresco da valor, el peregrino camina sin sentir cansancio. ¿Qué sería de mí en la alborada? ¿Sabíanlo acaso los gorriones que en aquellos momentos dormían con tan buena fe seguros de que mientras rodaban las horas negras y duraba su sueño la mano previsor de la casualidad iría colocando entre los rastrojos y las hierbas los granos que debían comer al día siguiente? Ya se adivinaba en la oscuridad la sombra de la ermita, cuando de súbito y sintiéndome acometida de un terror sin límites, oí pasos detrás de mí y llegó á mis oídos, una voz incisiva, dura, cuajada de ironía que apuñaló mi oído.

—¡Buenas noches, Gilda!

—¡Antolín! —murmuré más con el pensamiento que con la voz, quedándoseme el corazón parado como si acabara de entrar en mi hora suprema.

—¡Pronto te olvidaste de las personas que te quieren!

—¡Déjame y para siempre! —exclamé con acento tan blando que no se si el aire lo llevó á su oído.

—Vas sola y el camino es largo. ¿Dónde vas, Gilda? ¿Adónde vas? Si á Valoria la buena, mucho has de andar y tus pies no pueden... Valladolid

está muy lejos y el tren no recoge á los que sin dinero van.

Poco á poco me rehacía, porque su voz era espolín que hacía saltar y encabritarse á mis rencores.

—Yo sabía que huirías de Cidron sola y de noche.

—¡Gracias á ti, que eres un infame, un cobarde asesino, que después de robarme aparentemente la honra y matar á una pobre mujer fuiste arrojando contra mí á esas rabizas del lugar, atormetando á otro pobre viejo, que no ha hecho mal alguno si no era el de remediar en parte tu daño, recogióndome para impedir que cometiera algún desatino.

—¡Bueno es el maestro y buena eres tú, y en ese pueblo que á la espalda dejas nadie que coma pan es mejor que vosotros; pero... ¡qué quieres! No cediste á mis súplicas sabiendo que me moría de cariño por ti...

—¡De mucha muerte te morías tú!—dije haciendo un mohín de incredulidad.

—¡De mucha muerte! ¡Sí!—replicó parándose un momento y andando después muy deprisa para arreglar su paso al mío.—¿Qué sabes tú lo que es arder noche y día como una candela que se derriete sin tener el consuelo de apagarse cuando ella quiere sino cuando quieren los demás?

—¡Pero recondenao! ¡Quién te puso trabas para ir con esa candela hasta el cura?

—¡Hasta ahí no, Gilda!—dijo rozando su palabra, hundiendo la barbilla en el pecho.

—¡Pues vete!—exclamé muy calmosa y parando de pronto—, que ni soy desperdicio de alhóndiga ni cosa que se da con el pie, y si tú eres madrugador yo vivo alerta, y año tras año, y estando al cuidado del decoro se hace el cuerpo muralla para defenderse contra el asedio de los bárbaros como tú, ¿sabes? Y si vamos al rezo de lo que fué mi madre, yà que siempre lo tenéis en la boca, has de saber que fué mejor que la tuya, porque me parió con más alma y mejores sentimientos que los que tu madre te dió, cobarde fullero, que en vez de dar el pecho á los hombres buscaste la baba venenosa de las mujerzuelas como tú para lanzármela á la cara. Solos estamos, y en la sombra, y no te temo, ya lo ves, aunque trujeras más puñales que rayos el sol, que peor que me pusiste no me pondrás, aunque acribillada me dejes ahí, en la ladera del camino.

—Pues ahí te dejaré, pero de otro modo, que en el campo ni tus gritos han de salvarte ni mis manos dejarán que los des. Te quiero—ya te lo dije—hasta perder voluntad y vida y... rumié lo del bodorrio y dilo de mano, que tú eres pimpollo y yo clavel pajizo y cuando abras, hojarasca seré... ¡Y además, Gilda! que hay quien nace para ir del cabestro y para que ya de mamón le envuelvan en mantillas de marido y le pongan de evangelios, amonestaciones y cosas que atan y aquello de mujer te doy que no sierva; y yo á eso digo al cura que si de siervas se trata no he de tenerlas por no contar con cosa en que pudiese ser servido, y en cuanto á lo de mujer ya me la agencio yo cómo y

cuándo quiera, que si todas fueran siervas y mujeres de sus maridos yo no las tendría.

—¿Pero cínico egoísta, por qué no te mueres?

—Porque nací para gozarte Gilda, y á eso voy.

—¡Miserable! ¡Ven si te atreves!—exclamé poniéndome de una carrera fuera de su inmediato alcance, y no teniendo entonces escopeta sino argucias, dije:

—Ha de obrarse un milagro divino y será el de que te mueras antes de que pongas mano sobre mí.

—Veráslo—respondió con la voz sofocada y echándome ambos brazos al cuello, trabóme con ellos de tal modo que no podía hacer otra cosa sino respirar y eso con apremio. Yo procuraba desasirme y él me decía todo temblón y haciendo que resbalara por mis mejillas el aire de su aliento.

—Déjate, Gilda, que el querer no mata.

Con la cabeza echada hacia atrás sobre su durísimo brazo, yo veía todas las estrellitas del cielo temblar en la noche. Encendíase más mi sangre moza al sentir cada beso, y le mordía con saña y así fuimos andando en grupo, hasta dar en uno de los árboles que bordeaban el camino, y allí sus manos se hicieron ministriles de mi pobre cuerpo, buscando y rebuscando cosas que de su grado hubieran podido salir, á no tener él tanta priesa en que dieran fe de que allí estaban, y como no hay naturaleza de mujer que sea como la roca viva, con tal ímpetu cayó el cristiano sobre mí, que no me dió tiempo sino á entregar las llaves y á excl-

mar cuando ya no era ocasión, Zogoibi de mis propias penas. ¡Ay mi Granada!

Alzóse el ruin, resoplando y encogiéndose de hombros y se alejó, diciéndose con la voz velada:

— ¡Todo llega Gilda! ¡Que Dios te ampare!

Me quedé sorda y muda, viendo como amanecía y procurando reparar con alfileres lo que era posible. No había en mí, ni sombra de temor. Una franja de púrpura llegaba á coronar el inmenso lecho del campo donde acababa de celebrar mis nupcias naturales.

El sátiro huía, dejándome el secreto del placer; los pájaros celebraban mi caída con húmedos gorjeos, y Venus, aquel lucero que el maestro me había mostrado como un sol de media hora, se levantaba poco á poco en el horizonte oriental, y avanzaba hacia mí, deslumbrante joya que por delicadeza del misterio me traían doncellas invisibles. Huían con las sombras todos aquellos consejos y dolores, murciélagos de inseguro vuelo que tantas veces habían pasado y repasado sobre mi tristeza. No derramé una lágrima por el caído pétalo, ni llamé al monte ni al valle, como la Isabel de *El alcalde de Zalamea*, cuando gritaba:

*Nunca amanezca á mis ojos
La luz hermosa del día,
Porque á su sombra no tenga
Vergüenza, yo, de mí misma.*

Me sentía resuelta y alegre; me sentía con ansia de triunfar para vengarme de aquel manoseo y de aquella burla y de aquel destino que había puesto

á mi madre en idénticas circunstancias, para hacer, sin duda, tradicional en nuestra raza; la muerte violenta del honor; pero por de pronto, me di cuenta de que sin honor se camina muy bien. La carretera, blanca y limpia, se ofrecía nuevamente á mis pasos; pero yo no quería viajar sino de noche, y así trepando á un declive me guarecí en una choza abandonada. Allí, libre como la Silvia de la Egloga, de todos los Amintas y Tirsis de camino real con zahones y vara bueyuna, preferí descansar á comer.

El trajín empezaba; oíanse ¡ohés! vigorosos y estallidos incesantes de tralla y ruidos de esquirlas y esos ruidos hondos que producen las ruedas al dar en los baches y recobrar el nivel del camino.

Aun tuve tiempo de ver un carromato con el toldo pajizo, que conocí en seguida; era el del ordinario de Valoria á Cidrón. Vi, en largo trecho, sus yantas plumizas brillando al sol, entre el polvo de la carretera, y me dormí profundamente.

IX

Ya de anochecida, proseguí en mi andar, y llegué á un pueblo de viso que hasta tenía aceras en sus altibajos de piedras rodadas, y balcones con cortinas y dos torres de iglesias diferentes, y chocándome el ver que todos los vecinos salían disparados en una misma dirección, llevando una silla cada cual, entré en una tienda de abacero, que transcendía á salazones, y haciéndome la fuerte, aunque iba sin aliento, arrojé mi caudal de cuarenta céntimos sobre la tabla del mostrador, y pedí queso y pan.

De todo había, hasta alpargates, en que se hubieran acomodado muy dócilmente mis pies doloridos; pero como aquellas monedas eran huérfanas, no podía aplicarlas sino á la atención de lo más exigente, que era el estómago.

El tendero, hombre de rostro coloradote y plácido, me miró dos ó tres veces, mientras hacía el envoltorio. Al fin, y por despedida, me dijo, arrojando el dinero al cajón:

— Usted no es de Abarrote, joven.

—¡Ah! ¿Se llama Abarrote este pueblo?—pregunté algo confusa.

—Sí, señora.

—Yo vengo de Valoria la Buena.

—¡Hombre! ¿Conocerá usted la tienda de Justo?

—No, señor; no sé de ningún Justo, ni aquí, ni en Valoria.

El hombre resobó la tabla, y continuó:

—Pues...

—No le dejé acabar.

—Dígame usted—pregunté con ese tono zalamero de mujer pardilla—, ¿y dónde va tan presurosa toda esa gente?

—¡Ah!—respondió el tendero como recordando—. Es que hay títeres; es que van á los títeres. Trabaja el célebre monsiú Sinfrae. Ya le conocerá usted, si es del contorno.

—Sí; sí; ¡por mi pueblo va algunas veces! Conque ¡agur y tantísimas gracias!

—¡Adiós, joven!

Salió el hombre á la puerta para verme marchar; volví el esquínazo y mezclándome á la gente que iba hacía donde fuere y que por la oscuridad no podía descubrir si yo era ó no era del pueblo de Abarrote, llegué á la plaza y quedándome muy á la zaga y muy en la sombra, comencé á satisfacer á un tiempo el hambre y la curiosidad.



La tierra parecía estremecerse cada vez que sonaba el bombo con ese áspero ruido de tempestad que provocada por los titiriteros es un rugido de hambre; oíase el estallido que producía la bola de cuero al dar en la templada piel y luego ese trémolo vago y hondo que infunde en el alma de los niños pavorosas tristezas.

Un gran trazo de sombra por el que se filtraban fuertes rayas de luz y que dejaba ver en la penumbra muchas caras borrosas de asombrados palurdos, tiznaba el centro de la anchurosa plaza y delante de aquel cordón de curiosos que en ocasiones producían un prolongado hervor ó sostenida carcajada, descubríase á plena claridad una especie de horca pintada de gris ostentando en su centro el trapecio de cuerdas blancas con remates rojos.

Los hachones cuya luz vacilaba con temblor de incendio, tendían á veces en la ráfaga sus enconadas mechas arrojando sobre el público, una nube de humo de acre olor ó elevaban sus llamas ansiosas de la altura, en radiosa tranquilidad, haciendo destacarse vivamente las fachadas y las rejas que parecían más misteriosas después, en su momentánea, intensa oscuridad.

Bajo el trapecio, gala del polvoriento piso, se tendía un raído tapiz y allá en el fondo y junto á un voluminoso carro, almacén sin duda, de lucientes cachivaches de circo, veíase de espaldas al lugar en que me hallaba yo un hombre de prodigiosa musculatura, en mallas y con un tonelete en que refulgían como minúsculas constelacio-

nes de pálidos haces, deslumbradoras lentejuelas.

El círculo, sobre el cual flotaban las ondulantes sombras del humo que huía, estaba desierto concentrando así mucho más la fascinada atención del público, que esperaba alguna sorpresa. El silencio de los espectadores imponía, y únicamente el ventarrón, señor del espacio, se burlaba de aquella ingénua masa, tundiendo las tejas, silbando en las calles y arrojándonos su llovizna de arena á los ojos, para que entre parpadeo y parpadeo nos pareciera más fantástico aquello que se preparaba.

La luna nueva, medialuna de oro de bruñidos bordes, subía envuelta en su cendal de vaga neblina, moteada de estrellas, que la rendían su agasajo de luz, y parecía que todo aquel grupo de pálidas luminarias, que á su paso iban encendiendo el azul en azul más vivo, era una corte de hadas y reinas que acompañaban en su viaje espléndido á la sultana de la noche.

Desde los puntos más lejanos, las rinconadas, y los edificios y los lamidos muros de la iglesia, bañados alternativamente por la vaga sombra ó la sangrienta claridad, parecían avanzar á trancos, acudiendo á la cita de aquella expectación tiránica, y el pueblo todo y el mundo entero, y hasta las débiles nubes, que huían obedeciendo el empujón del aire, hacíanse las rezagonas al pasar por la plaza, ansiosas de presenciar las proezas de los volatineros.

Oyóse de pronto un hervor apagado, ténue, como si alguien rezara hurtándose á la curiosidad

de la muchedumbre. Entonces sonaron muchos y prolongados *chics* aunque nadie hablaba ni se movía, y el rumor fué creciendo, cambiándose en rápido, acompasado, habilísimo redoble, hasta romper en desfogado palitroqueo que parecía hendir el parche del duro tambor, y mientras, veíamos, mudos y llenos de sorpresa, descender hacia nosotros con vertiginosa rapidez, desde la alta obscuridad de la casa frontera, siguiendo la misteriosa línea de un hilo invisible, una bola blanca, que al tocar en el suelo se transformó en el payaso de la compañía.

Estalló una salva de aplausos, y el clown, estirando sus amplios gregüescos, bordeó el círculo con una serie de saltos mortales, y se retiró, enseñándonos su cara blanca y alegre de truncado gesto.

Entonces avanzó el hércules, y pude verle á mi sabor: era un hombre como de cuarenta años, de mirada dulce y simpática, cabellos rubios y ensortijados y naciente calva. Habló con alegre tristeza, forzando el aliento, volviéndose á medias para que á todas partes llegara su voz.

—Señoras y señores—decía con extraño acento, muy laminado ya por la costumbre de hablar en castellano—, hemos venido al pueblo de Abarrote porque sabemos que es hidalgo y generoso con los pobres titiriteros. ¡Vamos á ver! Usted, *señora*—añadió acercándose á una burda mujer, negra como el endrino, que procuró sacar el corto talle de las apelmazadas caderas al oirse llamar *señora*. ¡Vamos á ver! ¿Tiene usted la bondad de *aproxi-*

marme una perra gorda? ¿Sí? Pues hágalo usted, y que Dios se lo pague.

La palurda inclinaba la cabeza, echando hacia adelante los largos zarcillos de coralina, y después de hozar en su pañuelo sacaba la moneda.

—¡Bien!—decía entonces Mr. Sinfrac, que era como se llamaba el artista, levantando la moneda hasta la altura de sus ojos para deslumbrar todavía con el *tesoro* abandonado á la *señora*, arrepentida ya de su asombrosa esplendidez.

—Envíe usted á estos diez céntimos el último adiós, puesto que van á reunirse con otros diez ó veinte que prepara esta preciosa niña, de quien yo sería novio con gusto... (la niña era una motilona con tres puntejos en la cara, la nariz y los pómulos) para unirlos á la dádiva de esta *noble* anciana y á la donación de este opulento cosechero (un mozo de mulas con la cara toda en cañones y pañizuelo á la cabeza), y así, recorriendo este concurso principal, tendré pronto millones.

Oyéronse algunas risas y Mr. Sinfrac prosiguió:

—Se admiten también onzas de oro, mis queridos *señores*.

Cuando llegó á mí retiréme turbada.

—¡Hermosa niña—dijo—si no tienes dinero no te importe, porque vale un mundo tu cara!

Los espectadores que estaban á mi lado volvieron sorprendidos al ver en mí una forastera. Hubo dos ó tres mujeres que cuchichearon, pero nada más.

Mr. Sinfrac, que había dado ya la vuelta al círculo, le atravesó de pronto con su colecta, lle-

gó hasta el carro, de donde salió una mano que se apoderó del dinero, y volviendo al centro y tomando una gallarda actitud, gritó con énfasis:

—¡Ahora, señores, van ustedes á ver al gran nipón, al rey del trapecio, al sin igual Tokio, que ejecutará á la vista de ustedes algunos de sus más arriesgados ejercicios! ¡Orden! señores, ¡orden!

Retiróse Mr. Sinfrac, reapareciendo en seguida el payaso, que valiéndose de una larga pértiga, con ademán cansado y displicente voz, exclamó dirigiéndose á los que pugnaban por estrechar el espacio:

—¡Atrás, señores! ¡Que no podemos movernos aquí!

Yo contemplaba distraída una lentejuela que brillaba sobre el tonelete de Mr. Sinfrac, mientras pensaba en mi situación; aquel pequeño y deslumbrador disco, enviándome su rayo de plata, me atraía de un modo extraño. Mañana—me decía á mí misma—no tendré más mesa que el campo; más lecho que las cunetas del camino ni más sustento que la esperanza de comer. ¿Qué haré, Dios poderoso? Entonces la lentejuela de mágico brillo volviése en la dirección del carro, lanzó un destello más vivo y se apagó en seguida como si la pareciera suficiente aquella última elocuencia de luz para hacerse entender. Sí—murmuré temblando al ocurrírseme una idea—estos pobres volatineros podrán salvarme llevándome en su compañía. Aquí nadie más que ellos pueden hacerme este servicio de caridad.

Di poco á poco la vuelta por detrás de la gente

y fui á situarme junto al carro, en cuyo interior vi á una mujer que tenía dormido en sus brazos á un niño de muy corta edad.

A los lados y sobre los asientos del vehículo, distinguíanse cajas de cartón descubiertas y telas á medio sacar y mil cosas heterogéneas que brillaban mucho, y en los testers, y de las esterillas que hacían más muelle el respaldo, colgaban rollos de cuerda y de alambre, pudiendo asegurarse que allí, la necesidad imperiosa de utilizarlo todo, no había dejado hueco alguno.

En la parte anterior se plegaban á los dos lados sujetos con correillas, dos gruesas cortinas de lienzo reforzado con hule, pudiendo verse por el espacio que dejaban libre parte del público y un lado del trapecio en que subía y bajaba con ligeros intervalos una amplia trusa azul y una pierna color de rosa.

La voz de Mr. Sinfrac que hablaba desde fuera con la mujer del carro, sonaba en lo interior como si fuera emitida á través de un tubo.

—¡Este hombre—dijo—haciendo un gesto de compasión, mientras dejaba el lienzo con que acababa de enjugarse—no puede hoy con su alma! Una noche se nos cae del trapecio.

—¡Pues termina ya—respondió la mujer en quien también se advertía un ligerísimo acento extranjero!

—Sí; será preciso—respondió Sinfrac mirando distraidamente en todas direcciones.

En aquel instante adelanté yo la cabeza y dije tímidamente á la mujer:

—¡Buena señora!...

—¿Es á mí, joven?—preguntó la volatinera.

—Sí, señora—añadí titubeando—yo quisiera hablar con usted.

—Pues suba usted amiguita, ¿qué se la ofrece?

—Señora, yo no tengo á nadie en el mundo, y...

—¿Qué? ¡Hable usted sin miedo!

—Quisiera irme de aquí con usted.

—¿Cómo?—exclamó sorprendida la buena mujer riéndose con la mayor franqueza; ¿pero está usted en su juicio? ¡Bah! ¡Ya entiendo! ¡Habremos reñido con la madre ó con el novio y estaremos dispuestas á cometer un acto de *terrible desesperación*, ¿no es verdad?

—La verdad señora—repliqué con triste entereza—, es que estoy sola en el mundo; que no hice daño á nadie; que nadie me persigue; que deseo llegar un día á Madrid; que tengo hambre y que creo que podré serles útil, aunque sólo sea para llevar en brazos al niño.

La joven, pues joven era, sacó entonces de la sombra el airoso busto y gritó con una voz fina y alegre que me recordó el suave piar de las golondrinas cuando vuelan á ras de los trigos.

—¡Ludovic! ¡Ludovic!

Volvió Mr. Sinfrac aceleradamente, y gritó en tono de alarma.

—¿Qué ocurre?

—¿No sabes? Te presento á una artista futura.

—Pero, de quién se trata?

—De esta joven que acaba de solicitar un puesto en nuestra compañía.

—¡*Sapristi!*—gritó festivamente Sinfrac yendo á por un hacha, y alumbrando el interior del carro para verme á su gusto—. ¡Esto es una figura de Poussin! ¡Si es la misma que yo vi hace poco!

—¡Sí, señor!—respondí sonriéndome.

—¡Dice que está sola en el mundo!

—¡Oh! ¡Magnífico! ¿Está sola en el mundo y se queja?

Llegó el payaso todo hecho una jiba con las crispadas manos sobre el vientre.

—¿Aun sigue el martirio?—preguntó la mujer.

—¡Ni las luces veo patrona!—clamó el pobre payaso con voz dolorida, volviendo hacia nosotros aquella cara que reía siempre.

—¿Tomaste el sello que te dió el médico de Lerma?—preguntóle Mr. Sinfrac.

—Sí; pero...—gruñó el payaso procurando disimular lo que sufría.

Volvieron á sonar los aplausos y vi avanzar hacia nosotros con paso trémulo al gran japonés, al rey del trapecio, pero tan abatido de ánimo que no parecía sino que iba á faltarle antes de llegar á las varas del carro, de las que colgó como una vistosa piltrafa su desmayada humanidad, volviendo hacia la luz el rostro demacrado y lleno de angustia.

—¡No puedo más patrona! exclamó jadeante entregándose por completo á su fatiga.

El público se impacientaba.

—¡Acabemos ya! Ludovic ¡por el santo nombre de Dios! ¡ya es bastante! gritó la mujer moviendo sus piernas con ese dulce balanceo que emplean

las madres para conservar mejor el sueño de los niños.

El fin del payaso, parecía muy próximo; conociásele que le aguijaban intensos dolores y vivos deseos de correr y de ocultarse en algún recóndito sitio donde una tranquilidad momentánea, pudiera restituirle á su normalidad. Los ojos doloridos revolviáanse con terrible expresión de angustia bajo aquellas enormes cejas trazadas en mitad de la frente para hacer más brutal el gesto de pintada alegría y las manos convulsas que no podían limpiarse el rostro, por el miedo de arrebatarse el blanquete con el sudor, agitaban con fuertes sacudidas las cadenas de la galga como si en ellas estuviera apresado y airadamente quisiera librarse de su cautiverio.

El patrón le miraba con lástima, pero aquel público tan propenso al aullido, denostaba á los titiriteros exigiéndoles nuevas habilidades.

—¡Felicio!—gritó entonces el director acompañando sus palabras con una mueca muy significativa—si te da tiempo, arrea con una vuelta de mortales para concluir.

El payaso se lanzó ciegamente á la arena que, aceptando el combate, crugió bajo aquellos pies ásperos y se oyeron golpes sordos que se alejaban y volvían con duro y monótono ritmo, mientras el cuerpo tronzado y en constante flexión, caía, botaba, tornaba á elevarse rápidamente, engrupándose á su mayor altura para el salto mortal y así el gimnasta recorrió el círculo una vez y otra flagelando el suelo, que mostraba ya sus arrugas de tie-

rra, cansado de resistir los golpes de aquel batán humano y el público se electrizaba ante el atroz alarde de agilidad y fuerza y aplaudía gritando ¡basta! ¡basta! con un tono que impulsaba y no detenía, ¡tal es, nuestra hipócrita ferocidad! y el terco payaso volteaba rabiosamente, roto ya el freno de toda conveniencia y de toda lógica, hasta que Mr. Sinfrac, acechó uno de aquellos desesperados giros y asiéndole por la gorguera y simulando una última virada sobre su musculoso brazo, le obligó á plantarse en ambos pies con la seguridad de un poste.

El payaso no pretendió ya huir. Recobró su aspecto rotundo, de satisfecha fornidez, y acercándose á la patrona, exclamó con alegre acento:

—¡Ya trituré al dolor! ¡Lo he domado! ¡Lo pisé, patrona!

El pecho de aquel hombre se levantaba con una avasalladora codicia de aire; el del pobre nipón se hundía con débil y frecuente soplo. También sobre aquel carro de la farsa errante había estampado la tragedia su sello brutal.

Los hachones, destrenzando ya sus últimos filamentos en el ansia de la combustión, y entregándose á la merced del aire y del fuego, se hacían todo llama, como las imaginaciones grandes cuando van á morir; desfilaba la gente; veíanse aquellas gotas de humanidad, siniestras y obscuras, hundirse en el secreto de las calles, como las gotas de lluvia en el fondo de los secos abismos; ibanse las comadres, que también allí las había; ibanse los borrachos, y los lanudos, y los Tolines, y las pobres

Gildas, y se borraron como caricaturescos apuntes las soñolientas caras y las enrejadas sillas que colgaban entonces de los cuerpos que antes habían sustentado, como si el sostenerse alternativamente fuera recíproco convenio entre el mueble y el ser, sin tener más mérito el uno que el otro, y quedóse al fin la plaza desierta y abandonada ya, ante aquellos bondadosos hijos de la farándula.

Una luz vagaba todavía como triste mariposa de las tinieblas; el farol de M. Sinfrac, que destacando vivamente la gruesa pantorrilla del titiritero, proyectaba una larga y pálida línea sobre el recio muslo, dejando en la penumbra el tronco del Hércules, y sus pronunciadas facciones; en cambio, la espalda del *clown*, á plena luz, tomaba el aspecto de un bloque de piedra caliza al claror de la luna. Inclinado sobre el armatoste, manejando con febril actividad el martillo, que percutía siniestramente, despertando los ecos de los rincones con ruidos semejantes á secos chasquidos de tralla, destemplaba los *vientos* de alambre y desenganchaba las poleas que caían al suelo con un ¡CRIC! de élitro cansado. Poco después, las piezas de la armadura ocupaban su lugar prefijado en la bolsa del extraño vehículo.

En esto llegóse al grupo un mozo, todo carne y sueño, que, usando de la voz humana por milagro de la casualidad, dijo, encarándose con el patrón:

— Mi amo, el de la *posá*, que si van ustés, ó cerrá; que las doce están al caer, y la cesta prepará, y las mulas con los arreos.

Alejáronse los tres hombres con el fin de trocar-

se las mallas por sus ropas habituales, y tornaron enseguida el nipón y Fidelio, que era el payaso, trayendo el uno el guardarropa en forma de ligero envoltorio, y el otro una cesta muy grande más tapada que mujer mora, pero tan franca de perfume, que sólo con él dejaba adivinar el apetitoso secreto que guardaba en su fondo. Llegó luego con sus mulas Mr. Sinfrac, y mientras, entre *¡soo!* y *¡quieta!*, las enganchaba haciendo sonar los garfios de hierro con ese ruido mate que tanto regocija al que espera impaciente la marcha, la señora Alicia, valiéndose de chaquetones y gasas, disponía una especie de lecho en el más abrigado rincón del carro, para acostar al pequeñuelo, cerrando después la cortina de la zaga y trabándola con sus correhuelas.

Brilló por fin el rostro de Mr. Sinfrac á la luz vacilante de la cerilla con que procuraba encender el farol; saltaron al interior los tres volatineros, acomodámonos todos; empuñó el director las riendas, guió el carro describiendo con su luz un círculo de despedida parecido al que trazaban sus dueños en humilde saludo al terminar cada ejercicio, y tanteando baches y esquivando esquinas que parecían asaltarnos con sus burdas aristas de cal, nos alejamos de Abarrote.

X

Al principio avanzábamos poco; el carro parecía dar codazos al aire, como si quisiera evitar obstáculos ó buscar invisibles apoyos para salvar más facilmente las desigualdades del terreno; sonaban sus cadenas y crugían toldo y armazón cada vez que caía dumiéndose en un bache ó trepaba sobre el pedrusco á flor de tierra, para oscilar y desprenderse después, bruscamente, con seco golpe, produciendo en el epigastrio una extraña sensación de angustia; aquellos seres habituados al constante trajín, hallábanse en su elemento, dislocándose á cada bandazo, pero yo me agitaba nerviosamente asiéndome del brazo de la patrona, que me acariciaba riéndose y gritando para vencer el ruido.

—¡No hay miedo! ¡No hay miedo!

Entonces Mr. Sinfrac volvió por un instante el rostro, y á pesar de la sombra me pareció que reía también. Aquello me tranquilizaba. A veces, á la luz del farol veía ascender como radiosa sierpe la raya blanquecina del látigo, que caía con violencia, produciendo sobre el toldo un extraño chasquido, confundiéndose en ocasiones con el *¡ohe!*

vigoroso, que vibraba á lo lejos misteriosamente entre los árboles, mientras los cascabeles dejaban rodar con pereza sus ocultas bolas, sonando luego de pronto en alborotador repique de alarma.

—¡Vamos! ¡Vamos!—gritaba entonces el patrón á sus mulas, que iban tanteando el camino, deteniéndose á ratos y haciendo pasar á través del vehículo algo así como un escalofrío de miedo al afianzar duramente sus nerviosas patas; á la luz del farol, que arrojaba un manto de viva claridad sobre los lomos de las pobres bestias, veíamos que éstas juntaban repetidamente las orejas presintiendo quizá un peligro próximo. Los árboles se sucedían con más frecuencia, y en el sector de claridad veíamos deslizarse, quedándose en acecho troncos centenarios que se hundían en una arena floja y lavada, entre la que crecían erizadas junqueras con briznas de plata, que en la majestad de su movimiento nos enviaban su fresco perfume. A cada rodada parecía que un manto de humedad pesando más cada vez, descansaba, sobre nuestros hombros. El nipón comenzó á toser.

—¡Ya estamos en el río!—dijo Mr. Sinfrac.

Enfrente de nosotros, entre la sombra densa, se adivinaba otra más profunda: la del festón de árboles que bordeaba la corriente y cuyas frondas sonaban, confundiendo su largo lamento con el apagado rumor del agua, que no se veía. Poco á poco llegábamos, enmendando el rumbo, proyectando hacia delante la curiosidad de nuestra luz, que amarilleaba entre los troncos tersos é inmóviles como las rígidas columnas del misterioso tem-

plo de Eleusis. El vaho del abismo pasaba á través de aquella vegetal muralla sobrecogiéndome. A veces creía descubrir rápidos trazos de sombra que huía llevándose la luz de una estrella ó la raya lívida del arañazo de algún sauce; pero todo aquello era una ilusión. Al fin distinguimos los dos grandes cubos de piedra que señalaban la entrada del puente. A lo largo de la profunda cuenca sólo percibí un vago resplandor que, medroso de producirse, se perdía á muy corta distancia, y en la lejana cortadura, legiones de estrellas. La altura del pretil me impidió ver más. Zumbó de repente á un lado y otro del vehículo un ventarrón que se extinguió enseguida, y nos encontramos de lleno en la cuidada y blanca carretera, orillada de árboles jóvenes, y sobre la cual la luz del farol, cada vez más brillante, mostraba á nuestros ojos la débil huella de otras llantas en la tenue capa de polvo.

Corrieron las mulas gozosas por aquella llanura, repicando á compás con alegres saltos sus casca- beles y el patrón, moderando su trote y reduciéndole por fin á un paso de andadura, enganchó en los adrales las riendas y gritó con gozoso acento.

— ¡Ahora á cenar! Con que estemos el día cinco en Cabuérniga tenemos bastante ¡bien venida seas muchacha!

XI

Una de las habilidades más difíciles de conseguir en el gran secreto de la vida, es la de prestarse á obecer con docilidad y en cualquier momento la dictadura del destino. La rebelión contra este poder que nos rige, no es grandeza, sino majadería. El destino no obliga á nadie á que vaya tras él; lo que hace es ir pasando á través de la recua humana y mirar con desprecio al que quiera que le siga, como diciéndole: «El Señor que es tu Dios, te manda que vengas conmigo, si buena-mente quieres». Luego se aleja. Si el neófito le sigue, *Fatum*, va familiarizándose con él y le mima y regala, que al fin dioses paganos y hombres tontos gustaron siempre de idólatras y aduladores, ramas degeneradas de otros hombres mucho más tontos todavía. Si el elegido es rezagón y protesta para que los otros le digan que es un gran carácter con la santa intención de que se les quite de en medio, el destino, le abandona para que reniegue á gusto de su fatalidad. Yo, *marqués*, no he visto nunca un gran carácter que en el fondo no sea un pobre diablo. Quien toma pasaje en este

buque del vivir, ha de entregarse á la veleidad de los vientos, pero llega, que el que se queda en el puerto, de él no sale y sólo puede concretarse á ver el ir y venir de los barcos. Cuando mi destino pasó por Cidron le seguí; cuando él me puso ante los ojos el barco de la vida que era el carro de los volatineros, subí al carro haciéndome volatinera.

Aquel paquetillo de las cartas de mi madre, rozándome el pecho con suave caricia como si fuera su propia mano, dejando escaparse la voz doliente de todas las amarguras que iban allí encerradas, parecía decirme: *¡Arriba Gildilla!* ¡Animo mujer! mi salud, fuerte, dábame confianza; mi hermosura, me daba dominio; mi razón, firmeza; astucias, mi pasado, y así me iba, sola conmigo, entre cielo y tierra, que es el modo más holgado de caminar familiarizándome con las gentes, acostumbrándome á sus gestos huraños, ó á sus zarpas sañudas, prontas siempre á desgarrar la carne ajena, á sus voces, en fin, armoniosos aullidos que atraen y engañan y saben mentir y blasfemar.

Buscaba un malvado, pesquisa difícil, por los muchos que hay y el gran parecido que guardan; mi destino me llevaba á Madrid, y yo seguía su hilo invisible, palpándole en medio de la realidad, fanatizada como un fakir indio que ha pensado en vengarse y no lleva prisa para hacerlo ó quiere vengarse de uno en muchos, mientras va caminando al azar. La cuestión es acercarse llevando escondido el veneno, como lo lleva la serpiente africana en su camisa de oro. Más pronto, más tarde,

todo el que quiere la venganza tiene su minuto; el mérito está en aprovecharle y dar de lleno en la ocasión.

Mr. Sinfrac que, como todos los que viven del público, odiaba mucho al hombre por verle siempre de amo, era hondamente bueno para los suyos. Comprendiendo que yo hacía un sacrificio de dignidad al gozar de los beneficios comunes sin prestar á ellos mi concurso, díjome mirándome con ojo de chalán experto:

—Muchacha, tú debes un culto á tus formas. El trapecio te haría fuerte, pero maciza; te desarrollaría demasiado la espalda, dándote cierto aire de resignada bondad que no te conviene; el tambor, anula á la mujer; una caja así, pegada á una bella, imponiéndola la dura voz de su parche, la hace perder mérito. Hay algo que nos conviene más á todos: el baile moderno; esa perversidad del movimiento blando, de la ondulación suave, del salto truhanesco, de la cara encendida, pícara y sonriente que parece gozar bajo la influencia de un viento cálido... ¿Me comprendes? La patrona te cortará una falda de tul celeste con estrellas de oro, larga hasta los tobillos para mayor perfidia por lo que yo me sé; plegada, para que ondule más, aunque con cierto encogimiento, que es la verdadera coquetería. Siempre odié las faldillas armadas de las antiguas bailarinas, todo pompa alrededor de las caderas, y que dejaban tan desamparados y en ridículo los llenos ó desmirriados muslos, ¿comprendes? Yo he visto muchas de aquellas respetables señoras que hallándose así y fal-

tando la música, ya no sabían lo que hacer de sus piernas, aunque esto te parezca raro...

Ya en posesión de mi fantástico traje, empezó la enseñanza del *cake-vall*, para el que me servía de compañero de baile el payaso. Aquel pobre Fidelio era un bruto, que nunca tuvo el atrevimiento de fijarse en mí. Con su terno de lanilla resultaba un hombre insignificante, desproporcionado, anchísimo de hombros, de duro y carnoso busto y piernas algo zambas. Hablaba poco y de cuestiones del oficio, pasándose el día en ensayar piruetas ó en arrancarse de las manos trozos de piel. En cambio, su traje de clown le daba gallardía, realizando su figura y transformándole por completo.

Al empezar nuestras sesiones de aprendizaje, la patrona se apoderaba del tambor, el nipón del bombo y M. Sinfrac del cornetín. Nuestro salón era la desierta campiña, en que hacíamos alto, como una tribu nómada. El niño, un rubito delicioso, vestido con su pelele de estambre, imitaba nuestras contorsiones haciendo reír á la señora Alicia, que, con la atención puesta en él, solía repicar en el aire sucediendo lo propio á Sinfrac. A veces, entre golpe y toque, oíase la voz de la patrona, que gritaba: «Mírale, mírale», y el buen hombre, por mirar al crío, daba una nota demasiado aguda, que hacía respingar al payaso. Tokío, en cambio, permanecía mudo de estupor, devorándome con sus ojos amarillos, llenos de esa lasciva curiosidad, propia de los organismos extenuados.

Yo era muy ágil y nerviosa, y aquella música, de bárbaros sonidos, centuplicando mis faculta-

des, hacíame realizar verdaderas proezas. Cuando me echaba hacia atrás, con el lánguido abandono que marca el perezoso baile, el bombo resonaba con ruido bronco y largo, como si quisiera sostener mi actitud. Yo, que sabía la muda adoración del japonés, porque no hay mujer que no se entere al vuelo de las sensaciones que produce, me iba siempre hacia él, levantando mis redondas rodillas. A M. Sinfrac le parecía aquello *sencillamente admirable*. La patrona me dijo un día, á guisa de lección:

—Es preciso que entornes más los ojos, cuando saltes así. ¡Oh, quién tuviera la llamita azul de esa mirada!

—Yo aprendía, lo aprendía todo; más dinero consiguió *nuestro* baile, que todas las piruetas de Fidelio y las habilidades del nipón.

M. Sinfrac se reía.

—¡Está visto!—murmuraba—. ¡Esa mujer tiene el gran secreto!

Lo decía con el aire de un explotador, á quien va saliendo bien el negocio.

XI

Como en este pícaro mundo todo tiene su aristocracia y *nuestra clase* no había de ser menos, M. Sinfrac resultaba un príncipe entre la gente de volatín, primero porque había dignificado la categoría del artista ambulante como él nos llamaba, al descender desde los altos y lucientes trapecios de los mejores circos del mundo, al triste palo del de la plaza pública; y segundo, porque tenía despejo natural y era industrioso y se había comprado un carro nuevo con dos mulas gordas. Ahora bien; como según los que estaban al tanto de lo mucho que cuesta el vivir, las mulas gordas comen demasiado, y para darlas de comer es preciso tener dinero y de los pueblos no sacan ni para añadir un huevo á las sopas de ajo los tristes émulos de Leotard, aquel carro y aquellas mulas y aquel aire de orgulloso Barnum, y aquellos deslumbradores trajes no podían tener su origen sino en las veleidades de la señora Alicia; pero como aunque se quisiera forzar el absurdo se veía que la buena mujer no servía sino para ser dignamente una buena madre que tenía las ojeras cárdenas á

fuerza de cavilar y de sufrir, y como después de todo podía dársela de mano estando yo detrás á modo de segura presa, la piadosa lógica del mundo dejó caer sobre mi pobre cuerpo el mazo de la murmuración, eterna perseguidora mía, y de dato en dato vino á resultar la certidumbre de que yo era la moza más dada al amor de aventuras y de capricho que podía darse; que era hija de buena y adinerada familia vallisoletana, escapada de un convento para seguir á no sé quién, y, por último, que tenía sorbido el seso á M. Sinfrac y martirizada á su mujer, pobre víctima que me odiaba profundamente. De creer á aquellos farsantes, no cruzábamos pueblo alguno donde yo no dejara tambaleándose dos ó tres fortunas remachadas á fuerza de años y desvelos, y como estas especies las propalaban nuestros precursores, aquellos pobrisimos diablos que salían á trabajar *en la pista*, sucios, sin afeitarse, con el pelo como de zalea y con elásticas y calzoncillos blancos en vez de mallas, cuando llegábamos nosotros nos lo encontrábamos todo hecho, hasta la calumnia, lo cual, tratándose de titiriteros, es casi un éxito, lo mismo que sería para toda clase de personas si no hubiera vanidad en el mundo. Después de todo, la calumnia no es sino un medio ingenioso de ir aconsejando á cada uno lo que debe hacer.

Alzábanse como patos las pernigordas mujeres para vernos pasar, en la calle y desde las puertas, y era frecuente el que me apuntaran unos ojos y saliera de un grupo una voz celosa para decir: *¡Esa es! ¡miradla!*; yo, que aunque nadie lo sabía,

estaba segura de no tener derecho ni al honor ni al enfado, me pavoneaba con aire de reina dejando ver un poco de mi semblante para encontrarlas más. Entonces la señora Alicia, se reía mucho y me abrazaba con el mayor cariño produciendo verdadera estupefacción en las mujeres que veían horripiladas tamaña efusión, ¡escándalo como aquél! ¿no estaba la volatinera casada? ¿no era yo la amante del marido?

Aquel abrazo, era disimulo y nada más ¿qué, si no farsa, podía esperarse de los titiriteros?

Nosotros que ya habíamos sustituido aquellas primitivas antorchas por los candilones de acetileno, dábamos gran aparato y realce á nuestra presentación. Se trataba nada menos que de la *troupe* del Sr. Sinfrac, el mejor volatinero que había pisado Castilla. Era de ver á Fidelio al hacer corro, paseando la pálida luz muy despacio sobre los curtidos semblantes de los absortos lugareños que se mostraban admirados de tanta majestad. El nipón trabajaba menos, haciendo rechinar sus manos cubiertas de resina para dar más mérito á sus ejercicios, sentándose á cada instante sobre la barra del trapecio para exigir aplausos y el patrón hacía la colecta con aire de perdonavidas, grave, tieso y con el abdomen muy saliente en signo de especial distinción. Luego nos reíamos de la farsa, pero hicimos de ella una ley desde que vimos, que nos daba un buen resultado.

Mr. Sinfrac, introdujo un nuevo número en el programa. Vestido con retales de una manera caprichosa que recordaba mi embargo la traza de los

antiguos caballeros; ostentando en la cabeza un fieltro con pluma de gallo y en la cadera un fingido espadón como los Matamoros franceses, íbase recorriendo el círculo seguido de Fidelio, que llevaba un frac negro de largos faldones y el tambor colgado del cinto.

Mr. Sinfrac, avanzando á zancadas se detenía á veces y tirándose de los bigotes, declamaba con voz campanuda:

*Soy, señores, mosquetero.
El insigne D'Artagnan,
que desprecia al mundo entero
y al dinero
pero...
¿Qué ha de hacer este galán,
si por ser tan caballero
el dinero no le dán?*

¡Racataplán! gritaba entonces el payaso con voz chillona como en burla del estribillo, dando después un gran redoble y el público reía en grande viendo la actitud de fiereza con que se volvía el patrón.

*Es ya cosa harto probada
que el dinero es nuestro afán.
Pero... no sirve de nada
ni me agrada.
Más sin oro y con espada
¿qué ha de hacer este galán?
Despreciable es el dinero
pero...*

*dad el vuestro al mosquetero,
al insigne D'Artagnan.
¡Rataplán!*

repetía el payaso, y las monedas empezaban á caer sobre el tapiz como una bendición del cielo.

Así llegaba la hora sensacional, ¡la mía! Mientras el nipón y Mr. Sinfrac colocaban el tapiz redondo, oíase algo como el ruido de una ola; el vocerío de los hombres que se disputaban un palmo de terreno. Yo permanecía en la sombra hasta que me precedían los alaridos de la bárbara orquesta; entonces salía triunfando, en plena danza ya, con los brazos lánguidamente caídos, rígido el cuerpo bajo la tenue falda; la cabeza hacia atrás inclinada ligeramente á un lado para que brillaran con más fuerza y misterio mis pendientes de similor redondos y grandes como los de una danzarina mora, severo el perfil y en los labios una estudiada, desdenosa sonrisa.

Aquello—perdone usted, amigo mío, este pequeño alarde de inmodestia—provocaba un prolongado clamoreo de admiración que hacía entrar en juego mi sistema nervioso. Era sierpe y llama, y hada tentadora, y fantasma y ángel. Sufría de inspiraciones, como otros sufren de epilepsia; enviaba como agudos dardos la luz de mis ojos; elevaba los brazos avanzando frenética hacia Fidelio, que huía saltando; encogíame con picaresco ademán, arrastrando los pies con suave roce; sonreía cruzando mis manos sobre la halda como una imagen de Frá Angélico, y me abandonaba de pronto

á dulces y escalofriadas languideces, veladamente lascivas, porque yo, maestra en el arte sublime del coquetismo, por odio, por desesperación y por desprecio, no ignoraba que para resultar encantadora, ni aún en lo más pecaminoso debe mostrarse completamente franca una mujer. ¡Adivinación! ¡Adivinación! Tal es el secreto que ha de explotar la que se exhibe en público. ¡Tanta es, también, la perversión humana!

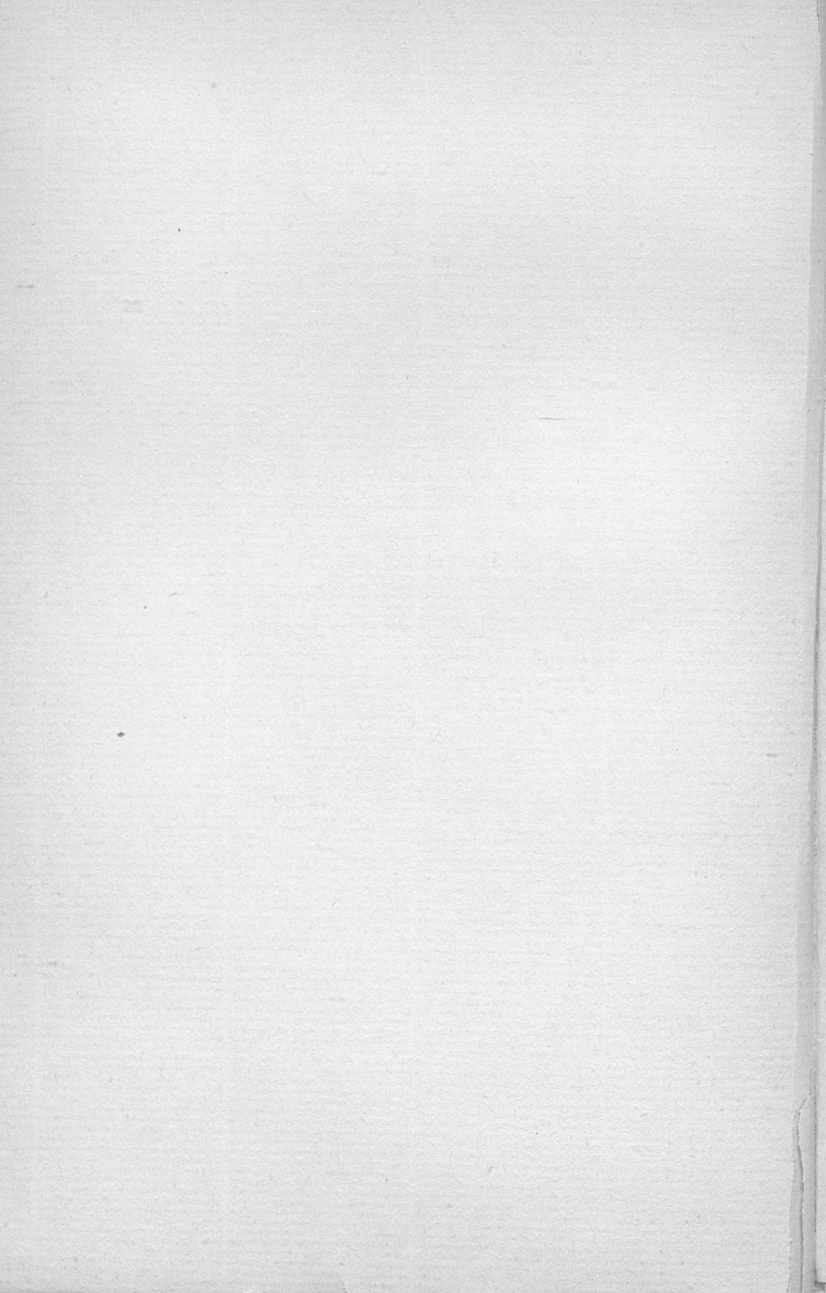
Y yo, sin embargo, entre el bailar sin tino, entre aquel parpadeo nervioso, entre aquellos saltos, en que veía más ancho el cielo, estudiaba la tosca vida que me rodeaba oprimiéndome con sus anillos de carne áspera y su ansia brutal. El amor grosero, que es todo el amor, se obstinaba en cerrarme el paso que buscaba la inmensidad; pretendía remacharme á los pies el grillete de hierro dulce de fantásticos inesperados matrimónicos ó se empeñaba en sujetarme con la baba espesa de viejos lascivos que tosían galanteos entre sus barba mortecinas, dejando asomar las miradas lúbricas tras de las nacientes cataratas como asoma el sol en los crepúsculos de invierno; corrían tras de mí los cuarentones, mientras los mozalbetes se reían con ancha boca, mirándose y comunicándose con aquellos sonidos sus impresiones; y hubo cartas de amor febril, de amor brutal y de amor vergonzoso, y ofrecimientos de tartanas con mulas nuevas y collarones de oro para robarme, si quería, y proposiciones de asesinatos contra inmortales cónyuges; y cayeron revueltos en la viva urdimbre de mis habilidades y seducciones Marte y Pan,

Silvano y Alfeo, cadetes, agrimensores que iban de paso, alguaciles que nada tenían que prender, ricachos rústicos, gentes de otra condición y cargo, pero del mismo y aun de mayor fuego en los ojos, que tenían la elocuencia de la seña disimulada; que ardían aparentando indiferencia y asco, mientras hacían su proposición soslayada y se quedaban, como los murciélagos, al amparo de los muros sombríos, esperando la respuesta que nunca había de llegar; todas aquellas bestias sugestionadas; todos aquellos rufianes de distinta índole, tontos, avisados, débiles, valientes, adinerados y pobres, se agrupaban al amparo de un mismo deseo, galopando como centauros enloquecidos sobre mis huellas, luchando entre sí encarnizadamente, para ir quedándose á la zaga en sus respectivas demarcaciones, como desmayados, hitos de carne puestos allí para marcar el camino de un amor muerto. Yo era una virtud salvaje que había resuelto permanecer casta en esta segunda parte de mi vida, porque... como todas las mujeres castas, tenía mi plan.

Así fuimos de feria en feria, de pueblo en pueblo, durante dos años. ¡Qué delicioso cuadro el de aquella vida, viéndole desde los recuerdos que son los que dan la mejor luz para admirar este género de pintura! Ahora mismo, contemplando ese cielo que se apaga como la ilusión de cada día, veo destacarse en el ancho espacio crepuscular lleno de rojos arrecifes y de mares espléndidos, aquellos caseríos de paredes blancas, aquellos feriales con sus ganados y sus tiendas y sus chala-

nes típicos, sueltos de greña encogidos sobre las encendidas fajas, corriendo al pollino en la prueba en un mágico efecto de sol, con los lacios pies abarquillados y temblones por el traqueteo del bicho, y me enardecen y atruenan—arrojados sobre mis oídos por las manos alocadas de la ilusión—aquellos gritos y pregones, aquellas voces jubilosas, aquel suspiro de los fuegos de artificio, aquellos estampidos siniestros de las tracas en los rincones; oquel sordo estallar del cohete después de su trabajosa ascensión, eco sordo y vago como el lejano adiós de un alma que se escapa; y distingo el tenderete de Mr. Sinfrac con sus duros contrastes de sombra y luz, y, delante de todo, sobre las veladuras suaves del color postrero del día, el fantasma del pobre nipón, ya desaparecido de entre los hombres, con su cuerpo desvahido y gentil ultrajado por la enfermedad y el sarcasmo ajeno, batiendo el tambor como si rindiera una marcha fúnebre á sus pesares; mirando á lo infinito con aquellas pupilas de plata que parecían buscar de continuo en el horario de la inmensidad la cifra gris de la hora de su muerte.

SEGUNDA PARTE
INTERMEDIO



I

«Querida hija: Mi corazón pertenece á la casta de aquellos viejos corazones que no sabían olvidar. Erase en otros tiempos más hidalgos, en que se tomaban por vileza las lágrimas de cobardía y en que las del sentimiento revelaban en cambio, grandeza y honor. Las que vertí como cobarde ante las amenazas de la suerte, las enterré en mi disimulo y las puse de lápida mi sonrisa. Las que vertí por sentimiento, con el alma erguida y altanera, bajo la pesadumbre de mi duelo, ni supe, ni las pude ocultar. Tu abandono me hizo verter esta clase de llanto. Quizá no fué tu abandono, sino mi egoismo, pues al huir de mí, dejándome encerrado en mi soledad con la llave de oro de tu delicadeza, no incurriste en otro delito que en el de destruir el plan que para el epílogo de mi vida me había trazado. ¡Ya estoy dentro de mí otra vez! pero tu paso ha sido un sueño que aun perdura, tanto, que esta amañada iturzaeta, que siempre supo traducir en duros y gentiles rasgos las impresiones de mi tranquilo espíritu, ahora sale de mi pluma temblona y sin arte, como si pesara sobre cada letra un poco de mi desilusión.



¡Figúrate cuan agradablemente me habrá sorprendido tu carta! ¡Hay presentimientos! Vi una letra grande y amplia que parecía desbordarse del débil marco de papel, y me dije. «He aquí una mano segura de escribir en su porvenir como en el sobre; anchamente, saliéndose de todo límite, escondiéndose en otro futuro más remoto, como esas estrellas pletóricas de luz, que van pasando y brillando hasta extinguirse en una eternidad sombría. Tú dirás que esto es demasiado. El penar y el envejecer convertirían á un asno en poeta, porque si la juventud es una explosión de sueños que enciende un crepúsculo de luz divina, la vejez es una desmayada lluvia de recuerdos que forman el crepúsculo de oro de la tarde. Poesía de alba y de toque de oración. ¿Ves? Esto es la vida, sol que nace, sol que se pone, sol que no vuelve.

Deseas que te diga si me llegó á lo vivo tu abandono. Por ahí empecé; pero he de recalcarlo más. Sí, Gilda, sí; desperté muy alegre, con esa inexplicable alegría que experimentamos siempre que nos ha de suceder algo grave. Te envié mi voz escalera arriba, como de costumbre, y la voz subió con tal priesa, que debió encontrar algún eco; pero ¡nada! ¡Los ecos habían partido, dando escolta al paso de la garza real! La luz matutina trazaba líneas de oro en lo alto de aquella pared, como si pretendiera escribir de ese modo el epitafio de mi felicidad de un día; apoyada en el muro del corral, la escalera me lo dijo todo; pero aquello no era una fuga, sino un sacrificio; y como el que se sacrifica imita á Dios, yo ví en

aquel barro frío que la dicha escalera besaba con pasión devota, un fulgurante altar lleno de vivos resplandores, y allá, en lo alto, un resplandor más vivo todavía; el de una lágrima que me habías dejado al partir, y que parecía decirme: «Mi ama me llevaba en el corazón sólo para este trance; en medio de la noche me dejó salir muy quedito, y aquí me puso para que le dijera á usted: ¡Adiós, señor maestro! ¡Adiós para siempre!...»

Seguro estoy de no equivocarme, ¿verdad, Gilda? ¡Si no hay nada tan sencillo como esto del amor! Se adora á un galán, se adora á un santo, puede adorarse á un viejo; por el primero se llora á raudales; por el segundo se llora apenas, porque es la exaltación la que extrae las lágrimas; por el viejo se vierte una lágrima sola; la que sobraba, la que iba vagando perdida por todas las nebulosidades del alma; pero esa perla solitaria vale un mundo porque es toda piedad. ¿La vertiste tú, Gilda?... Creo que sí; estabas sola, y al fin yo era una pobre alma que se quedaba tendiéndote los brazos...

¿Ves? Acabo de sacar aquel pañuelo de hierbas, que parece un mapa, y me he enjugado con él los ojos. Si hablo de lágrimas, ¿cómo no he de verterlas?

*Siempre sonó muy alegre
el órgano de mi pueblo.
Desde que hay este organista
parece que toca á muerto.*

¡Bien! sabrás que no ha sucumbido ninguna de las comadres que hablaron tan perversamente de

nosotros. Cuando se enteraron de tu partida vo-
cinglearon de lo lindo y hubo alguna que enfermó
de pura rabia no teniendo á quién zaherir, pues ya
sabes que las reputaciones todas de los cidroneses
andan tan manoseadas y envueltas en murmura-
ción, que no les queda ya resquicio alguno por
donde pueda meter lengua la más venenosa de
estas mujerzuelas. Sin embargo, hubieran promo-
vido un verdadero tumulto de no llegar á los po-
cos días las distraídas elecciones. Esta parodia del
libre sufragio me hizo reir en grande al ver lo di-
ligente que andaba el tío Madruga imponiendo su
estaca para más libertad. Sabes que cuando me
referiste la entrada en tu casa de aquel energúme-
no que se decía letrado de Valoria y que ofrecién-
dote su protección se dió tanta priesa ante el al-
calde en convertir lo prieto en blanco, como si por
arte diablesco pudiera trocar la endrina en azuce-
cena, sabes, digo, que me quedé confuso, consi-
derando aquello como una de las innumerables
charadas de la vida. Y decíame: á moza sola y sin
dinero ofrecerla la ayuda del papel sellado y el
pleito vengador y la sentencia condenatoria, ¿qué
puede haber aquí? ¿Y sabes lo que había? Pues sen-
cillamente el propósito de asustar al tío Madruga,
que, como madrugador que es, vuelve ya de las
Candelas cuando otro no ha pasado de Navidad, y
que por zaino y sutil se le comió no sólo la partida
aquella, sino hasta las siete si á mano las hubiera
tenido, que esto de podar y comerse las leyes lo
hizo siempre bien el señor alcalde. El de Valoria,
que era, á todo ser, muñidor de elecciones y al-

cahuete de votos, traíase bajo las cejas el pensamiento de que esta autoridad era moretista siendo simplemente conservadora, y así pretendió ampararse de sutilezas para tenerla bajo su látigo; pero viendo que aquella su cuerda era la misma en que el buen alcalde bailaba, te dejó ayuna de protección y se fué con el tío Madruga hasta que llegamos al día de emitir el voto, que fué tan fecundo en palos como pobre en sinceridades. Triunfó el candidato liberal, que era más fúcar y pródigo de sus mercedes; saltó la vara de las manos del tosco pardillo y era de ver al letrado cruzando la plaza, que resultó para él una calle de la amargura, con su gran chaquet, los párpados adormecidos y los lentes campaneando sobre su cordón, sufriendo los empellones de la chusma, invocando entre golpe y golpe los artículos del Código y las reales órdenes que los modifican, como si tales cosas fueran arietes ó veneno que, al escupirse, diera ya el fallo y el castigo. Así acabó este triste y ridículo nepote, y así también saltó el cetro vandálico de las manos de este Teodoredo de ocasión por oponerse á las ideas del sin par cacique don Diómedes Bustamante, que viene á ser el feroz Atila de estos campos de pan llevar.

Mucho me hizo reír tu peregrinación con los titiriteros. ¡El diablo tienes en la faltriquera! ¡Oh, Gilda! Verdaderamente serás un Napoleón con faldas. Cuéntame tu vida en Madrid, ciudad malsana, pero tonta, donde los que caen lo hacen por su gusto ó por su hambre; aunque no por artimañas de malvados, como sucede en otras capitales, don-

la perfidia es mayor; dirige tu nave con tesón, hija mía, sorteando hábilmente los escollos que son riesgo de todo mar, y si el capricho te tira del manteo, déjale el manteo sin coger á cambio la estofa, que un honor pobre no puede dormir seguro bajo telas bordadas. Mira: á todas las mujeres las cuchichea el diablo al oído y á ellas las gusta el tema; pero fingen no hacerle caso y este fingimiento es lo que llamamos honestidad; con que todo consiste en no poner al diablo buena cara, ¿entiendes? Ya que para vivir distraída has pensado que tu vida tenga un objeto, como es el de buscar á un padre que renegó de ti, persevera en tu plan; se inflexible y haz valer tus antecedentes, requisito sin el cual no es posible nada en España.

¡Adiós, Gilda, adiós! Acuérdate de este triste viejecito una vez al día en la hora que te sobre, y escíbeme; que esperando tus cartas vivo y leyéndolas una vez y otra se me hará más llevadera y fácil mi soledad.

Tu padre de espíritu, tu viejo amigo que piensa sin cesar en ti,

Bernabé de la Iglesia.»

¡Ni una palabra de Antolín! ¿Para qué? El pobre viejo nada sabía del... incidente de la carretera, y su delicadeza y su discrección me habían evitado este nombre. ¡Bien hacía el santo varón en llamarse á sí propio mi padre de espíritu!

—¿Conque cartitas, eh?—me gritó doña Flora entre aquel galopar de su máquina que sonaba tan arrebatadamente en la siesta.

—Sí, señora. ¡Léala usted!—la dije presentándosela y volviendo á mi labor.

—Hija—me respondió con su grato ceceo andaluz dando un punto de reposo á la lanzadera.—Ya sabe usted que soy la mujer menos curiosa que existe.—¡Ah, de Cidron!

—Si señora.

—¿De Cidron... su pueblo?

—Yo soy de Madrid.

—Bueno; para el caso es lo mismo puesto que en él ha vivido usted... ¡miren! ¡miren que demonio de hombre!—añadió entregándose ya por completo á la lectura de la carta y dejando asomar á su rostro sombras y claridades como los campos al pasar las nubes — ¡Qué bien está lo de la lágrima! ¡Que bien maneja el viejo todavía eso del llanto!

—¡Mamá! ¡por Dios!—¿que dirá Gilda?

—¡Nada! ¡ya lo ves!—respondí dejando la aguja clavada en el pespunte,—digo que tu madre creía que era de un novio y es de un santo.

—¡De un novio y tan larga!

—Las tres mujeres nos echamos á reir. Doña Flora, moviendo su barriga é inclinando la cabeza sobre la carta, me miró con malicia, un poquillo ruborosa diciendo:

—¡Qué chica...

Estábamos en la canícula; en el mes de los pobres; muy cerca del sol, porque vivíamos en el

sotabanco de la casa más alta de la calle del Ave María.

Era aquella una habitación que llamaban mona por ser pequeña; Dos piezas que nos servían de alcobas una para mí y otra, para Encarnación y su madre; un comedor que era al mismo tiempo sala y taller, todo eso y una cocinuela, nos costaba hasta cuatro duros al mes cantidad que nos daba razón para renegar de los caseros.

Teníamos una gran ventana al Oeste por donde entraba el sol á las tres de la tarde como un reca-dero que da una vuelta por si se ofrece algo, y desde la que, en las horas que no podíamos trabajar para no gastar luz, examinábamos á placer una serie de patinejos sombríos chorreantes de mugre con unas ventanas negras, de un negro mate, negro de lápida, en cuyo fondo se agitaba en ocasiones algún ser como una fiera en su cubil siniestro; esto, algunas chimeneas rojas, el remate de alguna cúpula, y los hilos paralelos del teléfono era todo *el paisaje* que teníamos á la disposición de nuestras miradas.

Y ahora marqués, como su curiosidad apremiante de lector y mi deber de narradora me obligan á presentar á usted cuanto antes á las dos señoras que han aparecido de súbito en el cinematógrafo de mi vida, me apresuraré á llenar este requisito.

—Doña Flora Vivancos, viuda de Gómez, nacida en Gelves. ¡Su hija, la señorita Encarnación!— Salúdense y oigame usted un aparte. — Yo no he visto los papeles de esta señora viuda, pero existe

una prueba de que lo es; lleva en el medallón el retrato de un hombre feo y no habla nunca de él. Es una señora, de pelo gilvo, porque va invadiéndole ya el descarado matiz de las canas. Alta y erguida, sin más pesadumbres que los traslados, el parto que tuvo y la muerte del coronel, su esposo, aún cree lucir á los cincuenta su aire grave de antigua dama; y aunque el peculio no guarda relación con el rango, y la dama cose, y la dama sufre, y la dama vela, y la dama no come lo que quiere, ni aun siquiera lo que tiene precisión de comer, la dama ríe y disfruta por tener en el corazón sangre de adelfas y conservar en el espíritu el rayito de luz inmaculada con que unge á cada se villano, cada cura de Sevilla, sobre la pila bautismal. A veces, la dama subraya un suspiro y murmura de jando la tela en que cose:

— ¡Ay de mí! ¿Qué será de esta hija cuando yo la falte?

— ¡Ay mamá! — responde la niña mordiendo la risa y el hilo — deja que me faltes y entonces verás.

Esta hija, la encantadora Encarnación, es un ser tan delicado y sutil como el vaso murrino que destruyó Petronio entre sus dedos mientras se desangraba, para que no cayera en poder de Nerón; una figurilla de Angélica Kauffman, belleza sin relieve, cuyo secreto estriba en su propia debilidad; yo he visto muchas imágenes así en los antiguos tripticos. Come con ansia, como un gozque hambriento, y parece que los manjares se la hacen espíritu; así son — obsérvelo usted — casi todas estas criatu-

ras que recuerdan los tiempos románticos; rostros de nacarada transparencia, ojeras de enconado surco, ojos grandes bañados en lánguida luz y pensamientos macizos y sueños ardientes; esta preciosa madera de altares es, cuando se hincha, la que sirve para la construcción de la matrona sensual y de la suegra típica; estas son las bocas de ángeles que empiezan por deslizarse entre sus labios, límpidos de todo gesto, el azul y delicado arenque para tragar después, con amplitud de abismo, plomizos tiburones.

Habíalas conocido un año antes, en Enero, en cierta noche glacial y dura, en que yo, muerta de frío y arrebuja en mis ilusiones, me dirigía hacia Madrid. Acababa de dejar á mis titiriteros en Miranda, y aun venía saboreando el último beso del pequeño Sinfrac, y las caricias y palabras de la señora Alicia y de mis pobres compañeros que no se resignaban á dejarme partir, cuando al pasar el tren por Torquemada, abrióse de repente la portezuela, dando acceso á dos mujeres. La noche nos arrojó al semblante su fría bocanada congelando el ambiente del coche; respingaron los viajeros bajo sus mantas; hundíme yo más en el rincón de que me había posesionado, y las recién llegadas, llevando en el rostro esa rubicundez que produce el frío, tomaron asiento enfrente de mí, respirando fuerte, como si quisieran sacudir con el aliento su frescura de escarcha.

Acostumbrada ya en aquel viaje al trajín y al ruido, parecíame que el tren se movía despacio, como si al rodar, dando cabezadas, fuera durmién-

dose también; en lo alto del coche y á cada movimiento, temblaba el cuadrito de luz cárdena que, encerrado en su grueso globo de cristal y velado por la cortinilla de sarga, esparcía por aquellas bovedillas de madera acaramelada difusas claridades dejando en la penumbra y como un trazo lívido, el espacio que separaba los asientos. Los viajeros, cabeceando, parecían contemplarse burlonamente bajo las viseras de sus gorras de viaje; pero dormían. Yo velaba, como el insomne espíritu de aquella larga noche, en que el tiempo había detenido su curso, paralizando el latido de los relojes y amordazando en las campanas su misteriosa voz. ¡Sólo aquel ruido de madera azotada, ó aquel gemir del hierro atormentado al rozar premiosamente los rai-les en las curvas, ó el rápido tirón de los frenos, ó su agrio, solapado crujido, al dejar al convoy poco á poco libre en su marcha! Parecíame que aquel tableteo constante, aquellas sacudidas que imprimía la velocidad y aquel zumbido extraño, eran un refunfuño del tren, furioso de llevarme consigo, y al volar por los campos en que á favor de las tinieblas tendía su túnica la helada y al sentir bajo el suelo del coche aquellos palmetazos broncos y aquel rumor de abismo turbado en su sueño, que se levantaba amenazador de los férreos puentes para cambiarse de súbito en el raudo y mate siseo de la llanura ó en el estridor infernal del túnel en que se hacen fuego y humo y lágrimas los pulmones del tren, y al cruzar como un ave loca, arrastrada por el furor ó el vértigo del viento los hondos valles y las planicies, que no eran ya el espacio,

sino un misterio de espesa sombra acuchillada sin cesar por los fulgores de los alambres vivamente heridos por la caricia brusca de una intensa luz ó por las chispas que volaban, trazando jorobas de carmín hasta encontrar su nimbo de tiniebla, ó por los hervores de roja claridad, volcanes de llamas que iba vomitando la máquina con prolongado y hondo jadeo, creía ver el humilde carrito de los saltimbanquis lanzado tras de mí y empeñado en seguirme en mi fantástica carrera. El exceso de insomnio, el acecho febril de la cerrada noche, me producía poco á poco una especie de vago delirio; veía las dos mulas, con sus brillantes colleras, bajo la lucecita del farol, y oía su incesante cascabeleo—uno de los ruidos del tren—y la voz de la patrona, aquella voz alegre y suave, que me gritaba como siempre:—¡Arriba, perezosa!

Era una pesadilla constante. Al abrir los ojos, experimentaba el desaliento que produce el vacío; aquel brazo no era el de Fidelio; el pobre payaso ya no tenía con quien bailar; aquella tosecilla seca no era la del nipón; aquellos ojos fijos en mí con insistente y benévola curiosidad, eran los de las señoras que habían subido al tren en Torquemada.

Ellas velaban como yo. Hablamos... intimamos sin vernos casi las facciones y nos declaramos tres voluntarias dispuestas á sentar plaza en el ejército del hambre que guarnece á Madrid. No contábamos con protección alguna, ni con amigos, ni llevábamos en la maleta la clásica carta que

tantas esperanzas produce y que da invariablemente un resultado negativo; pero teníamos voluntad.

¡Voluntad! ¡Triste virtud de los mártires indocumentados á quienes sólo es útil su cualidad insignie para morir con más valor; túnica cesariana que los vergonzantes decorosos estiran al cayendo así honestidad á su infortunio! La voluntad que en otros países es una fuerza, en España es sólo un desgaste; la muerte de los nervios que se extenuan en la rueda de noria de la constante y eternamente defraudada aspiración. Esto no lo sabía entonces.

Llegué á comprenderlo, cuando me decidí á torcer el caudal de mi vida por cauces más fáciles y abiertos, segura de que no es la palabra *voluntad*, la que el luchador debe fijar en su escudo, sino la palabra *suerte*. Esta es la madre común, la fecunda nodriza, de cuantos triunfan en España.

Soyando, pues, en lo porvenir y admitiendo como cosa axiomática la vulgar creencia de que las almas fuertes poco á poco y perseverando se *hacen hueco*, dimos vista á Madrid, donde ni Encarna ni yo, habíamos estado jamás. Doña Flora, sí; lo conocía, de la época en que vivía *en pabellones* cuando su difunto se encontraba en la corte de guarnición.

¡Oh! ¡Qué felicidad la nuestra al arrendar el sotabanco! ¡Al pensar que nos encontrábamos en Madrid! ¡En Madrid donde podíamos exclamar como el *Manolo*, de D. Ramón de la Cruz:

*Ya estamos en Madrid y en nuestro barrio
y aquí nos honrará con su presencia
mi madre, que si no es una real moza,
por lo menos veréis una real vieja.*

Esta real vieja debía ser el hambre; pero aún la faltaba camino. Por de pronto nos sentimos honradísimas cuando un señor de uniforme llamó con los nudillos á la puerta para entregarnos el padrón, ese alcahuete municipal que proporciona dos derechos: el de ciudadanía y el de mentir en lo que se refiere á la edad, á la profesión y aun al sexo.

Muy ajeno debía estar el pobre coronel cuando se batía en el sitio de Hernani erizando el bigote gris ante las balas del enemigo, de que andando el tiempo su pensioncilla había de sernos tan benéfica. ¿Quien sabía si entre los velos de lo futuro, en una de las escenas del gran drama, me habría reservado á mi vez el divino autor un papel de protectora de la viuda y de su pimpollo?

Ha de servirme de disculpa el que yo aportaba mis rendimientos al fondo común. Cosía como una desesperada desde el alba hasta los faroles, á riesgo de desfigurar mi esbeltísimo talle, cantando las canciones del pueblo:

*Marisabidilla, ya sé que te pones
en el mejor sitio de las procesiones,
Marisabidilla, para que te vea.
Marisabidilla, ¿por qué eres tan fea?*

A veces soltaba la costura y recordando mis felices tiempos de libertad y títeres, saltaba en el *cake-wall* como si tuviera delante á Fidelio, fingiendo sujetar sobre mi cabeza un sombrero imaginario y entornando los *clisos* picarescamente.

Entonces doña Flora se reía mucho, retorciéndose, como si la risa fuera una convulsión y lloraba, diciendo:

—¡Ay mare santísima de los Reyes, pero qué gracia tiene esta *chiquiya* y qué güen día eché yo cuando la encontré! Pero Encarna, ¿no ves? ¿Por qué no te animas? Jasta er piso tiembla, como diciendo ¡duro! ¡duro!

Lo que sonaba era el ruido pavoroso de un palo, que parecía empeñado en horadar el suelo, ó la voz de la portera, que subía zancajeando escaleras arriba como para que á su presencia callaran hasta los moscardones.

—Ahí está la fiera corrupta — exclamaba doña Flora con singular gracejo, adelantando mucho los labios —. ¡Víctor Hugo duerme!

Entonces aparecía la portera detrás de un «¿se puede?», y en son de risueña y amable protesta, decía:

—¡Ay; por Dios! ¡doña Flora! ¿pero qué hacen ustedes? ¡que acaba de acostarse don Fabián el de abajo!

Este don Fabián el de abajo, Víctor Hugo para nosotras, terror de la vecindad cuando dormía y cuando pensaba, era uno de esos comentaristas de obras viejas que ponen añadidos á las páginas y moños de tinta á las oraciones; caballeros de triste

vida que saltan del lecho á deshora para ver si un artículo está bien ó mal empleado y si la idea, aunque falta de calor y de luz, como novicio en cláustro, se halla bien encajada entre las reglas gramaticales; ¡peste! ¡Marqués! ¡pura carroña! ¿Qué concepto tienen de la vida estos sombríos personajes que, convertidos en una eterna curva, sobre una mesa mártir y delante de un tintero, negro de hastío, escriben y sudan para dejar la médula espinal en el último punto de una obra que suele titularse:

La sinédocque y sus consecuencias

ó

Tratado sobre el aforismo,

volúmenes llena estantes, eternos soldados de fila en el gran ejército de los libros vulgares, que enseñan su precio en reales de vellón y se decoloran y se vuelven pajizos sin perder la virginidad, como las mujeres solteras que se encuentran en igual caso?

¡Pobre don Fabián el de abajo! ¡Pobres de nosotras! ¡Pobres de todos aquellos infelices que vivíamos entonces en la casa más alta de la calle del Ave María donde únicamente se alimentaba la oscuridad que iba tornándonos el color, y donde el comer carne era un lujo oriental!

Doña Flora decía:

—Cuando voy á la tabla, mis veinte céntimos de carne me parecen una res muerta, y luego yo

no sé lo que sucede, pero creo que en la escalera se vuelven invisibles los vecinos de los interiores y me la pellizcan hasta dejármela en piltrafa. Hay días en que, por lo menuda, ni el agua en que cuece se entera de que está en la olla, y otros en que la sucede lo que á los judíos aquellos que por no adorar al ídolo del rey de Babilonia, fueron arrojados á un horno encendido, donde Dios los conservó *ilesos* milagrosamente.

Fuera de estos momentos en que como ella decía, había que dar beligerancia al chiste, doña Flora se abandonaba á su seriedad de abadesa, confundiendo así al más hábil fisónomo; en sus ojos, fríos, sin transparencia alguna; en su boca, de labios sutiles, contraídos con gesto cruel, advertíase aquella violenta expresión de altanero egoísmo, que el pincel de Pantoja copiaba de sus reales modelos; pero aun este signo, era en ella, una broma más; de pronto, y por mágico resorte interior, se animaban los ojos, con claros crepúsculos de risa; rompíase la simétrica rigidez del semblante cambiándose en curvas de gracia, y por aquel portillo salía á borbotones amplio raudal de buen humor, que parecía llevar en sus ondas ecos de castañuelas y vibraciones de sonajas. Encarnación, comparada con ella, era una de esas tranquilas balsas que van dejando los ríos en su opulento curso.

Nuestra pasión única era el teatro; aquella banda roja de la delantera de paraíso; aquella tibia y suave morigerada claridad que subía hasta nosotros, los olvidados, para hacernos una caricia; el vaho cálido de la sala; las horas de espera; el mariposeo

de los abanicos que detenían á veces su inquieto volar bajo una cara bermeja; los tréboles de luz; el centelleo de la araña central con su diadema de irisadas chispas; los puntos rojos y cohibidos de las butacas; el festón amarillo del escenario entre la batería medio apagada y el mecido telón, todo aquel conjunto de riqueza y de arte nos saturaba de placer; pero en las almas de mis compañeras no existía más que este gozo, y en la mía iba despertándose una ambición triste, que me obligaba á suspirar cuando ellas reían; mi enconado mirar hundíase en aquellos palcos, donde tenían ancho lugar para esparcir sus galas espléndidas mujeres, y al percibir las blancas y pulidas carnes entre los descotes que aún se atrevían á mentir honestidad velándose con ligeras gasas, y al recorrer aquellas cabezas en que, mejor que mano de artífice, parecía ser la del mismo arte la que hubiera tocado cabellos y plumas divinizándolos así, y al querer apagar con mis ojos los resplandores de aquellas piedras, de aquellas chispas del iris, las chispas, esclavas de] tales encantos y que parecían consumirse en su pálido fuego, trazando en sílabas de luz elogios á sus poseedoras, estallaba en mi corazón una rencorosa impaciencia.

— Tú—me decía la misteriosa voz del instinto— tienes derecho á ocupar un sitio en esos palcos, quizá á que uno de esos palcos sea tu trono; á que los hombres advirtiéndote tu presencia dejen escapar el rumor admirativo, que es el homenaje cortesano á la tiranía de la moda; á que tus manos refuljan como si el capricho de un dios sujetara

los relámpagos á tus dedos; á que tu hermosura triunfe y tus pasiones quemen.

Entonces me quedaba completamente abstraída en mis sueños, fascinada por el brillo radioso del señuelo de mi ambición hasta despertar con sobresalto creyendo ver en el vaho perfumado y azul de la atmósfera aquella, el fantasma pálido de mi madre que continuaba sufriendo en la eternidad el castigo de sus yerros de amor.

¡Era histerismo! ¡ya lo sé! ¡no hay fantasmas! En este siglo de escayola, sopla una ráfaga de viento malsano para cada llamarada de poesía y fe. Las tumbas, no tienen ya misterio. Los fantasmas no salen. Alma que cae, cae en definitivo y se pudre. Mi madre era polvo, pero mi espíritu era fuego, y con él la engendraba haciéndola pasar sobre las claridades de la sala, tocando cada corazón con algo de su sombra inmensa, creyendo que la angustia que me oprimía la experimentaban todos también y entonces me inclinaba sobre aquella fauce adornada con dientes de oro, sobre aquellas mandíbulas guarnecidas con sus enormes labios de sangre, y entre aquellos insecticillos negros que apoyaban en los bastones sus manos descoloridas y que sonreían amablemente al saludar y que llevaba el antifaz de sus barbas patriarcales para ocultar tantos feroces instintos y tantos vicios tenebrosos, buscaba, hozaba mejor dicho, buscando á hocico y soplo por el olor y por el aspecto, el cuerpo del hombre que me había engendiado, proporcionando á la pobre mujer que le entregó su virginidad y sus sueños, mil horas

de vergonzoso suplicio por una hora de embustero amor.

En aquellas ocasiones, volvía á la casa trastornada y loca, diciendo por el camino mil futilidades, riéndome, por instigación de muchas cosas que no veía y al hallarme en mi cuarto buscaba el saquito que constituía mi herencia, aquellas cartas que leía y releía, pareciéndome que al hacerlo así, hablaba con los dolores de mi madre. No eran epistolas que pudieran servir de modelo; sino balbuceos entre lágrimas; frases de un alma á la que, para escribir, llevaba la mano el sentimiento; eran las quejas fragmentarias de un dolor que no sabía escribir de corrido. En cambio las respuestas, eran despectivas, aceradas y duras; manotazos de un cíclope, á quien no dejaba ver el bello panorama de la vida, el blanco vuelo de una mariposa.

«Ayer..., aunque llovía, te esperé, calándome hasta los huesos; no temblaba por mí, sino por la pobre criaturita que llevo en mis entrañas. ¡Subiste al coche, sin mirarme siquiera!... ¿Por qué haces eso, si sabes que no voy á pedirte nada? ¿Si sabes que voy sólo para verte pasar?...»

«La hora se acerca... ¡Por Dios te pido, que tengas compasión de mí! ¡Ya ves que ni siquiera te nombro en mis cartas por si alguna se pierde!... Yo no puedo seguir tu consejo, ni entregarme al primero que llegue, porque me faltan el vicio, la satisfacción y la hermosura, y me sobra el amor que he sentido por ti...»

Siempre que leía estas cartas lloraba hasta morirme.

Había un papel amarillento en que la triste pasionaria había vertido las primeras ó las últimas gotas de su odio.

.....
«¡No te canses, Rodrigo!, ya no sabrás de mí, pero quiero decirte una cosa; si tu riqueza, si tu honor—¡triste y ridícula palabra!—si lo que dices, no pueden consentir que ampires á lo que venga, mi pobreza, mi amor y mi sangre lo ampararán.

Ese fruto de mis amores... esa pobre carnegita que antes de animarse y nacer cuenta ya con el odio y con el miedo del que la engendró, tendrá por cuna de recién nacida los brazos de su madre; pero á la Inclusa, no; ¿entiendes? ¡Quiero antes morir! A la Inclusa, van los hijos de los malvados y de los hipócritas; los hijos de los malos que suelen ser los buenos ante la vida, no van allí porque sus padres tienen el corazón de bronce para combatir vuestras falsedades y vuestro egoísmo.

Mi hijo ó mi hija beberá á un tiempo en mis pechos la razón que es mi fuerza y el odio que empiezo á sentir... ¡ello me vengará! ¡Malditos han de ser los padres que lleven á sus hijos al torno de la Inclusa! ¡Maldito el mundo que los tolera y los ampara y los aplaude! ¡Malditas mil veces las leyes y costumbres que saben matar toda idea de piedad y amor!»

«Ya sé que ni aun en esas horas de dolor físico, en que el mal aleja á los felices y deja al postrado

sólo con su conciencia, ni en esos instantes de dolor más vivo, te acordarás de mí. Las lágrimas de esta pobre mujer, fueron gotas de lluvia que azotaron tus vidrios; mi cuerpo, la sombra que resbaló una noche sobre el lujo de tu gabinete de placer; tan sombra fui, que ni aun huellas dejé en tu caja de millonario; me di, porque me hablaste en un idioma que yo no había oído; pensé en ti, porque fué tu amor una luz nueva que deslumbró mis ojos, guiándome por las tenebrosidades de la noche, al alcázar de tu deseo; me entregué por ser tú quien eras, porque me aseguraste que tu corazón era mío y latía para sufrir. ¡Ay de las que rendimos el alma sin recibo en un mundo de mercaderes! Yo te juro que esta voz, tan agradable ayer para ti, no volverá á importunar tu oído. Me alejo de Madrid... ¡ya lo sabes! ¡Quédese tu conciencia, libre del peso que pudo causarte una *travesura* de hombre de mundo! Me voy, pero aunque agote tu paciencia, quiero decirte algo todavía. ¡Nadie conoce los designios de Dios, Rodrigo, y así mil veces enterramos nuestra felicidad por abrir un atajo á nuestro capricho. Mañana, serás padre legal; quizá no seas más que *padre legal*; si la enfermedad traidora se ceba en tus hijos sacudiéndolos bruscamente en su cuna de oro, destrozándolos entre sus finas ropas, haciéndolos sudar con sudor de agonía, acuérdate del que abandonaste al borde del camino entre los brazos de una madre que prefirió morir á dejar su *deshonra* envuelta en tus consejos sobre el helado torno de la Inclusa.

¡Adiós para siempre, Rodrigo! Ahora crees que

el rumor de tu risa forzada, ahogando la voz de mi augurio, te exime de la expiación que te anuncio. ¡No lo creas! El escarnio que haces de mí es una traición al Dios bondadoso que consintió nuestros amores y que prepara tu castigo. Algo me dice que tú, verdugo de una mujer con corazón, serás la víctima de una mujer que no lo tenga.

Te lo repito... ¡adiós para siempre! Esta es también la despedida de tu hijo... ¡no lo olvides!... ¡DE TU HIJO!

Aurora.»

La carta de mi padre era un rugido y un zarpa-zo; su ira había hecho saltar del léxico las palabras del más áspero pedernal para servirse de ellas; la letra era rotunda, durísima, angulosa, troquelada con fría crueldad sobre un pedazo de papel, con la misma saña que si aquel pliego fuera el corazón que tanto le amaba.

«No vuelvas á importunarme con tanta pedigrüña palabrería, que no tengo tiempo para escuchar tus trovas; ya te he dado el único medio que había para tapar TU falta. ¡Estaría de ver que yo, siendo quien soy, te llevara *al altar* conmigo! ¡Merecería que amenizara mi banquete de bodas alguna musiquilla de Audran! No me has querido por mi dinero ¡ya lo sé! Sumando lo que no han querido, pero sí gastado, las que me han dicho lo que tú, hay en mi caja un déficit de siete millones. Por fortuna soy tan rico que puedo escuchar nuevas mentiras sin regatearlas. Si tú no has *cogido* nada es por cuestión de cálculo; ¡esperabas días mejo-

res, que te han fallado! ¡Qué hemos de hacer! Se madre, cuida al *fruto* de tus amores y pídemelo el dinero que quieras de una vez; pero... ¡vete! ¡que no vuelva á ver tu escuálido cuerpo destacándose sobre el marco de la chata puerta de mi cochera! líbrame de tus ojos, eternamente fijos en mis balcones con aire de súplica gazmoña; líbrame de tu mano amarilla plegando el enlutado velo; de tu contricción de pasionaria; ¡vete y haz que no vuelva á oír ni el nombre de tu santo! ¡Me sobras! ¡Aviado estaría uno si se dispusiera á escuchar todas vuestras plegarias! ¡Piedad! ¡amor! ¡corazón! ¡honor! ¡Ya no es costumbre tropezar en chinarrros.»

Al terminar la lectura de esta carta, que, como las de mi madre, tenía profundamente grabada en mi memoria, me acometía siempre la impaciencia de un odio feroz; sus últimas frases, apuñalaban, herían moviéndose fieramente en las abiertas llagas; ¡No, no era mi padre el que las había trazado! era un hombre perverso á quien yo debía buscar y seguir para ser testigo de todos los horrores que le había vaticinado la triste abandonada, y que tendrían que cumplirse, porque estos pronósticos son algo del secreto de la eternidad que permite Dios que se escape por la boca de la mujer. ¿Quién era aquel Rodrigo millonario? Preguntaba á la sombra con mi inquieto y desvelado afán policía de mis rencores y la sombra callaba; era necesario dejar que continuara su labor el destino, dictador del mundo. Todo el que sufre, al verse condenado á la resignación se hace fatalista. Hay en el Korán unas

letras de fuego que dicen: «¡Nadie puede eludir, el decreto absoluto de Dios!»

Todo iba bien; he aquí condensada en tres frases la historia de una momentánea felicidad; la felicidad de los *menos desdichados* como dice Shonpenhauer á quien usted tanto leía. Algunas veces Encarna y yo, íbamos á entregar nuestra obra al taller y aquellas eran las horas más venturosas para mi compañera y de mayor suplicio para la pobre Gilda, pues nadie mejor que algunas mujeres puede saberse de memoria el copioso catálogo de viciosos ridículos que tiene Madrid.

Si pudiera llevarse á cabo la medición antropométrica de los que se inclinan hasta vuestro oído para expresaros *lo que piensan*, el resumen de aquel análisis sería un total alarmante de degenerados y de necios. Algunas veces, y como diversión honesta, cursábamos el amor menudo en el aula de la calle, dejándonos perseguir y alcanzar. Si al salir parecíamos estandartes que van de paso, al llegar á la primera esquina teníamos ya la procesión organizada. El primero que figuraba en el cortejo no era corregidor ni deán, sino alguno de esos jóvenes lacios y modestamente vestidos, que parecen salir de los rincones de las casas viejas, y que pasaban fulminando las miradas de sus ojos verdes, como diciendo: ¡Ya tenéis bastante! Topábamos después con ese animal pletórico, mojón de esquina y chulo baratero, de ojos atónitos y voz floja, que observaba desde lejos nuestra andadura, como si fuéramos potros en venta, y arran-

caba luego tras de nosotras, martirizando el aire con sus brazotes pesados; uníaseles en la intención el *pollo clásico*, de adulta seriedad y hongo impecable y facciones purísimas, y de suave coloración, en que la sombra de la barba era una anomalía. Grave, solemne, llevando como barra de palio el bastón y los guantes, sin mezclarse á la corta chusma como para hacernos entender lo que va

*De un ruin convento de monjas
á una quinta de Don Juan,*

marchaba á lentos pasos, decorando la acera con su artístico aspecto de escultura escapada de un museo antiguo, despreciando las miradas de *los otros* y llenándonos con todos los efluvios que emanaban de su magnificencia.

Pero á poco ingresaban en el grupo los que estaban seguros *de merecerlo* y *los que querían solicitarlo*, hombres de edad mediana y de edad proterva, que son los cuarentenós, esos filósofos por derecho propio, que se saben la vida y no la conceden más importancia que la que tiene en realidad. Hubo frase de alguno de éstos que *me paró*; se lo juro á usted. Ya he dicho que tenía mi plan. A Encarnación, mujercita de nevado cutis, que era una alborada, gustábanla esos hombres montaraces y barbudos, que silban con la nariz al respirar y que tocados del amor se convierten en sensitivas y son más dulces y castos que una copla de Jorge Manrique. En muchas ocasiones vi este ejemplar junto á una puerta medio cerrada que

parecía mirarle con ceño, contemplando á distancia entre la lluvia, tan constante como él, aquella nuestra ventana del Oeste y haciendo señas á su *Mimi*, que ya en el baluarte de nuestra casa, tenía la virtud de reirse de las ridículas manifestaciones del amor callejero.

Esto, marqués, no viene á cuento con el cuento que voy contando; pero todo en el mundo tiene su importancia, y ello al fin es una risa de mi llanto, un recuerdo de otros días que, agarrado á los puntos de mi pluma, vino á caer donde quiso la gravedad. Eso es la vida; un *poutpurri* de aires juveniles que oye el viejo atentamente sonriendo á las notas y acompañándolas con el bastón; una corriente de sucesos, prósperos y menguados, grandes y anodinos, una aglomeración de ideas y de cosas heterogéneas; un tapiz que el experto judío extiende en el zoco, ante la mirada inteligente del comprador. Forman la urdimbre, encendidas hebras de púrpura como la vergüenza y el pudor; hebras azules, como el mar y la gloria; hebras de oro como la fortuna y el poder; hebras de plata como la modestia; hebras amarillas como el odio y negras como la muerte.

Allá en el centro de esta oriental manufactura, se ven raros detalles que no responden á la uniformidad del conjunto; pero hay que tomarlo ó dejarlo, porque es así.

Caprichosa israelita, voy abriendo ante sus ojos el tapiz de mi historia con todas sus hebras y todos sus inútiles detalles; si no le gusta, vuelva la faz, hacia otra tienda, que tapices hay allí donde

haya mercaderes. El antejo del sabio resbala sobre la estella conocida, para hundir su mirada en el cielo buscando la luz de otra nueva.

Doña Flora seguía con inquieta curiosidad estos procesos amatorios, y como no ignoraba que el amor trágico y el diablo lacisvo toman las más plácidas apariencias para engañar, cortó de raíz las salidas, imponiéndose el sacrificio de ir por sí misma á entregar la obra.

Rápidos y á golpe de reloj, eran sus viajes al principio, más lentos después, y tan largos, por último, que no parecía sino que el almacén iba alejándose á medida que el tiempo pasaba.

Mustia llegaba de tales excursiones la tal señora y nosotras, revestidas de cómica autoridad, tuvimos que amonestarla por sus retrasos, con lo cual, y al ver que se la aumentaba la confusión, caímos en la cuenta de que también para esta joven de otros tiempos, podía haber persecuciones y solicitudes. Pronto tuvimos la clave del enigma. Cierta noche en que volvíamos del teatro á esa hora de quietud en que hasta los pasos de los tontos suenan solemnemente en el silencio de las calles, advertimos que de conserva con nosotros, navegaba una especie de junco chino que olía á pirata, aunque más aspecto tenía de pontón que de barco de guerra. Terminando esta imagen marítima, diré, que nuestra capitana al verle, arrió las velas y se puso al paíro como si fuera plan convenido el abordaje; y entonces, entre la confu-

sión nuestra y su propio desasosiego, fué recalando el buque, y cambiándose en hombre gordo que, arrojándose de la acera como en pretensión de cedérsela toda para cautivar así nuestra benevolencia, se llevó la mano al sombrero, saludándonos graciosamente.

No fué mirada, sino el mismo rayo que mató á Faetonte, lo que dirigió Encarna á su madre, la cual, bajando la cabeza y con la voz emocionada, empezó á decir:

—¡Hijas mías...! ¡Este caballero...!

Encarnación, sin hacer caso de las palabras de doña Flora, continuó andando, llevándome consigo, mientras á nuestra espalda sonaban algunos reproches.

—¡Encarnación!—gritó la madre.—Este caballero...

—Ni ese hombre es un caballero, ni usted mi madre—respondió la pobre muchacha, rompiendo en sollozos.

Entonces, la señora y su obeso galán, se aproximaron rápidamente.

—Pero, ¡hija mía! ¿Qué te sucede?—gritaba doña Flora con tierno cuidado.—Pero, ¿qué mal hay en que conozcamos á este caballero, que fué un amigo de tu padre, un compañero de promoción?

—¡De mi padre! ¡Amigo de mi padre! No busques para tus caprichos el disfraz de la muerte, que es cosa santa.

—¡Señorita!—clamaba el gordo, disculpándose.—¡He de prevenir á usted!...

—Calla, y déjalos que se disculpen— añadía yo.

Doña Flora, que se había rehecho, acordándose de que en último término era madre y podía ejercer á mansalva su despótica autoridad, gritó colérica:

—¡Esto ya lo sabía yo!

—Pues si lo sabías, no has debido proponerte hacer tus ridículas presentaciones.

—¡Pero... don Felipe! ¡Gilda! ¿No oyen ustedes esto? ¿Pero tú crees, mal Judas, que te llevé tanto tiempo pegada á la entraña para que te plantes así?... Has de saber que soy tu madre...

—¡Bueno!

—Tu ma...dre, ¿entiendes?—rugió, acercándola el rostro y colocándola sobre la cabeza el abanico á medio plegar,—No me tientes la paciencia, porque todo tiene fin en el mundo.

—Todo... menos la falta de dignidad—insistió tozudamente la muchacha con montuno brío.—Tú eres mi madre; pero este caballero no viene con nosotras, ó me voy sola, ó hago un disparate, porque *eso* no lo podría yo resistir.

A todo esto, las frases que habían empezado el diálogo en forma muy morigerada, aumentaron en intensidad, crecieron en brío y elevaron en fin su diapasón; de modo, que al caer alcanzaban la calle toda y al subir tocaban en los balcones despertando á la curiosidad, que como siempre, dormía con un solo ojo y como á la luz del farol y sobre el manchón amarillo que proyectaba se veía un grupo misterioso formado por una mujer que hipaba entre notas argentinas que eran gorjeos tristes de su garganta joven; y como á su lado se veía á otra

mujer, como de su edad y que actuaba de Cirineo de aquel dolor y como en el borde de la acera, erguida y maravillosamente cimentada sobre sus piernas se descubría á una señora de implacable aspecto y aun más allá en el arroyo, al propio dios Baco, que llevaba en vez de la corona de pámpanos un panamá de paja de arroz, nada tenía de particular el que sonaran con áspero chirrido algunos fallebas y que se oyera el tableteo de algunos balcones para dar paso á la expectación pública y que volaran en las alturas disimulados cuchicheos, y que el vigilante nocturno chuzo en ristre y cacha-za en pierna avanzara hacia nosotros lentamente moviendo el farol, casi á ras del suelo como si buscara entre las piedras de la calle la solución de aquel enigma.

Vió y oyó todo esto doña Flora pensando en consecuencia que si el escándalo tomaba cuerpo, iba á quedar muy maltrecha su reputación y así devorando su furia, tuvo que ceder dejando para otro día la presentación que proyectaba.

Fuese pues, calle abajo, perdiendo sus detalles bajo la flava luz de los faroles el galán de los ciento cuarenta kilos y nosotras subimospoco á poco por la interminable escalera, como una procesión de sombras y de mujeres mal avenidas y dimos fondo en casa donde al cabo estalló un motín que ni el de Aranjuez. Hubo recriminaciones, exhumación de recuerdos, tácitamente entregados ya á un generoso olvido y que rebotaban como pedradas de ira sobre la memoria del coronel difunto, y después de esta primera parte dé aquel donoso saine-

te de histerismo, cuando ya los nervios motores y los sensitivos habían dado de sí cuanto podían, sobrevinieron los ataques, y los ahogados sollozos y los gritos agudísimos y las convulsiones, y al fin pasó la crisis y sólo turbaron el silencio los hondos suspiros de Encarnación y los sonoros, graves, varoniles y poco poéticos ronquidos de doña Flora.

Estaba de Dios, sin embargo, que el señor don Felipe de la Cueva y Almonacid—funcionario del Municipio, según él mismo aseguraba, y según testificó doña Flora el día en que pudo soltar al fin aquella presentación que llevaba entre labio y labio—fuera prometido formal y luego cónyuge de aquella mi veneranda amiga á quien se escapaba la felicidad por los ojos.

La casa varió de aspecto, empernejándose también; en vez de confecciones para los establecimientos de modas, hacíanse fundas para las tres sillas de yute y cortinas de quita y pon con destino á la ventana, y se hablaba del céfiro y del raso *liberty*, y mientras allí estaba la pobre Gilda para meter hombro á la máquina y entrar á la sustitución. Mi solo esfuerzo no podía cubrir el trabajo de tres personas, y así fueron mermándose los ingresos, quedando para responder de las necesidades de la casa mi jornal mezquino y la descontada pensión, que debía desaparecer en la fecha del matrimonio; pero ello ¿qué importaba? ¿No está ahí su sueldo?—decía doña Flora.—Ya vendrán los días tranquilos, y con ÉL y nuestro trabajo *malo ha de ser* que no salgamos adelante.

¡Oh triste exclamación española! ¡frase estúpida de nuestra ciega confianza en la casualidad, divinidad de los imbéciles! ¡Dejo de nuestros ascendientes los moros! ¡Adelanto que nos facilita la imprevisión á cargo de nuestros infortunios! ¡Cuántas víctimas haces entre los tontos, tus adeptos!

No hay cosa tan terrible como esa enfermedad senil que se conoce por *amor de vieja*, y que es, en resumen, el último y furioso desarreglo de los sentidos en presencia de un medio favorable. ¡Amor de requiem! ¡Amor sin mujer, ya que ésta, al abordar el medio siglo, pierde su sexo para entrar en lo indeterminado!

Doña Flora adquiriría poco á poco esa postiza juventud que hace brillar los ojos sin destruir las arrugas que los rodean; era una flor de invierno, calentándose á un sol estéril que amarilleaba sin sonreirla; imaginaba ser ágil como un cínife y hacía retemblar el suelo con su paso macizo y se arrancaba los lentes para convertirse en Argos de la escalera hasta que llegaba don Felipe para posesionarse de una mecedora, que se lamentaba con el seco gemido del mimbre reseco al recibir el corpachón. Entonces doña Flora miraba al mueble como reprochándole su falta de capacidad.

No me recrimine usted, marqués, por ser pródiga en pormenores; ¿qué es la vida sino una sucesión de detalles tan ridículos y pequeños como estos que le voy contando?

Don Felipe, como la mayor parte de los hombres en quienes se ceba la salud, hinchándolos y

sacándolos lustre, era simpático y alegre, pero no ingenioso; porque la alegría, flor de toda naturaleza bruta, es hija de la fertilidad de la carne, mientras el ingenio es la gota de luz que resbala por el rostro escuálido del genio inmortal. La grasa se derrite al contacto del fuego, y el fuego es el espíritu. Don Felipe poseía además una ventaja, una grandeza y un inconveniente: era glotón, egoísta y sucio.

Algunas noches, se ocurría tomar café; pero como Encarnación andaba delicaduela, y no era natural, ¡ni pensarlo!, que doña Flora aventurara su pudor atravesando por entre aquellos hombres que miran tan descaradamente, fijábanse todos los ojos en mí como acechándome la intención y sacándome la voluntad, y allá se iba Gilda, valiente y sola, á seguir la calle y cruzar el café y el mundo entero si fuera preciso, encendida y desdeñosa, con la mirada descansando ya en el mostrador desde que pasaba la puerta; mirando de reojo sin ver más que bultos y avanzando de prisa para decir muy quedamente á fin de que nadie entendiera el número.

¡Hagan el favor de llevar un café al 24!

Entonces el del mostrador, haciendo gala de sus pulmones, gallo que cantaba valientemente las salidas, gritaba haciendo inútil mi prudencia:

— ¡Un café al 24!

Aquello podía yo hacerlo, porque al fin, — como dijo un día doña Flora, inclinándose hacia su prometido — yo había sido titiritera.

Se aproximaba el día de las nupcias dichasas

acentuándose con ello la confianza de don Felipe, que entre carcajadas y broma iba dejándonos extenuadas de pura hambre. Daba la casualidad de que siempre acabaran temprano sus ocupaciones, que debían ser pocas, llegando á tiempo de colocarse detrás de alguna silla, con las garras entre los palos, muy vivos los felinos ojos y el ansia bañándose en la claridad de los platos, y cuando sacábamos el cocido, que si no era como el del licenciado Cabra, no tenía sino los garbanzos suficientes para darnos derecho á decir que los habíamos comido, arremetía con ellos á cucharada limpia, persiguiéndolos, si rodaban huyéndole y cargaba con tal ímpetu pulso y prisa, que con solas dos veces que abriera las fauces, nos quedábamos sin ración.

Verdad es que tenía cuidado de ponernos en turno á Encarnación y á mí, doblando con doña Flora, que podía vivir, mejor que nosotros, de sus propios jugos.

—¡Eh! ¡Gilda!—exclamaba, mientras hundía el cucharón de hacernos plato en el de su futura, la cual, entre iracunda y gozosa, veía pasar sobre su hombro, con rumbo al molino, aquella deliciosa carga de bolitas de oro, que tenía para ella un perfume más delicioso que el benjuí.—¡Gilda! Usted, que es castellana vieja, ¿sabe las cualidades que ha de tener el buen garbanzo?

—Una de ellas, la de ser dócil y dejarse comer.

—¡Quiá! ¡No, señora!—replicaba el monstruo, dando de pasada un torniscón al pan, que se quedaba desportillado, y vuelto de espaldas, como

doliéndose del pellizco;—el garbanzo, para ser bueno, ha de tener carita de vieja, costilla de gañán y piquito de papagayo. ¿A que no lo sabía mi novia?

—Pero ¡hijo! yo que he de saber, si no los conozco ya ni de vista, y cuando pasan á mi vera no pueden decirme ni ¡adiós! por lo deprisilla que van.

—Pues... á enemigo que huye, puente de plata—replicaba don Felipe, riéndose mucho y mirando á los senos de doña Flora, que se sobreco-gía y abandonaba el tenedor y se ponía muy seria y muy encarnada, buscando los ojos amarillos del pretendiente, el cual, dilatando y contrayendo las ventanas de la nariz y mirando hacia la cocina, olfateaba con paciencia de galgo los veinte centimillos de carne.

¡Oh! si el honorable Teniers, el joven, hubiera visto al alcance de su pincel burlesco aquella figura de jácara en plena jornada de boda, bendiciendo á Dios que tal modelo le ofrecía, hubiera apresurado á immortalizar en el lienzo la espléndida masa de carne que, con desprecio de la línea severa, mostraba á propios y extraños su oronda hermosura y su plácida obesidad.

Sí; el señor don Felipe de la Cuadra merecía una distinción especial en este país de las condecoraciones fáciles y de los adjetivos gloriosos por constituir una propaganda de la vida feliz, entre la turba de anémicos y hambrientos que llenan las calles. Vedle, con su sombrero de un negro de humo en que parece ir instalado el percusor de

aquella bomba; vedle, con sus mejillas duras y tersas, envidia de los macizos perniles, con sus brazotes que parecen niños de pecho cabeza abajo; con su abdomen sobre el que se extiende en forma de chaleco un riada de piqué blanco; con su *chaquet* que convierte sus faldones en faldas de cerro; con sus cortas piernas de cíclope medrosamente juntas y sus charolados zapatones que bien pudieran ser diques secos de una escuadra de Liliput. Ved, como se le escapa la felicidad de los juguetones ojillos, como un niño inquieto que quiere ir delante. Vedle, *pletórico de su día*, de aquel día que no ha de volver, golpeando con la fuerte contera de su bastón las piedras indóciles y duras; vedle, y decid si la opulenta personalidad de don Felipe de la Cuadra y Alcañiz, no es la más dichosa de cuantas pueden existir en el universo.

A su lado camina doña Flora, juventud reconstituída que se dirige al ara, satisfecha de haber tenido tiempo y arte para cazar por segunda vez á pieza semejante. Tan perfumada va, que sus perfumes tapan y disimulan las malas obras del ambiente; en honor al traje, anda á paso de jovenzuela meticulosa, enseñando la orla de espuma de sus enaguas y las ceñidas botas de tafilite que engañan y sorprenden con su lujo á los absortos callos, hechos ya á las zapatillas de lona y á las botas viejas.

Forman el séquito dos ó tres modestos señores, amigos y compañeros de oficina que se han disculpado de hacer el regalo de boda, y detrás, muy detrás, aspirando los últimos efluvios del perfume,

vamos Encarna y yo; ella, con su aspecto de santa antigua, con un mohín de disgusto en los labios, cernida la luz de los ojos brillantes y la mantellina de blonda graciosamente plegada sobre las hebras de su pelo; yo, con la mirada en ristre como lanza de justador y el espíritu fijo en aquella aleluya caricaturesca que el destino había colocado entre las páginas de mi historia para no perder la señal. Aquello era un incidente cómico; una nota festiva que salía al paso de mi gran tragedia; una viva muestra de lo cursi, de lo ridículo, de lo villano y de lo trivial para enseñanza de lo futuro. ¡Y hay felicidades así y hay quien cree en ellas! ¡Y hay doñas Floras y D. Felipes que llaman á estas pequeñeces de su vida insulsa *grandes* acontecimientos y solemnidades y los recuerdan y los fijan en sus anillos de boda, y se tienden dulcemente como cuerpos cansados sobre las palabras *esposo* y *esposa* y viven en la absoluta persuasión de que el cielo y la tierra, y los ángeles y el árbol que suena y las olas del mar, y las nubes y las estrellas, van diciendo con sus luces, rugidos, cánticos, murmullos, silbidos, sombras y llamas «¡Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad! ¡Doña Flora, se ha casado con D. Felipe!»

Seguramente, aquella imaginacioncilla nueva y dolorida que á mi lado llevaba, iba pensando ¡cuando me llegará mi día!

Yo iba rezando á mi modo, esta oración improvisada. «¡Señor del cielo y de la tierra!; si á mí que tan forzadamente vine al mundo; si á mí, que

sin merecerlas, sufrí tribulaciones sin cuento y voy llevando mi juventud á rastras, no me espera otro porvenir que el de un día como éste, con tal decoración de calle, con tal coro de admiradores y curiosos, con tal D. Felipe y con tales amigos de D. Felipe,

¡Suene tu voz y acabe mi existencia!
¡Cúmplase en mi tu voluntad, Dios mío!

II

La noche era de Agosto, cálido el aire, que apenas se movía, y dulces y tranquilas las horas, que pasaban despacio como si llevaran al tiempo dormido en su alcatifa azul. Don Felipe, dueño ya de la casa por derecho propio, habíase despojado de todo lo que no fuera el pantalón de lienzo, la camisa y la piel y soplaba encendiendo la atmósfera.

La cena fué breve, tanto que al novio le pareció un relámpago que había iluminado momentáneamente su gula.

Rojo de indignación tuvo que apechugar con dos ó tres flojos calamares, á los que siguió una pierna de carnero, que trajeron con más pompa que carne, y, por último, tuvo lugar el advenimiento de un gazpacho al uso andaluz que era sorbo de emperadores según pintoresca expresión de la acuitada doña Flora. Allí surgió sin embargo el conflicto, porque asomándose el esposo á la media fuente y no viendo nadar en el caldo ni un solo migote, dijo con ira reconcentrada, como procedía, que aquello no era tal gazpacho, sino alpechín, y de lo peor. Enrojeciósele el semblante á la

recién casada, herida en su cuerda; pero como esperaba tanto de las ternuras del buen hombre y no era ocasión de empezar la trena y era casi zahorí y veía muchos disgustos detrás de aquel preámbulo, y como según el refrán la mar que se parte arroyos se hace, ella quiso partirse en hilos de condescendencia y finura y así mirándole con zalamero mimoy femenina mansedumbre, díjole buscando los resortes más armoniosos de su voz.

—¿Qué has de pedir á ese gazpacho, si haciendo otros como él y entre su jugo me crecieron las manos? Pregunta á don Juan Manuel Vázquez, el de Gilena, que se hacía tres horas de camino á caballo para comerlos. ¡Allí te quisiera yo ver, bajo la parra, á la hora del calor, con la media fuente tan fresca que al agarrarla se quemaban las manos de puro hielo! ¡Así estaba el caldo que en cuanto lo tomaba la reunión empezaba á temblar como si quisiera darme una música de cascabeles!

—¡Terciana sería y no potro y tormento como éste, — replicó don Felipe — que, dígaseme lo que se quiera, nadie puede quitarme la certidumbre de que este gazpacho no tiene pan.

Encarnación, que murmuraba por lo bajo, rompió de un mordisco el pañuelo. Su madre la observaba y tenía los labios temblones, pero disimulaba hasta el martirio. No quería que se la estropeara la noche.

—No tiene pan — prosiguió tiernamente — pero tiene un aceite amarillito y suave sacado de aceitunas elegidas, y un agüilla fresca, que parece de gruta. Come, y al buen día ábrele la puerta, que

en todos los lugares del monte no hay juncia, y puede que mañana te acuerdes del muslo de capón que hoy dejas en el plato; ¿no estás viendo que es gloria pura? ¿no hueles el aire perfumado con el aliento del gazpacho, que trae á la memoria el cortijo con sus paredes blancas y su arena de oro y sus flores?

Don Felipe, vencido por aquella oratoria, fué metiendo la boca en la fuente con las mismas precauciones de la mula que antes de beber pasea su hocico sobre el agua reflejándolo en la desconocida corriente; y viendo las juncias y oliendo las flores y saboreando las aceitunas elegidas que iba poniendo su mujer en su bien adobado discurso, ávidos los ojos y mezclando á la agüilla fresca de gruta el agua que se salía de los grisonos de su frente, echóse todo el líquido entre pecho y espalda, y dijo chupando su pequeño y recortado bigote, en que habían quedado cavernas de grasa:

—¡Cuando quieras, repites!

Encarnación se había levantado yendo á ponerse de codos en el alféizar de la ventana, invitándose con una seña para que me colocara á su lado. Madrid, con su joroba de sombras, iluminado por la vaga aurora de sus lejanas y pálidas luces dormía ante nosotras; á veces desaparecía un punto de luz, ó se oía un agudo grito en el fondo de aquellas simas negras de los patios de vecindad ó el áspero rodar de un coche que martilleaba en las piedras de las calles próximas ó las notas duras y apenas perceptibles de algún organillo que parecía un *taralá* metálico, ó el rumor de un paso seguro,

ó el chirriar de una llave, ó unas campanadas que llegaban con toda pureza, trayéndonos el adiós de una hora, ¡el reloj de las Escuelas Pías! Sus ecos parecían ensancharse en el ámbito de la Plaza de Lavapies, dando un salto prodigioso para llegar á nuestra altura. Mi pensamiento acariciaba á mis viejas amigas las estrellas, las mismas que habían presenciado mi marcha por el camino de Cidron.

Mirando de soslayo hacia lo interior, advetíamos prolongadas sombras, siluetas de brazos que se movían sosteniendo expresivos diálogos en que la actitud y el movimiento sustituían á las palabras.

Allí, sufriendo la caricia brutal del calor, indecisos y cobardes como dós párvulos, hallábanse aquellos vejestorios sin atreverse á respirar si- quiera.

Al fin se acercó doña Flora, y con un maullido dijonos perezosamente:

—¡Hermosa noche!

Luego, añadió, esforzándose en dar á sus palabras el tono de la mayor naturalidad:

—¿Qué? ¿No os acostáis?

—¡No!—respondió duramente la moza, y la madre no se atrevió á insistir. Vibraron al fin las campanadas de la media noche como un requerimiento que la madrugada nos hacía y Morfeo, invocado sin duda por los novios, cerró los párpados de mi amiga con los hilos invisibles del sueño, y nos recluimos en nuestra alcoba y maté la luz y empezó ese espacio negro y misterioso en que Dios nos sume para que no veamos los horrores de la obscuridad. Caía gota á gota el agua de la

fuelle, y me dormí escuchándola molesta por aquel monótono ritmo, que en la progresión de mi sueño fué cambiándose en sigilosa voz y la voz en una palabra siniestra que sonó tres veces:

¡Gilda! ¡Gilda! ¡Gilda!

Me desperté aterrada, latiéndome el corazón como si quisiera romper la caja de mi pecho y saltar y alejarse de mí; pretendí encender la bujía y no pude. Entonces observé que Encarnación se agitaba en su lecho pronunciando un nombre. Claro y distinto volvió á sonar el rumor de la fuente como plácida y cadenciosa invitación al sueño, y me hundi poco á poco en dulce insensibilidad dejando á la imaginación que velara, encendiendo en el aire azul de su capricho el fuego de la pesadilla.

Soñé que ante mis ojos, vagaba dócil nube, que modelaba el viento á su capricho; su soplo, separaba del negro núcleo fugitivas sombras que en fúlgidos galanes convertía y ya era Otelo el de gentil figura y fiero rostro el que hacia mí avanzaba, ya era Marsilla que con torpe paso dejaba ver su lívido semblante ó Hamlet que riéndose y buscando al cantarín sepulturero hacía alarde del dolor, ya era el osado Montemar que juraba persiguiendo á través de las calles solitarias la vengadora sombra de su Elvira, calado hasta los ojos el sombrero, negra la capa y las siniestras plumas vagando al viento en mudos aletazos; ya era el don Juan de luminosa traza, ricas preseas y bruñido acero que á Dios desafiaba en su locura, ó el trágico D. Alvaro que hundía su fantasma fatídico en

la sombra del claustro misterioso ó Abelardo que oraba huyendo en el azul sombrío.

Al cabo estas ficciones luminosas borráronse en los límites del sueño, y de la extensa nube no quedaba sino débil festón, cuando de pronto, le ví colorearse, alzarse luego, sobre su codo de vapor, y entonces quise gritar pero la voz rebelde, sujeta por la férrea pesadilla, en mi garganta se detuvo, absorta, sobrecogida por pánico terror, le contemplaba y ¡era él! eran sus ojos viperinos, su sonrisa sarcástica, su aliento que abrasaba mis párpados rojizos por el eterno beso de las lágrimas. Pero... también se va; rojo paisaje de cálidos reflejos purpurinos, fué sucediendo á la compacta nube y apareció un enano que llevaba sobre sus hombros débiles enorme cabeza colosal que sonreía y saltaba y tornábase y sudando, era tanto el humor que despedía que un río iba dejando como huella. ¡D. Felipe!, sus ojos de esmeralda, vivos rayos lanzaban por doquiera buscando con afán un escondrijo de gnomo entre las rocas cristalinas con el deseo de dejar su carga, pero... ¿qué es lo que lleva en su joraba de blando rasolí? ¿son dos princesas de cuentos de hadas, de encantados trajes? ¿Qué veo? Encarna y yo; nos deposita sobre una alfombra de algas que al rozarnos despiden viva luz; allí, gozoso y humilde á un tiempo, se afinoja y dice:

¡Sois mías nada más! Os he arrancado de la fúnebre barca de Caronte para llevaros á mi Eliseo; tengo misteriosos alcázares, que brillan con tan intensa claridad, que al verlos, el sol, que es llama, palidece y huye.

¡Oh! ¡Gilda! ¡Ven! Tus párpados sedosos se han cerrado á la hermosa luz del día para guardar mi apasionada imagen, conservándola así; tu dulce boca deja huir el recóndito secreto de tu inmensa pasión; suena la hora de nuestra dicha soberana; el cielo, con su bermejo manto, nos protege de las miradas de los dioses; vibran saetas de oro en el dormido espacio los burlones cupidos, y hasta Venus, que los escucha complacida, llevan los ecos los rumores de mis besos. ¡Al fin, mi dulce bien! ¡Esposa mía!...

Desperté sobresaltada, trémula de espanto, encontrándome con Encarnación, que me besaba también, diciéndome:

—¡Pero mujer! ¿Qué te pasa, que sientes?

—¿Qué siento? ¡Ante todo, un odio terrible..., mortal, por ese don Felipe! ¡Qué horrible pesadilla!

—¡Oh!—respondió ella.—¡He tenido yo tantas! ¡Qué larga noche!

Amaneció; tuvo lugar el advenimiento del sol y del ruido, los dos soberanos del día, y surgió de su alcoba, con el pelo en crenchas, las arrugas convertidas en surcos y los ojos apagados, la propia doña Flora, que nos soltó esta exclamación, mientras cruzaba las amarillas manos.

—¡Hijas mías! ¡Qué noche y qué razón tenía ÉL! ¿No me habéis oído?

—¡No, señora!—respondimos á un tiempo.

—Pues hijas mías, aquí estuve hecha un *Joaquín del Piélago*, de Cádiz á Tánger y viceversa, llevando juncia, y no de la mejor. ¡Razón tenía el

pobre de que era alpechín! ¡Santo Cristo del Perdón, qué cólico y qué nohecita de bodas! ¡Qué duerma..., que duerma ese pobre ángel, y vaya sahumero!...

III

Pues señor, quedamos en que si el matrimonio es un ansia que ciega, la realidad es una hábil operadora que al tercer día deja los ojos limpios de cataratas y dispuestos á verlo todo sin necesidad de espejuelos.

Aterrada se quedó doña Flora, cuando tras de la ceremonia y el cólico, vino á saber de los propios labios de Don Felipe que aquello del Municipio era un andrómina y nada más, quedándose reducida la soñada opulencia á los pingües resultados de un destino de temporero en cédulas, beneficio que había dejado de serlo tres días antes de el del consorcio por haberse agotado la consignación, dejándole solamente el decidido empeño de ayudar en lo que pudiera, valiéndose de sus meritísimos y constantes deseos.

Nobles eran éstos, sin duda; pero el caso fué que nos encontramos sin sueldo antes de haberle percibido; sin pensión por haberse quebrado el derecho á poseerla; sin jornal casi, porque contando ya con mucho, habíamos tenido cierta perseverancia en ir abandonando lo menos; y sin bríos y

sin valor porque nada hay que pliegue las alas de la voluntad como estas tristes decepciones.

Así, pues, vímonos reducidas á trabajar desde el alba á la noche, á pasar éstas sin más luz que la de un quinqué á media llave, á suprimir todo lo superfluo, incluso la carne, y á iluminar nuestras esperanzas con las antorchas de vivo fuego que tenía don Felipe constantemente entre los labios, sí; porque don Felipe decía que á él no se le pasaba el mal humor sino fumando mucho.

Aquel capigorrón resultó uno de esos maridos modelos que llaman santos. Jamás salía de casa ni alzaba un punto las posaderas del sillón en que habían encontrado tan fácil acomodo. El miraba con activa curiosidad las evoluciones de nuestras agujas; él nos indicaba la dirección que había seguido el carrete al caer; él nos contaba anécdotas y chistes con el fin de hacernos más agradables las veladas y nos daba el alto cuando llegaba la hora de comer y luego dormía como un justo su siestecita de tres horas, tan plácidamente que ni aun siquiera se oía el dulce resbalar del aliento por entre aquellos labios abultados y rojos como fresones.

Valiéndose de este espantajo para ocultarse á nuestra vista, llegó la miseria y nos dijo con su voz de chantre: «Ya estoy aquí», y al par llegó también el invierno con sus lágrimas tristes, y en los muros de aquella casa colgaron las heladas sus cristales y el viento gimió bajo la puerta amenazándonos de muerte. Empedrada de acredores, como el personaje de Murguer, teníamos la calle, y en-

tonces y sólo entonces echóse don Felipe al mundo, y explotando sus buenas relaciones y su ingenio, según decía, rara era la noche que no traía su peseteja victoriosa.

En aquella casa donde no había pan se introdujo el libre uso del aguardiente. Doña Flora, digna mujer que había acabado por encontrar *su* hombre, fué acostumbrándose á la miseria, y ella y el marido y la hija llegaron á burlarse de los acreedores que esperaban ¡Habían dado ese paso decisivo que convierte al miserable en bribón! Yo huía del contagio. ¿Cómo había de poner el final de mi historia al acabar el prólogo?

Aquella mujer que en sus lejanos días de normalidad me había amado sinceramente, concibió un odio profundo hacia mi, unos celos enconadísimos y brutales impidiéndome que me sentara á la mesa y que me ofreciera al paso de su marido, y que me encontrara fuera de casa cuando él estuviera en la calle, y que correspondiera á su saludo; y que dejara oír siquiera el metal de mi voz. Por su parte, mi antigua amiga hallaba demasiado vivos los colores de mi semblante, aun pareciéndola más aristocrática su palidez, valiéndose de mil medios para mermar mi ración diaria.

Mi espíritu bravío reaccionaba fácilmente contra la fuerza opresora de las circunstancias y pensaba en huir, como había huído de Cidron; pero ¿hacia dónde llevaría otra vez arrastrando mi dolorido cuerpo? ¡Ya había visto Madrid! Ya adivinaba en la sombra de sus noches las garras de las Celestinas prontas á plegarse con tenaz codicia so-

bre la carne joven; ya había escuchado el bronco clamor de sus bestias feroces en medio del trajín de las calles y en el hondo silencio la ruidosa carcajada de la ramera, y me pareció que antes de dar un paso para salir y escaparme de la ciudad, la policía diligente del vicio se lanzaría sobre mí encerrándome en la mancebía como botín del mundo, por ser una desheredada, por no tener apellido, por carecer de algunos derechos que están fuera de la ley de Dios y por no encontrar en la indignación que me ahogaba el fuego suficiente para abrasar á todos esos hipócritas espurgadores de las cosas santas y bellas que caen fuera del Código, como las perlas que abren sus burdas conchas por no tener éstas la capacidad suficiente para encerrarlas.

Recordé á mi maestro, al abandonado viejecito que tal vez en aquel instante se inclinaba en la dirección de Madrid como si oyera la voz lejana que le pedía consejos y ánimos y la evocación de aquella figura que tenía la santidad de los años y la sabiduría del vivir, llegó á confortarme de tal modo, que sonreí ante el hambre, como el viajero que tras el momentáneo accidente espera proseguir su viaje rodeado de la comodidad á que tiene derecho.

El rayo de Dios alcanza á todos—me decía en mis tristes horas de soledad, tiritando, sin luz, como una religiosa entregada con deleite á una expiación voluntaria.—Sí; alcanza á todos, á los unos para iluminarlos á los otros para destruirlos; pero mientras llega ese rayo, ¿qué haré?

A veces, en aquella especie de delirio que me producía mi desvelo, sentía hozarme en la oreja el

hocico de un invisible sátiro que gruñía con voz gastada.

—Otras que valen menos que tú, tienen lujosos trenes y montes de oro, y no sufren y mandan.

Yo respondía:

—¡He sido de un hombre! ¡Tal vez otros mañana puedan llamarse momentáneamente mis dueños!... pero ahora no, que veo allí mi estrella y está lejana todavía; es un cometa como los que anuncian guerras y muertes.

¡Está escrito que suceda así! Yo he de seguirla bañándome en su luz hasta llegar á un Oriente definitivo, y entonces, ¡ay de ti, sátiro!... ¡ay de todos!

Cierta mañana muy temprano, tan á primera hora que yo que madrugaba más que el día acababa de saltar del lecho, sonó de un modo tan violento la campanilla de la puerta, que no parecía sino que los nervios del que llamaba se habían trasladado al metal para hacerle vibrar con más fuerza. Respondió doña Flora con la ira del cerrojo al descorrerse, pero antes de que acabara de abrir, ganó el resquicio una voz llena y fuerte que gritaba:

—¿La señorita Hermenegilda?

Ni aun tiempo tuvo la señora para contestar. Ligera yo como un ave que entra en su nido, caí en los brazos del recién llegado, gritándole con toda la emoción del alma:

—¡M. Sinfrac! ¡Es M. Sinfrac!

—Pero... ¡pase usted! — exclamó doña Flora con su voz más antable.

¡Sí! ¡sí! taco y cuña de aquella puerta que temía se cerrase de nuevo ante mí, el patrón no pensaba en entrar, sino en que yo saliera. Era un alma franca, libre de cortesías y cumplida con todo el mundo.

¡Oh! y estaba guapa aquella providencia recién venida, con su pantalón de fino paño, su sombrero flexible sobre las cejas y sus recios bigotes de domador.

—¡Chiquilla! ¡chiquilla! —decía riéndose, apretándome, hablando casi en francés como le sucedía siempre que sentía alguna emoción — ¡magnífico! ¡parbleu! ¿qué esperas?

A mí se me comían los labios las preguntas ¿y la señora Alicia, y el niño y... Fidelio?

—Abajo todos y esperándote.

—¡Esperándome! Pero ¿vienen ustedes en mi busca?

¡Sapristi! ¿con esas salimos? ¿no conoces, pues, á Sinfrac? — gritaba el patrón, cada vez más contento.

Don Felipe tosió en su alcoba, para que se supiera que allí había un hombre, siendo, por consiguiente necesario el tener más comedimiento y no elevar tanto la voz. El patrón me apartó suavemente é inclinándose ante doña Flora, repuso:

—Perdóneme, señora, este asalto intempestivo á su morada, pero ardía en deseos de ver á nuestra antigua compañera.

—¡Ah! — dijo doña Flora con acento incisivo, mordiéndose los labios.

—Sí—repliqué completando su frase, zahirién-

dola con el dardo de mi ironía — es el director de la banda en que yo fui titiritera.

—Y.. ¿se va usted así como así? ¿Y usted se la lleva? — volvió á preguntar doña Flora, viendo que se la marchaba tambien mi jornal.

—¡Oh! ¡ya lo creo! ¡á eso vine! Te buscábamos por todo Madrid como sabuesos, calle á calle, portal por portal. ¡Oh! Hermenegildas sobran en España, pero ninguna como tú... ¡caras foscas, rostros sin expresión, adormilados de brutalidad; criadas y señoras. Así andábamos cuando se me ocurrió dirigirme á la Casa de Villa, sección de padrones, y allí te vimos, ó por mejor decir te adivinamos Fidelio y yo. Había una Hermenegilda metidita en una columna, en una línea, y los dos, por impulso del corazón dijimos: ¡esta es!, y aquella eras tú, golondrina. Conque coge tu maletín y vamos, que no es justo molestar á esta señora.

Doña Flora, estaba sumida en una confusión que se parecía al pesar. Encarnación avanzaba lentamente por el pasillo, apoyándose en la pared; yo corrí hacia ella para besarla y las dos lloramos. Son muy dulces, estos momentos en que todos los rencores se olvidan.

—Pero ¡Gilda! ¡por Dios!, ¡no te vayas!—decía doña Flora.

—No nos dejes Gilda; ya sabes que fuiste casi una hermana para mí.

—¡Diablo de muchacha!—exclamó Sinfrac— donde cae, hunde profundamente sus raíces.

Como la puerta estaba entornada, llegó más fácilmente hasta nosotros una voz estentórea, la de

Fidelio que gritaba con salvaje y brutal franqueza.

—¿Bajan ustedes?

Oyóse descender por la escalera un roce de pantuflas. Era la portera que bajaba agarrándose como un chimpancé á los hierros de la barandilla.

—¡Por Dios!, ¡señores! ¡que acaba de retirarse D. Froilán!

¡Don Froilán! ¡Doña Flora! ¡D. Felipe! ¡Encarnación! ¡elenco de pequeños actores de aquel teatro de la casa más alta de la calle del Ave-María! ¡Adios! ¡Adios, ventanita que das al Oeste y en la cual se me queda enredado algún sueño; diminuto fogón en que brilla un azulejo blanco, como una lágrima enjugada á medias. ¡Adiós, máquina que martillaste mis oídos y que ahora, con tu rueda inmóvil parece decirme: «¡Ya que te vas por tu gusto! ¡buen viaje lleves y que te ampare Dios!

Yo he tenido siempre la costumbre de despedirme de los objetos antes que de las personas, porque los he querido más.

—¡Adiós! dije por fin á doña Flora, como último detalle de aquel triste epílogo.

—¡Hija mía!—respondió la infeliz; llegué á ofenderte, fuí algo ingrata pero te quise y amaré tu recuerdo.

—No fué usted mala—dije muy quedo para que no me oyera Sinfrac,—es que la salió á usted *¡el hombre!*, ¡su hombre!, ¡la eterna, la odiada, la aborrecible fiera! ¡Ahí se queda todo, señora! sacrificios, esperanzas y llanto; esto es un incidente que

pasó. No la daré un consejo porque no me lo admitiría usted, y porque el carro del destino no ha de pararse porque yo le ponga mi piedra. Soy la misma, á quien usted prestó el extremo de su manta, en aquel tren, en aquella noche de tanto frío. De lo que ha sucedido después no es usted apenas culpable porque el ser sin ventura, es un vaso amargo que transforma en hieles el agua pura que da á beber.

Descendí riendo ametrallando la escalera con mis estruendosas risas. Aquellos ventanillos de cobre, que muchas veces parecían fijarse en mis lágrimas con su fatigada luz amarilla, brillaban ahora en la sombra mal oliente, como diciéndome: ¡Adiós, Gilda, adiós! Los tristes, los cárdenos pasillos, con barrotes de cárcel, con guaridas de anemia, también me hicieron su despedida de soslayo, como los matones que dejan pasar á un conocido suyo.

M. Sinfrac tableteaba con sus pies fornidos sobre los rancios escalones. Pronto caí en los brazos de la señora Alicia, que me estrechó con frenesí. Horacio, el niño, me miraba, y Fidelio, de puro cohibido, hizo dos ó tres cortesías ridículas, que llamaron la atención de los transeuntes.

—¡Ya la tenemos otra vez!—repetía la patrona con verdadero júbilo.

Todos estábamos ahitos de palabras.

—¡Eres la chacha mía!—silabeaba el pequeño, embutido en los pliegues de su ceñido gabancete azul, y me tiraba de los cabellos, mirándome á los ojos.

— Vendimos el carro y las mulas — exclamó Fidelio, soltando su hachazo de voz entre hombro y hombro de los patrones.

— Con una... se pagó el entierro.

— ¿De qué nos servía ya el carro?

— ¡Estamos contratados en Londres! Esta noticia mía es el *clou*, ¿entiendes?

— Y nos vamos todos.

— ¡Todos!

Aquí hubo un poco de ternura en la voz.

Nos comprendimos.

Entre la niebla gris y fría de aquella mañana de Diciembre, pasaban muchas sombras. También nos pareció que se deslizaba sigilosamente la suya, la del nipón, batiendo como siempre su gran tambor, que no sonaba ya.

M. Sinfrac me detuvo, cogiéndome por un hombro.

— He inventado — dijo soltando bajo su nariz encarnada un penachito de vapor — un aparato maravilloso. *¡Great attraction!* ¡Disparos, gritos, silencio, mucha preparación! Un enérgico *¡Voilà!*, mirando hacia arriba, y tú, que descienes y sales de un globo de oro, como Venus del mar. ¡Estos son los grandes secretos del circo! ¡Yo lo sé; que en ello me han nacido los dientes!

Y M. Sinfrac, hablando así, golpeábase duramente el pecho.

Todo está preparado, y mañana partimos con dirección á Londres. *¡La!* ¡Ya lo sabes!

En aquel día tuvieron lugar las exequias de mi pasado. Honras fueron que celebré con risas, oficiando mi voluntad de enterrador. Todo lo grande que llevamos dentro, tiene corta vida; lo que antes muere, son los sueños, luego la conciencia y el alma después. Yo precipité las épocas de estas tres muertes matándolo todo á un tiempo mismo. Me quedé con el cuerpo que era lo único que podía valerme. y al enterrar piadosamente envueltas en mi pasado tan bellas reliquias, sueños, conciencia y alma, no pude menos de escribir este epígrafe en su sepulcro:

«Aquí yacen el pobre zagalejo y la faldilla de merino que taparon á medias la honra de una pobre muchacha que se llamaba Hermenegilda; fué casta, mientras lo consintió el capricho ajeno; fué buena y sufrida, hasta dar en el hambre; estudió la vida, y creyó ver que no hay remedio para los justos.

Entonces murió.

Rogad á Dios en caridad por ella.»

TERCERA PARTE
LA VIDA PRÓSPERA

I

Cierto día, el marqués de Bólices, pidió su tilburi, tomó sus guantes amarillos, y lanzando algún *¡hop!* hueco y breve, más que con su voz apagada con sus tristes y pálidos ojos, cruzó Madrid y se dirigió á casa de la señora doña Catalina de Abastos, que bien pudiera llamarse doña Sirena por lo mucho y bien que llamaba desde lejos, siendo reclamo de virtudes indecisas ó jubiladas que acudían al señuelo como ciegas alondras.

La mansión de aquella respetable *tía fingiãa* estaba montada con arreglo á la idea de honorabilidad ficticia que el mundo exige para los hombres y las cosas ó sea con gran fachada, boato, balcones señoriles y amplio y claro zaguán, porque como los que llegaban al trato de doña Catalina iban haciéndose de nuevas, aunque ello no fuera verdad y temían á la murmuración mucho más que á los pecados, antes que hundir el pie en sombra de portal obscuro hubieran preferido pasar el día en penitencia de virtudes, que es la que más duele, rinde y atormenta á los que no tienen estas cualidades sino por compromiso.

Mil y mil madres conocían á la tal señora, y no era raro que algunas de ellas, caminando á nivel de sus elegantísimas hijas y de los cándidos y almibarados novios, cruzara con doña Catalina un breve saludo, ni el que las mozuelas, mirándose entre sí con velada picardía y mirando á la madre con misterio y á los novios con ingenuidad y á la tercera con alborozo, murmuraran: «¡Es la señora que conocimos en Vichy!»

¡Oh! eran muchas las señoras que saludaban con los ojos á doña Catalina, porque es también mucha la gente de viso que se va á Vichy!

Llegó el marqués á la casa estafeta, y después de algunos sigilosos parpadeos de ventanillo que acusaban algún sobresalto, franquearon la entrada quedándose el marqués frente á frente de la propia doña Catalina de Abastos que entre exclamaciones de júbilo le precedió haciéndole penetrar en su gabinete.

—¿Estamos solos, amiga Catalina?—preguntó el marqués antes de sentarse.

—¡Oh! sí, sí; completamente solos, señor marqués.

Doña Catalina amparó estas palabras con una de las dulces sonrisas que figuraban en su catálogo y luego, en brusca transición y haciendo uso de una seriedad amable y confidencial de gran señora, añadió:

—Es la hora del almuerzo, y en ella no es probable que nadie falte á sus deberes; los esposos regresan de las oficinas, y como las señoras de los que almuerzan en casinos, centros ó restau-

rants, reciben en casa, puede usted estar seguro de que nadie interrumpirá nuestra conversación.

—¡Muy bien! por eso elegí este momento.

—¿Y á qué feliz casualidad debo el gusto de verle?

—No sé cómo empezar, Catalina.

—¿Tan arduo es el asunto?

—¡Acaso! ¡Tal vez no!

—¡Qué ambigüedades tiene el señor Marqués!

—Estoy enamorado de un hada, de una mujer desconocida.

—¡Usted!—exclamó riendo con blanda, insidiosa, reconcentrada risa la señora.

—Sí; te lo diré en novela de folletín, aunque sin mesarme el cabello ni sentir esos estremecimientos de que se pagan tanto los galanes franceses; estoy enamorado... ¡como un insensato, como un loco!

—¿Mujer desconocida? ¡me choca! ¿Y no le trajo á usted el viento de la murmuración, tan constante en Madrid, el nombre de esa segunda dama duende?

—¡Nadie lo sabe!

—¿Y sus señas?

—Es rubia, de un rubio ceniza, esclavo más que parisién; cutis transparente, ojos grandes, azules, en que duermen los sueños y arde la ironía de una mujer sin corazón; elegancia suprema, suya, personalísima... ¡Es una de esas mujeres fatales á cuya mirada no se puede sobrevivir!

—¡Pero hijo mío!

Los dos se miraron largamente con cierto aso-

mo de risa hasta que la vieja, cruzando angelicalmente las manos, dijo con voz melosa.

—¡Señor marqués! ¿qué no haré yo por complacerle?

El marqués se alzó de su silla y fué á tenderse en una *chaise longue* en aquella negligente postura del personaje de la novela antigua que golpeaba impaciente con el junquito la punta de su bota y que fué progenitor de tantos amadores que siguen perpetuando el amor idílico y cursi á través de los tiempos.

—Sí, Catalina — exclamó — parece una mujer difícil, aunque no imposible, ya que no lo sería la misma *Templanza* de Canova, si todas las hermosuras de marmol se convirtieran en cálidas bellezas de carne. Difícil por haberse puesto quizá un precio fabuloso, que será sin duda su mayor atractivo. Yo daría por ella toda mi fortuna.

¡Oh, señor Marqués! Estamos en un tiempo en que ya no suceden esas cosas, ¡el cupón es poco andariego!

Feliz será el hombre que consiga llevarla en su *guide* en las nebulosas tardes de los concursos hípicas, excitando la envidia de esas *Frinés* que conspiran contra las fortunas endebles y de todos esos pequeños Vanderbilts que al acto de colocar mil duros á una carta lo llaman jugarse una fortuna.

—¿De modo que lo que apetece el señor marqués es un amor á todo escándalo?

—Precisamente.

—Eso está muy alto en la cotización oficial.

—¿No te digo que estoy dispuesto á dar por ella mi fortuna?

—Estudemos el caso. ¿Dónde la ha visto usted?

—Entre la luz del crepúsculo; en la Castellana; llevaba un magnífico tronco y un precioso landó.

—¡Tenga usted cuidado! Es la hora de las feas y de las pintadas, aunque las mujeres sacamos partido de todo; pero esa... esa no es para mí una desconocida.

—¡Sería milagro que existiera una beldad semejante sin haber estado presa en tus redes!

—¡No he cruzado con ella la palabra! Pero... ¡señor marqués!... ¿No tengo yo la policía de mis ojos para servir á los amigos? La ví una tarde, y dije: «Este plato, sólo puede servirse en la mesa del señor de Bólices, ó en los de...» (Aquí citó dos ó tres nombres).

—Sí—respondió fatuamente el degenerado;— es un manjar que puede servirse en pocas mesas.

—Yo—continuó la embajadora de misiones alegres—puse mi modesto simón al rodar de su coche, y fuí examinándola, tasando cada parte de su hermosura; el cabello es una maravilla, señor marqués, porque es de lo poco natural que hoy existe en circulación; hebras delgadas, suaves, dóciles al tacto, y á propósito, por color y clase, para sujetar diademas de reina, ¡una seda, en fin!

—Continúa.

—Allí no hay artificio que valga... Luego, tiene unas sienes muy comedidas; las sienes pronunciadas son propias de procuradores, pero no de mujer; los ojos son del azul que más se paga, por-

que son de los que, como los tenores buenos y las martas cibelinas escasean cada vez más. Relámpagos de claridad celeste. ¿Me explico? Son las mejillas redondas y tersas; la boca, lozana y pequeña; los labios, encendidos; el cuello, digno de una talla de marfil...; el aire, imperial... ¡Va usted á meterse en mal negocio!

—¡Sigue! ¡sigue!—respondió mordiendo de curiosidad el de Bólices.

—¡Habita en lugar apartado! ¡capricho más original! La casa es buena desde luego, un caserón augusto de paredes pardas en la calle de...

—¿Qué dices? ¿lo que fué palacio de los duques de Perillón?

—Ignoraba ese detalle.

—¡Justo! vendióse el palacio en pública subasta y la adquirió un postor anónimo.

—Pues allí vive ¡pero esa mujer no sólo engaña á todo el mundo sino que consigue cosas terribles ¡ahí es nada! ¡hacer mudos á los criados! ¡ya ve usted que con mi dulzura...

—Casi evangélica ¿verdad?

—Pues apenas conseguí que pronunciaran su nombre.

—¿Cuál es?

—¡Leonela! ¡eso si que transciende á postizo!

—Pues bien, exclamó el marqués levantándose ¡á tí me entrego! ¡es necesario que la veas!

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—Espere usted; voy á consultar mi índice de horas—dijo la Celestina poniéndose los lentes y

dando con ellos una austera severidad á su truhanesca vejez.

—Mañana, le espero á usted aquí mismo á las seis de la tarde—y añadió confidencialmente—será mejor que venga usted porque hay cosas que no pueden expresarse por carta.

—Dices bien:

—Pero ¿á último extremo no podía el señor marqués, visitarla por su propia cuenta? ¿es un caso difícil este porque no se presenta en la plaza como valor precisamente cotizable y una se expone á...

—¡Tendrás tu comisión!

—¡En qué cabeza cabe que mi decidido interés de Luena amiga lleve envuelto otro afán bastardo? Ya sé que es usted hombre pródigo ¡no faltaba más! ¡rodando le serviría yo!

—¡Bien Catalina!

—Mañana, á las seis.

—Exactamente.

—Salió el aristócrata y doña Catalina le vió partir, retemblando sobre sus ruedas, y lanzando sus constantes ¡*Hops!* que eran su mayor y más fuerte sabiduría.

Quedóse la vieja severa y fría y con cierta santa placidez en el rostro, como devota satisfecha que acaba de terminar sus ejercicios de oración, y luego dirigiéndose á una de las puertas interiores, llamó con voz suave:

—¡Perfecta!

Apareció una señora como de hasta cuarenta años, vestida sencillamente pero con elegancia.

— ¡Me alegro de que estés vestida — exclamó la vieja con la voz monótona del mercader que da sus órdenes á su dependiente. — Coge á la muchacha y la caja de sombreros.

— ¡Bien!

— Te vas á casa de la señora marquesa de Bólices y la das la llave del hotel... y la dices que la de las seis es la hora más segura.

Desapareció la mensajera, y doña Catalina entonces vistiéndose lentamente un severísimo traje oscuro y cubriéndose los blancos cabellos con una toca guarnecida de violetas, se preparó á salir, mientras decía:

— Vamos á explotar este nuevo filón, que trae más oro que California tuvo. Muy significativo nombre se ha puesto para que no proyecte entregar su corazón á escape al que presente el mejor pliego. ¡Válgate Leonela!

Ahitos de grandeza quedábanse los ojos admirando aquellos salones en que parecía refulgir una claridad nueva dorando aquella atmósfera de limpia majestad. Sin duda tras de las magníficas corazas en que el oro había seguido las huellas del cincel para inmortalizarlas al cubrirlas, ó tras de aquellos haces de buidas armas en cuyos guardamanos parecían dormir todavía los férreos puños de los esforzados caballeros, ó junto aquellos escultóricos grupos que, llenando los huecos de los balcones, recibían resignadamente en sus duros torsos de mármol la claridad del día, vigilaba ese

arte divino, huésped de los alcázares y penate de almas delicadas, que pasea en las horas de soledad por las desiertas salas de los museos, restaurando con su valiente pincelada el vetusto lienzo ó retocando con mágico cincel el ultrajado busto.

Decoraban los amplios techos imitando la manera antigua, delicadas pinturas y orlaban los muros suntuosos tapices, obra de un siglo dedicado á reyes y magnates. Allí donde faltaba un tapiz, veíase un pálido paisaje de Ruysdael ó una vigorosa figura de Rembrant ó una dulce y melancólica composición de Claudio de Lorena. Vigor y delicadeza á un tiempo mismo. ¿Sería simbólica semejante predilección? Hay almas que escriben su historia con símbolos; almas pequeñas que gustan de *bi-belots*, de curiosidades cristalinas, de objetos raros y brillantes y almas inmensas en que se cuaja la obscuridad augusta y se tejen misteriosas tristezas y se dibujan salientes y duros rasgos.

Era aquella una hora de paz.

El antojo del espíritu, imaginaría que al ruido de una puerta ó al suave movimiento de alguna cortina, había huído hasta esconderse en el misterio una legión de brillantes sombras, olvidando las llaves en el bargueño histórico y en el bruñido mueble el alaifón de plata. Si los fantasmas del miedo aparecen de noche, los de los cuadros surgen con el día, espolvoreados por la primera luz, descendiendo en magníficos tropeles, salvando los obstáculos de las molduras al galope de sus caballos de sueltas riendas y pretales rojos, empuñando lanzas, prorrumpiendo en gritos de invasores, ple-

gando tímidamente sus alas como medrosas polillas al más leve ruido y volviendo á quedarse inmóviles bajo el barniz, para mirar con austeros y penetrantes ojos al usufructuario de la vida que llega inoportunamente á interrumpir su bacanal. Aquellos caballeros de encendidos tahalíes, aquellas exuberantes damas, aquellas rosadas doncellas, aquellos rubios pajes, aquellos escuderos y ganapanes esclavizados á los lienzos por la inspiración del artista para decorar galerías de egregios alcázares, acostumbrados al paso de príncipes y embajadores, quedáronse más rígidos, más asombrados todavía, cuando oyeron una voz que anunciaba á la señora doña Catalina de Abastos, y vieron avanzar sobre el lustrado suelo aquellos pies graves y pesados de la enseñoreada Celestina.

No fué menor en ella el espanto al encontrarse en tan suntuosa mansión, porque como tenía el habla hecha para señoras de piso y no de palacio, y además llevaba por acicate y celo una promesa de fortuna que había de estrellarse contra tamaña esplendidez, quedóse cohibida y con la intención de fingirse enferma y de volver atrás; pero bien pronto la reflexión la gritó al oído que no eran aquellos los tesoros de un Buckingham, sino los restos de muchos y muy diversos naufragios llevados hasta allí por el capricho de la casualidad.

Se mostró, sin embargo, muy convencida de que la casualidad había tenido su fundamento, cuando allá por el extremo del último salón vió aparecer á la gentil criatura á quien con acierto tan raro acababa de tasar. ¡Era cosa excelente, y en manos

hábilés podía representar un negocio soberbio! ¡Lástima grande que se hubiera dedicado á la explotación de sí misma!

Cuando Leonela llegó hasta aquella mujer, inclinó ligeramente la cabeza y con voz firme y dulce preguntó:

—¿Es usted la *señora* que me han anunciado?

—Efectivamente —respondió doña Catalina— y lo único que sentiré es haber llegado inoportunamente, señorita... No—añadió con su tono empalagoso de costumbre y devorando con los ojos á la recién llegada;—no me habían mentido al ponderar tanta hermosura.

—¡Bien! Tome usted asiento si gusta.

—Lo haré por complacer á usted, señorita Leonela. ¿No es así como usted se llama?

—Justamente; pero ¿quién la ha dicho á usted mi nombre?

—¿Eh?—repuso la vieja con su tono cada vez más amable.—Madrid entero pronuncia con ansia el nombre de usted.

—¿Madrid entero?

—¡Vaya! ¡Sí, señora! Rayo de luz que ciega ¿ha de pasar inadvertido?

—¡Sin embargo, no hace mucho que resido en la corte!... En fin, yo no puedo robar á usted el tiempo y me agradecería saber lo que pretende.

Doña Catalina dejó escapar un largo suspiro.

—¡Ay, señorita!—exclamó.—Misión delicada es la mía, y así, antes de hablar, quisiera hacerla dos ó tres preguntas.

—¡Como usted guste!

—Y... ¿no se ofenderá?

—No creo que haya usted venido á mi casa para traer ofensas.

—Así es la verdad... ¡pero estos hombres!...

—¡Ah! ¿se trata de un hombre? — dijo Leonela, haciendo un mohín de franca hostilidad.

—De un hombre que está loco... pero...; permítame usted la pregunta: usted es libre, completamente libre, ¿no es cierto?

Al hablar en esta forma, la Celestina miró ansiosamente á Leonela, guiñando uno de sus ojos de una manera casi imperceptible.

La joven no dió á entender que hubiera comprendido.

—¿Es usted casada? — añadió doña Catalina, acercándose más á Leonela.

—No comprendo el alcance de sus preguntas, pero la contestaré como me sea posible.

—Sin incomodarse, por supuesto.

—¿Y para qué?

—La gesticulación producto del más leve enfado aja el rostro, y ese que es de perlas finas no debe estropearse así como así...

—¡Ah! — exclamó repentinamente la joven, como si dijera: ¡ya comprendo!

—Pero... ¿no me responde usted?

—Sí—respondió bruscamente Leonela;—no soy casada; no soy libre.

—Entonces hay madre ú hombre de por medio...

—¡Hay mi voluntad! — respondió Leonela, levantándose con tan fiero ademán que la Celestina

se quedó verdaderamente asombrada. — ¡Tenía usted razón! — repuso con cruel ironía— ¡era muy delicada la misión que la trajo á usted hasta aquí!

— ¡Pero muy honrosa, y siento que usted se equivoque!

— ¡Vamos á ver! Me gustan las conversaciones claras.

— Hay en Madrid un hombre, allegado á mí... ¿entiende usted? — dijo insidiosamente doña Catalina, recobrando su tono zalamero— un hombre que daría por usted honra y vida.

— ¡Y trae usted el encargo de darme ambas cosas!

— ¡Libreme Dios! ¡Eso es cuenta suya!

— ¡Bien!; siga usted.

— Es título de muchas campanillas, y se halla en esa reposada edad en que nada se exige... ¿me comprende usted? Es discreto, es galante, distinguido, sin hermosura, tierno y dócil; por millones de hectáreas se cuentan sus tierras, varea millones, es pródigo como si el oro le naciera en las manos y adivina en los ojos de la mujer á quien adora el menor deseo. ¿Cómo han de dolerle prendas, hija mía, si solamente hablando de la posibilidad de que usted le escuchara me ha dicho que la pondría á usted carroza con tableros de oro? ¿se ríe usted?

— ¡Sin el menor respeto! — respondió la joven entre burlona y enojada— ¡sin la más leve indignación! — ¡Cuánto cuesta la vida! ¿verdad, *señora*?

— Usted me insulta, *señorita* — respondió doña Catalina, levantándose entonces y entornando los

rugosos párpados con orgullo de vieja actriz.

—Diga usted á ese anónimo caballero, que redacte su proposición como un simple anuncio en cualquier periódico: «Caballero de campanillas, que se encuentra en edad reposada, con fincas, millones, etc., etc., desea una señora, á quien poner carroza con tableros de oro. Lista de correos, cédula tal ó cual» ¿no es esto más práctico y breve que explotar el hambre de una pobre señora, colocarla bajo la papalina de una viuda clásica y lanzarla á la casa de una mujer á quien no se conoce?

Doña Catalina, aquel símbolo de la paciencia heroica, nunca había sentido rasgar su piel con semejantes dardos. Torva, agitada, balbuciendo palabras sin sentido, pudo al fin encontrar su lenguaje y exclamó dejándose llevar de una sorda cólera:

—Menos digno que explotar el hambre de una persona como yo, es burlarse de ella; ¿de todos modos, creo que podríamos jugar á cartas vistas!

—¿Quién lo duda?

—Hay rumores, que no dejan bien quista la reputación de Leonela.

—Puede ser—respondió con calma la joven—porque hay rumores para todo y también correve-diles y terceros que en busca van de lo que no se ofrece. Leonela, buena mujer, es Leonela ¿comprende usted? prosiguió la traviesa joven imitando vagamente el tono persuasivo de doña Catalina. Misterio antes, y misterio después, se lleva usted al salir de esta casa lo que trajo al entrar en ella:

la curiosidad y un sólo recurso, el de decir cuanto la venga en gana.

Y al hablar de este modo, Leonela, haciendo gala de su gallardo andar, desapareció, dejando á doña Catalina confusa.

En aquel momento entró una doncella.

—La señora—dijo—me envía á que me ponga á sus órdenes.

—¡Muy bien! ¡muy bien, muchacha!—respondió la vieja mordiéndose los labios y recobrando su tonillo de circunstancias—¡mucho gusto tiene la señora para las gentes del servicio!

La doncella se inclinó con el aire más modesto que pudo.

—¡Esta es mía!—pensó entonces doña Sirena; y haciendo como que algún achaque le impedía caminar hacia la puerta con la rapidez que hubiera querido, se detuvo dando muestras de un vivo dolor, y repuso:

—¡Es buena casa!... ¿Estás contenta?

—¡Sí, señora!—respondió la criada bajando mucho la voz como prestándose á una confidencia.

—Yo sé—dijo al fin doña Catalina,—quién te daría una fortuna si me dijeras la verdad... ¿qué hace tu señora?

La doncella dejó ver entonces su altivo gesto, y mirando con el mayor descaro del mundo á la zurcidora de voluntades, la respondió:

—¡Mi señora hace lo que quiere! ¡Vaya usted con Dios, doña Catalina de Abastos!

Leonela penetró en un gabinete en que se hallaba otra mujer, joven como ella, casi tan hermosa.

—¿Oiste, Placidilla?—le preguntó con alegre acento.

—Sí, pero me has desconcertado del todo.

—¿Y por qué?

—Porque la situación va extremándose, mi querida...

—¡Leonela!—interrumpió vivamente la joven— ¡ya sabes que no quiero que me llames de otro modo!

—¡Bien, Leonela! ¿Piensas hacer almoneda con estos muebles? ¿Vender tu castillo de Cidron? ¿Volver á esos días que, según tú, son tan angustiosos y aprietan tanto porque no pasan más que una vez?

—¡Yo dejar en la calle y en la miseria á los que quiero! Mal me conoces, amiguita; ¡quiero ser poderosa otra vez! ¡Inmensamente rica y vengarme!... ¡Vengarme siempre!

—¿Quién sabe si esa mala mujer traía una buena fortuna?

—Sí—respondió con ademán pensativo Leonela;—creo que he encontrado lo que me hacía falta; mañana, ese pordiosero de amor, ese título de campanillas cuyo nombre ignoro, vendrá á echarse á mis pies, no como quien pacta, sino como quien se esclaviza, y el hacer rabiar á esa vieja me habrá valido un millón más. ¡Ya estamos en Madrid! Al vicio hermoso, jamás le falta protección y mis seducciones, ¿quieres que lo diga? están ahora tan seguras como mi odio infinito. ¡Qué triste! ¡Qué

inmundo es, visto desde lo alto de mi indiferencia, cada amor nuevo que viene babeando las palabras de siempre! ;Tan ineptos son los hombres que no han encontrado un léxico nuevo para sus sensaciones ridículas!

II

No se equivocó en sus pronósticos la joven Leonela, porque la ciencia de la vida es muy fácil para los espíritus avisados. Dos días después fué anunciado en su casa el marqués de Bólices, que llegaba con la sumisión de los vencidos. La joven pecadora le recibió en su gabinete confidencial, revestido con grandes paños de vellorí rojo, con aplicaciones de acero. Aquella mujer, lo mismo que los grandes pintores, se complacía en buscar los contrastes más raros de color y de luz, sabiendo que todos ellos servían para hacer doblemente victoriosa su hermosura.

El marqués, que había cruzado ya los salones con la misma sorpresa que si visitara por primera vez el Museo Británico, sintió una especie de sobrecogimiento al encontrarse allí. Leonela avanzaba despacio, sigilosa, quizá con aquella timidez irónica que puso Teniers en sus famosas tentaciones. Llevaba un traje azul, modelo Paquín, que hacía más elegantes aún sus soberbios armónicos contornos, y sus cabellos, graciosamente peinados en bucles, irradiaban áureas luces.

—Señorita— dijo el marqués, inclinándose profundamente,—vengo á reparar una falta.

—¿Una falta?—respondió Leonela con ingenua curiosidad, mientras correspondía al ceremonioso saludo del personaje.

—Sí, señorita; quizá más que de una falta, se trate de un verdadero delito.

La joven señaló una silla al de Bólices, mientras ella se sentaba también con noble y suprema elegancia. Hasta en esto tienen las mujeres su arte; en todo les concede la falda su complicidad.

—Yo me atrevería á rogar á usted que se explicara.

—Hay tristes equivocaciones en la vida, por no contar con lo extraordinario.

—Señor mío, confieso que si yo debiera imitar á Edipo, la esfinge no hablaría nunca.

—¿No adivina usted?

—Le aseguro que no.

—Ayer recibió usted la visita de una...

—Señora...—se apresuró á decir Leonela con la mayor naturalidad.

—¡Precisamente!—respondió el aristócrata, comprendiendo la noble intención de la joven.—Una señora á la que confié el alto encargo de saludar á usted.

—¡Ah! ¿Era usted?

Leonela miró atentamente al de Bólices. Luego prosiguió:

—Su digna emisaria cumplió sus instrucciones como persona acostumbrada á este género de delicadezas.

—Ahí está mi error, y por eso la ruego un perdón amplio ¡definitivo!

—Veamos las explicaciones que da usted —respondió graciosamente Leonela.—Tan buena soy, que deseo ayudarle...

—Eso es una esperanza.

—No —añadió vivamente Leonela;— es un temor...

—¿De qué?

—De que no atine usted precisamente con las palabras que puedan sonarme mejor... ¡Son tantas también las de uso corriente!...

—¡Oh!—pensó el de Bólices—esta mujer es de mucho cuidado; doña Catalina tiene razón.—Espero ardientemente—añadió en voz alta—el auxilio de usted.

—Usted, caballero, acaba de asegurar que hay tristes equivocaciones ..

—Es verdad, puesto que soy culpable de una de ellas...

—Pues bien—prosiguió Leonela con acerada voz;—aunque es, asimismo, de uso corriente en el mundo en que nos hemos concretado á mentir, el que los delincuentes proclamen su inocencia y las cortesanas su honor, yo debo decir al señor marqués de Bólices que por esta vez no se ha equivocado.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted?—preguntó el aristócrata sorprendido por la franqueza brutal de la joven, centelleándole los pasivos ojos ante la novedad de aquel lenguaje.

—Soy—continuó Leonela con acento cada vez

más frío,—soy de las mujeres que engañan, según dicen los que no cesan de mentir el amor y el deber, esas dos felonías de oro que pesan sobre tantas almas; hembra soy que vive del amor postizo, embaucando bien ó mal á los que buscan mi falacia...

—¡Yo seré uno de esos!—interrumpió el marqués sugestionado por la música de aquella voz, por la magia de aquella beldad, por aquel perfumado cinismo.—¡Eres una mujer adorable!

Precisa, glacial, enérgica la mirada de Leonela cayó sobre los tristes ojos de estúpido y gastado azul.

—¿Quién—dijo frunciendo el ceño—se atreve á tutearme así?

—¡Perdón! ¡perdón, Leonela!

—¡Ese tuteo debe ir del brazo con la *señora* que usted me envió ayer... Los dos son compañeros de su falta de delicadeza. La delicadeza es el señorío de las almas.

—Lo reconozco, pero no he sido dueño de mí mismo.

La joven, sin apresurar el paso, como haciendo ostentación de aquella su irreprochable hermosura, llegó hasta la puerta, levantó la pesada cortina plegándola á su espalda y prosiguió, sonriéndose:

—Sin ira y sin rencor puedo decir á usted, señor marqués de Bólices, que nuestra entrevista ha terminado.

—Es preciso, es necesario que usted me perdone, Leonela—clamó el afligido marqués;—no fué tan grave mi delito que merezca tanto rigor como el de privarme de su vista, de sus encantos.

—Ya sabe usted lo que su emisaria: que soy una mujer... fácil y que me llamo Leonela. Es decir, un misterio con una fragilidad y un nombre.

—¡Pero usted no sabe lo que yo he venido á decir!

—¡Oh, por Dios! ¡Señor mío!

—¡Yo la ruego á usted que me escuche!

—¡Es que presiento la declaración obligada!

—Preámbulo necesario á todo amor.

—¿Y si el amor no llega?

—¡Son tantos los preámbulos que no llevan nada detrás!...

—La ingenuidad de usted me hace volverme casi parlamentaria. Siéntese usted.

—Decía, Leonela, que algo ha de decir el que bien sienta ó el que tenga la costumbre de hablar; con amor ó sin él, cuando de algo de amor se trata, el más soez desaliñado, busca palabras bien vestidas que puedan servir de embajadores de sus sentimientos ó de sus propósitos. Yo traigo ambas cosas.

—¡Bien venida sea vuesa merced!—respondió la joven conteniendo apenas la risa.

—Amor y propósitos.

—Habla usted admirablemente, marqués; veo que no es usted de esos hombres eternamente tontos que cuando están junto á una mujer, no saben dialogar en mentira.

—Conozco esos silencios de esos hombres.

—Hombres vacuos, que yerguen el dedo ante sus propios pensamientos, diciéndose con trágica solemnidad como el antipático personaje de Daudet: *¡La vida, no es una novela!*

— Yo digo: la vida es una triste distracción.

— ¡Diversión de algunos! ¡Llanto de otros! Martirio de los más, la vida en sí es buena; agua de clara fuente baja como el río santo del cielo; si el hombre no la encenagara, reflejaría los más bellos pensamientos que son astros divinos; tal como está sólo puede borbolar al sol, en hervores de cieno inmundo.

— ¡Magnífico! ¡Ideal! Mire usted, Leonela— exclamó el marqués dejando brillar en el fondo de aquellos ojos, siempre impasibles, una alegre luz— lo que yo tuve por cosa arcaica y por ultraje á la razón, acaba de nublar la mía de tal modo, que si ella tuviera precisión de guiarme, yo saldría de aquí á tropezones.

— ¡Que perdemos el rumbo!

— Sin él y sin brújula estoy desde un crepúsculo en que en el horario de mi vida apareció la cifra romántica; la que yo no esperaba tener... Alma del paisaje fué usted, Leonela; fondo, una luz rosada muy breve que encendió mi espíritu; pasó usted muy de prisa y se quedó usted en mí... Vea usted una paradoja que abrevia.

— Gracias, marqués; ya le creía á usted víctima de un ataque de amor progresivo, con acotaciones y todo.

— No, Leonela; seamos dignos ante la verdad; dejemos entre sus cipreses apolillados las huesas de Armando Duval y Amaury. ¡Sobre ellos ríe filosóficamente el olvido, ángel de las tumbas modernas! La mirada y el gesto dejaron sin empleo á la palabra; la vista del oro, á la exposición de los

deseos; el camino de las virtudes ha quedado sin uso por los innumerables atajos que tiene. ¡Hay que abreviar, esta es la suprema razón del siglo!

—Sí, dice usted bien;—respondió Leonela, que parecía entregada á una meditación muy honda,— ¡con cinismo se arregla todo!

—¡Leonela!

—Amigo, conservémonos dentro de nuestra época.

—No;—respondió el marqués levantándose.— Rectifico; veneremos á ese pasado que tantas enseñanzas nos dió á pesar de lo mucho que nos burlamos de él; permítame usted ser sincero; explotar en fe, en entusiasmo, en vida, ¡una vez sola! Luego volverá la corrección á mis palabras y el frío á mis labios. ¡Leonela!, comprendo que *sin usted no es posible vivir*; ¡es la frase del molde, pero ya está dicha.

La joven entregábase más y más á su grave meditación; hosca y fiera como una reina antigua, erguíase ante el clamor de sus recuerdos, pálida... violenta.

—¡No se irrite usted!—prosiguió el de Bólices— la amo á usted con locura, con idolatría. ¡Como ama la pasión! ¡Como quiere el deseo!

—Sí; ¡ya sé!... ¡ya sé! —murmuraba Leonela hablando con su alma. — Vi ese amor que usted dice... ¡Terrible cosa sería, si fuera verdad!

—¡Tenga usted compasión de mí, porque me muero!

—¡Y tal vez daría usted la vida!

—¡Sin vacilar!

—¡La vida, que vale más que cien Leonelas, aun antes de su posesión! ¡Bravo! ¡bravísimo! ¡Está usted dentro de su papel! ¡Ahora un latigui-
llo, y ya no faltará nada á su mérito de gran actor del antiguo régimen; en verdad, hemos empezado una comedia harto inocente, sin sorpresas, y en la que se prevé el desenlace.

—Y en la que se alza la cortina sobre este corazón, que es lo más mío; enseñando mi fortuna, que es lo que más facilidades da.

—Sí—replicó la joven, contemplando de nuevo al marqués con cierta expresión de alegre desprecio,— entre todo lo infiel, entre todo lo que nos abandona, es lo que más hace por nosotros.

—¡Pero quiero una esperanza que me halague!... ¡Su amor, Leonela, una palabra solo!

Leonela apoyó el codo en su rodilla de diosa, y quedándose en la actitud contemplativa de los relieves de mujer que adornaban los frisos de los templos griegos, majestuosa, indiferente, más fría que la misma razón, dijo con voz muy clara:

—¡Pactemos, marqués! Pactemos deberes recíprocos de poco enojoso cumplimiento, derechos amplios de facilísima anulación; pero no hablemos de amor ahora, ¡respetemos esa ruína de las viejas costumbres!

III

¡Se habló mucho de ella! ¡era un éxito que se imponía! La razón callaba; el gran libro de la moral clásica se cerraba en silencio bajo su resplandor de gloria; la admiración la dejaba pasar; batían la marcha los sueños de amores que son los más alegres confiados y pintorescos de la vida y en tropel de homenaje seguíanla con ansioso gesto, enamorados fakres de una religión nueva, los reyes de la banca, los prohombres del blasón, los hidalgos de la inteligencia, los mercaderes que llevan en alto sus pulidos caduceos, los gallardos trovadores que poseen el secreto de inspirar amor y ternura; los locos que agitan sus tirsos de verbera sobre las frentes de los resignados; los necios que tienen el inmenso mérito de ostentar como reliquia consagrada la pluma de oro para firmar sus cheques y, en fin, todos los que podían rendirla algo grande ya fuera riqueza alcurnia ú honor, á cambio de una sonrisa, de una promesa vaga ó de una venturosa realidad. El de Bólices, era el amante reconocido, el histórico puente bajo el cual corría el rumoroso caudal de mil desconocidas fortunas. Su mismo tesoro, tenía muy anchas filtraciones que

iban á engrosar la corriente. La marquesa, bella mujer, decía en ocasiones:

—¡Ay, si no fuera por mi previsión!

Hay muchas maneras de nombrar las cosas.

El carnaval avanzaba deprisa con las horas de invierno, y el frío, que era su embajador, Pierrot misterioso de helada vestidura, iba dando la broma de sus amenazas á los invitados á aquella fiesta en que se mentía señorío y honor. Dos épocas había tenido la escalera de mármol, riquísima, antigua, de amarilla pátina, de anchas y relucientes plataformas y colosales esculturas; una de ellas era de feliz recordación para los ángulos de aquel palacio, archivos de las sombras viejas; la otra, la actual, era de escándalo y asombro para los altos muros que recibían á pleno golpe la dureza de la irritante luz. Sobre el tapíz espléndido que en las lejanas noches se tendía para prestar el disimulo de su blandura á las secas aristas de los peldaños, se deslizaban como aves de seda de rápido vuelo los ingrátidos pies de las bellas de ilustre alcurnia; los de los gentiles hombres de preclaros títulos; los de los próceres y los magnates que tejían los varios sucesos de la antigua historia; los de las venerables damas que iban ostentando en la última senectud, sobre los cabellos de luminosa nieve, la cuidada altivez de su grandeza.

Entonces todo transcendía á majestad; el roce de

la orla de encajes de la rica falda, el flébil sonido de la espuela de oro, hasta la lluvia de tenues, apagadas notas del minué que el capricho del aire esparcía por el ancho hueco, tenía algo del grave rumor escapado de una orquesta de cámara real.

Ahora, en cambio, en la alfombra blanda y rica, no tan severa como el tapiz antiguo, hundíanse los pies impacientes de los buscadores del placer y las ágiles plantas andariegas de los pisadores de playas é hipódromos, de las tiranas de breve imperio, de las propagandistas de la moda. El salón era un mundo aparte. ¡Iluminación fastuosa! ¡Boato en los detalles! ¡Riqueza en las flores exóticas que dejaban huir de sus hojas claridades del sol de otros climas! ¡Inmensa variedad de mujeres! ¡Hombres de condición selecta, de ordenada ó de alegre vida, que iban allí á disfrutar, á observar, á vivir más intensamente unas cuantas horas, entregados al baile, á la charla, al juego ó al amor!

Las figuras de los lienzos famosos se encontraban como en familia entre tanta gente y parecían adquirir, á medida que el tiempo pasaba, un gesto burgués de bonachona complacencia, como si pudiendo prescindir de sus rancias preocupaciones diéranse cuenta de que todo lo de la vida posee su lado bueno y feliz, hasta las reuniones de las altas entretenidas.

La vejez, no siempre venerable, tenía allí su magna representación en la ñoña figura de la señora doña Catalina de Abastos, portadora también

de luminosa nieve en los postizos, aunque dueña y no dama, Celestina y no Melibea.

¡Con cuánto regocijo parpadeaba, revolviéndose en su rojo sillón, al contemplar á todas aquellas alumnas del amor fugitivo que habían cursado en sus aulas, dándola en la ocasión presente el arrullo de sus carcajadas y el rumor de sus chistes en homenaje á su decanato!

No brillaba en sus ojos ese rencor senil de los viejos contra la juventud que se alborozaba; había en ellos algo de santa y materna curiosidad; una chispa de alma; diríase que aquellas hermosuras ungidas por la radiosa luz de las arañas habían palpitado en su ser; á la única que miraba con cierto disimulado desafecto era á Leonela, quizá porque no la comprendía del todo.

Era indudable que se hallaba allí lo más escogido entre lo mundano y que se trataba de una asamblea de distinciones pálidas, en las que la dissipación, ó quizá el martirio... no había borrado por completo la aristocracia de otros días; ¿dónde hay más refinado lujo? Estas son las mujeres que atisban al hastío para no dejarle medrar, profesionales de la risa, que no quieren comprender el llanto, ¿para qué, si tienen su filosofía? Pertenecen á un mundo rechazado que se nutre de odio, porque sabe que el otro mundo que la rechaza no es de índole mejor; su prurito consiste en desbocar los caballos de su carro de triunfo sobre los convencionalismos absurdos; en rasgar con las propias austeras manos del hombre de ley que le estudia el código que las acecha; en distraer al artista de

su hora de fecundísima inspiración; en convertir al sosegado en impaciente y al reflexivo en precipitado; en arrojar las horas en completo desorden á la cabeza del hombre metódico; en abrir de repente con prodigiosa magia la gaveta del avaro y en alejarse luego dejando á sus víctimas que vuelvan á buscar como les sea posible el rastro de su antigua vida.

La esposa y el reloj son buenos para la casa y el gabinete de trabajo; graves y severos, siguen ambos el eterno ritmo del triste deber; el reloj suena de madrugada para recordar á su cómplice la frase sin respuesta: *¡Qué tarde has venido!* El reloj enmudece enseguida; la esposa no; ¡oh dulce y misterioso secreto de los organismos delicados! ¡grata monotonía de la ternura! ¡timbre y voz que sonáis para recordar á los buenos todas sus enojosas esclavitudes, sus constantes cadenas, los deberes que los obligan y las luchas que los reclaman! ¡generosos intérpretes de la vida honesta! ¡benditos seáis, mas dejadme salir al balcón para ver á la casquivana, á la fementida, á la fatal mujer que vocea vendiendo amores! Es una loca de leyenda, que esclaviza en su faldellín á los rayos del sol y desconoce el valor del tiempo y no sabe de dónde viene ni hacia dónde irá...

Así se expresaba también el incomparable Bombonera; pero... ¡esperad, lectores!, que aún no conocéis á este *partiquino*. Bombonera es una personalidad definitiva.

Alto, flexible, la color quebrada, oblicua la an-

cha frente, que no es alcázar de ideas, sino el remate casual de aquel su edificio; regocijados los oscuros ojos por una inconsciente alegría, en trazo el bigote y la nariz prolongada, como si pretendiera oler donde guisan éxitos para hacerse plato, es uno de esos tipos admirables que deben figurar en nombre ó presencia, en los *menús* de los banquetes y en las invitaciones á los bailes de sociedad, como aperitivo ó atracción.

No son tipos nuevos los de esta clase. Alegrian ya los antiguos saraos, con sus llamativas casacas de cola de pichón, sus rubios peluquines y sus paquetes de caramelos bajo el brazo; pasea febrilmente con el autor de una obra durante el estreno, y como si la obra fuese realmente suya, siente decaimientos y esperanzas, costándole mucho el reprimirse para no presentarse en escena á compartir también los aplausos; es el *intimo* del torero de moda, y salta de palco á palco, y agasaja á éste y palmorea al de más allá, y sonríe al espacio, y solicita saludos, y aprieta manos y oficia de Rodrigón de duquesas y de recadero de ilustres damas, sólo para que le llamen familiarmente *Bombonerita*; y tanto se ha hecho notar y es tan necesaria la costumbre de verle y de que cada cual le tenga á su lado, que no hay *matinée*, *garden-party* ó *lunch*, donde no sea requerido. ¡Tan necesarios son á veces los males!

Por eso se encontraba allí el gran Bombonera; nuestro personaje paseaba con un político figurón, haciéndole los honores de aquella casa. ¿Cómo no se le veía por allí? ¡Preocupaciones del partido,

sin duda! ¡Oh! ¡Aquel salón no era lo que parecía; un templo del vicio, en que se consagraban himeneos de casualidad, sino la resurrección del propio Jardín de Academo, con mujeres bonitas, en el que se aglomeraban aguerridos militares, conocidísimos hombres públicos y literatos de grande y merecida fama lo mismo que en los remotos tiempos de Mad. Stael y de Lady Betty... ¡Esas horas azules, horas de arte, horas griegas, sin rebozos hipócritas, eran instantes de placer para los mundanos, y de estudio y observación para escritores y poetas! — Vea usted — decía — aquel joven de mediana estatura, mefistofélico semblante, cabellos entrecanos á trozos, frente pletórica y ojos negros, rasgados por una luz brillante de ingénita melancolía... ¡Treinta años tiene, y ya dió al Parnaso muchos y sazonzados frutos de su ingenio; siervos suyos son el verso y la prosa; pero ni el primero es aquel viejo quintañón, lacayo de alquiler, que, cargado de ripios, fué sirviendo á tantos, ni es la segunda la rancia matrona de hablar largo y tendido, que se quedó á la zaga, como el tío Palechín en sus arrozales, por negarse á sustituir los zaragüelles por calzones. Su verso es nuevo, es armonioso y limpio, y es todo él *sol de la tarde*, que hará esperar mucho su crepúsculo.

—¿Y aquel otro joven de valiente busto, sien henchida y abundante y recogida barba de oro que hace flamear tras de los lentes su mirada azul? He ahí una cabeza neroniana, que me trae á la memoria otro busto y otro hombre de ya lejana edad. El del primer conde de Toreno.

— Es verdad — respondió Bombonera — algún retrato he visto que robustece su opinión; este es otro paladín del ingenio que parece llevar las palabras del rico idioma castellano sujetas al arzón de su silla para ponerlas á bote de lanza allí donde quiere, siempre con alta y justa aplicación. Tal vez pequen de enérgicas y descaradas; pero... ¿qué hacer, señor, si esto exige la vida? A más vicio, mayor franqueza en la censura. Su crítica es acerada, mordiente; pero al herir avisa. ¡Salta, que tras ti voy! ¿No son estas las palabras del propio *Parmeno* en la *Tragicomedia*?

Estamos en un tiempo de raros contrastes, y si no, vea usted aquel otro que acaba de alzar la cortina y avanza tímido y medroso en la actitud preocupada del que no quiere lastimarse los pies; su rostro mofetudo, culminado por la naciente calva; su abundante y rubio bigote, sus ojos, que se redondean con susto tras de los gruesos lentes, nada revelan, en verdad, y sin embargo crea usted que ese recién venido es príncipe de ingenios que dejará tras de sí muy luminosa estela; un varón de alta santidad y peregrino gusto, para cuya inspiración es de blanda cera la rica prosa castellana, *amor de sus amores*.

Iba Bombonera á citar el nombre de aquel personaje y el de otros de tan rara valía como el de Gil Parrado, tiernísimo poeta de delicada musa que andaba por allí relampagueando en chistes, y el del cronista Castro, de inagotable vena, vate originalísimo de alma inquieta y aspecto moruno, y los de algunos más de su especialísi-

ma predilección, cuando se oyó decir á Bólices:

—¡Leonela! ¡Leonela!

El marqués llevaba de la mano á un hombre que miraba á uno y otro lado con insana curiosidad, como si en vez de hallarse delante de mujeres paseara la vista por las instalaciones de un certamen de industrias. Sonreía con sarcástica finura y exclamaba de vez en cuando:

—¡Aquí si que se ve carne de relieve!

El hombre gordo se sintió maravillado ante la hermosura de Leonela.

El de Bólices hizo su presentación sonriendo:

—¡El marqués de Aulejo, mi mejor amigo, el que siempre engaña...!—exclamó.

—¡Muy adelantado en mi amistad desde ahora!—respondió Leonela con su más encantadora sonrisa.

El de Aulejo, un verdadero sátiro vestido de frac, era muy alto aunque el exceso de su vientre le hacía parecer de menos estatura; tenía la cabeza pequeña, y los cabellos cortos y blancos; pero el rostro de palidez marmórea, animado por dos ojos brillantes y descarados, era de extraordinaria longitud. Adivinábase, desde luego, en aquel personaje, al hombre de mundo de raro cinismo velado por selectísima educación. Sus palabras lentas y firmes parecían rodar maduras de sus labios sobre aquel pecho enorme y rebotar en el macizo vientre y macerar el suelo. Su aspecto admiraba, causando repulsión á la vez. Era un hombre muy enterado de la vida y que sabía despreciarla.

Cambiadas las frases de rúbrica, falsas mone-



das, con que empieza el tráfico de embusteras sensaciones, Leonela voló como un pájaro hacia otro sitio pero se sintió sujeta por el talle, mientras silabeaban una risa junto á su oído.

—¿Verdad ó no?—exclamaba Placidilla, con malicioso gesto y dirigiéndose á otra joven que contemplaba atentamente á Leonela.

—¡Muy raro es!—respondió la interpelada—pero hay algo de verdad en lo que aseguras.

—¡Oh Dios mío! ¡pero cuanta afición al enigma! ¿puedo saber de lo que se trata? preguntó Leonela con aire risueño.

—¡Sin inconveniente! ¿Tú crees que puede parecerse un camello á una garza real?

—¡No! ¡que ocurrencia!

—¿Y un hipopótamo á una mariposa?

—Mucho menos.

—Pues tú, garza, tú mariposa, te pareces en no se qué, en un rayo de parecido, á ese personaje de gruesa importancia con quien ahora acabas de hablar.

—¿Yo? ¡yo parecerme al marqués de Aulejo!—exclamó Leonela soltando una sonora carcajada.

En aquel instante, el de Bólices procuraba llamar hacia otro lado, la atención del marqués de Aulejo.

—¡Eh!... ¡Rodrigo!... ¡Rodrigo!—decía.

Leonela, al oír aquel nombre se levantó poco á poco, intensamente pálida, dejando ver en sus ojos una expresión de terrible angustia.

—¿Rodrigo?—murmuró—¡Rodrigo! y el acento con que repitió esta frase parecía un eco de su

fina voz de costumbre. Hasta un punto tal, la ahogaba el latir de su corazón movido por las más extrañas emociones. Aquella sin embargo, fué el relámpago de un alma grande muy acostumbrada á fingir. El de Aulejo se aproximaba dejando ver el culebreo de lívidas luces en la comba de su pechera. Su risa tenaz, rasgaba su boca con un semicírculo que radiaba sensualidades; sus ojos devoraban á la joven que permanecía como sugestionada y con una sonrisa de llanto entre los labios temblorosos. Seguramente el salón aquel no era para ella sino un confuso fondo de luz en que se destacaba vigorosa la extraña figura del marqués. Aquel hombre en tal ocasión, despertaba la curiosidad más honda de su vida porque era el misterio.

—¡Leonela!—dijo con la voz pausada de los temperamentos fríos que no dejan nunca atropellarse á sus palabras para dominarlas mejor—la única vez que este pobre Florián se ha portado como un amigo leal y bueno, ha sido ahora, presentándome á quien no es para mí una desconocida... la he visto á usted antes de hoy, pues... vengo de París... ¿La sorprende á usted mi modo de hablar?

—Un poco... caballero, es necesario á veces echar mano de la franqueza.

—Agradezco á usted que la emplee conmigo. Mi manera de proceder es así señorita. Sin ser absolutamente rudo, prescindo de preámbulos... ¿Seré tan dichoso que pueda ver á usted á solas?

—¡Amigo!—exclamó Leonela riéndose—me parece bien la supresión de los preámbulos, pero no hasta ese punto.

—Quisiera hablar á usted de un amigo que ha muerto.

—¡Dios mío! ¡Una historia macabra!

—Lord Kidsner...

¡Pobre muchacho! ¿Le conoció usted?...—dijo Leonela sin inmutarse al oír aquel nombre.

—¡He ahí un suicidio por amor... por demasiado amor!

—¿No será una demostración de galantería el evitarme recuerdos de cosas que yo no provoqué?

—Sí... más sea ello lo que fuere, necesito que nos veamos á solas y pronto.

—Tiene usted razón—respondió Leonela con voz incisiva—quizá el mismo instinto que á usted le coloca en los labios esa petición... me haga á mí responderle... sí... ¡Veámonos y... pronto!

—Espero ya desesperándome.

—Mañana, ¡al anochecer! ¡es mi hora favorita!; la de la media luz que es cuando surgen y danzan ante nosotros los fantasmas de los recuerdos.

—¡Bien, hablaremos de espectros!

—¿Quién sabe, marqués?—exclamó la joven, y los dos se hicieron una reverencia muy cómica.

En la orquesta, engarzaba sus notas elegantes un vals de Strauss; las frentes radiaban; había aureolas de juventud y de piedras preciosas, luces que herían, destellos de ojos que se bañaban en el perfume de las bocas bermejas, rientes, jugosas.. Las artísticas esculturas tendían sobre los bailarines sus manos protectoras y hasta las figuras de los cuadros parecían empeñadas en comenzar un baile diabólico.

IV

Muchos autores han pintado ya la impaciencia romántica de una mujer que espera. Imaginad una estancia cuajada de detalles artísticos que parecen bultos informes á la luz que muere; en el hueco del balcón una gran mancha opalina del día que se vá, y arrojada sobre un confidente, la mujer... ¡Leonela! Allá dentro, brilla una luz sobre la alfombra rojiza; un reloj, tiembla dejando escapar la hora que anuncia. Son las seis de un día de Febrero.

Poco á poco, se oye un rumor que se aproxima, y aparece en la obscuridad de la puerta un trazo blanquecino... una falda cuyas líneas acusan el cuerpo de otra mujer joven.

—¡El señor marqués de Aulejo! —dice.

—¡Introdúcele pronto! —grita Leonela, que parece salir de un sueño, y su mano nerviosa hace girar la llave de la luz; pero no es una gran lámpara lo que se enciende, sino un débil punto rojo, artístico y diminuto faro en aquel mar de nacientes tinieblas. Como el resplandor asciende de un velador enano, el rostro de la joven se transfigura, bañado en suaves tintas, mientras corren sobre sus

ojos disfraces de sombra. El marqués se detiene absorto.

—Bien veo — dice — que la escena sobrepuja á la más exigente ilusión artística... ¡Es usted un genio, Leonela! ¡el genio del placer!

—¡Y el del remordimiento! — responde la dulce voz de la pecadora.

—¡Remordimientos! ¡ni usted ni yo podemos caer en esa ridícula puerilidad de los espíritus apocados! ¿qué remordimientos puedo yo sentir por traicionar á un amigo tonto, diciéndola á usted que mi mayor ventura sería la de gozar de sus encantos?

—¡Marqués!

—¡Digna exclamación de la antigua musa! ¡tono de indignación lisogero para un cupido veterano, que al oír ese ¡marqués!, reconviniéndole, cree tornar á sus buenos tiempos de galancete de opera!

—¡Si ha de comentar usted cuanto diga...

—Dios me libre, ¡sultana mía!, bromeo antes de...

—¿Antes de qué?

—De entrar en materia; ¡gran valor tiene esta palabra!

—Dejamos la oración en aquello del suicidio de lord Kidsner.

—¡Dios haya protegido aquella alma sin rumbo y sin orientación! El la amaba á usted á su modo; sentía codicias insaciables de fiera, rebozadas en el mal del multimillonario ¡el hastío! ¡éste fué su bala! ¡no hablemos más de él!

—¿Cómo? — preguntó la joven riendo — ¿no ha

solicitado usted esta entrevista para que me sincere de ese cargo?

—¡Al revés!, le dirigí ese cargo para proporcionarme esta entrevista; suele ser muy cuerdo el no decir la verdad, Leonela.

—¿Tan avezado á mentir está usted?

—Lo confieso; sólo diré verdad si celebro con doradas frases esa maravillosa hermosura que me inspira todo un amor desenfrenado.

—¡A su edad!

—¡Es mi eterna culpa!

—¿Un amor desenfrenado? ¿es decir torpe, violento, ruín!

—Sí; tiene varios nombres el pobre amor, que sólo es esto: labios que se buscan; ojos que se hieren; cerebros que se embriagan con un placer sensual purgándose de idéas... ¡el nuestro, en fin, Leonela! ¡el de los pervertidos! Ni usted por su *honorable* misión social, ni yo por mi ansia eterna de no perder tiempo, podríamos hablar en otros más elevados tonos.

El marqués se transfiguraba al expresarse así; en sus brillantes ojos se encendía aún más el ascua del deseo; su rostro, en plena congestión, respiraba apetitos carnales, y su bello pendía rojo, encendido en fuego de lascivia, mientras sus brazos duros y musculosos se tendían avidamente hacia la joven, que se dejó estrechar en ellos como si participara del mismo frenesí; más aún: le cogió ambas manos y echándole encima á su vez todas las llamas de sus ojos, díjole con voz blanda, en dejo de burlona melancolía,

—¡Cuántas víctimas tendrá usted á su cargo!

—Víctimas como usted... muchísimas—replicó él con sardónica risa.

—Yo no soy una santa —añadió algo picada Leonela;—pero se me antoja que entre estos dedos chatos y torpes han perdido su polvo finísimo las alas de algún ángel... ¿Por qué no ha de haberlos?

—¿Tú viste —dijola el marqués con familiar cinismo—la singular aparición de un ángel descendiendo á los brazos de un hombre? ¿Y así vives y así piensas... tú... entre cuyas joyas de mágico esplendor fulge como luz peregrina, el talento negado á las demás mujeres? Hubo en tiempos lejanos astutas amadoras que echando el amor por delante pedían, después del intenso placer, la honra perdida... Hoy ya no se atreven. ¡Hemos progresado!... Pero hablemos de nosotros.

—¡Sí, hablemos!... ¡Hablemos marqués! ¡Verdaderamente es usted un hombre muy original! ¡Es indudable que la práctica del placer es una cosa muy sencilla!... Y ¿puede usted vanagloriarse de no haber amado con predilección á ninguna?

—Podía jurarlo.

—Ni... ¿á su esposa?

—Yo no tuve otras esposas que mis vicios por lo mucho que me apresaron. ¡Soy solo, Leonela!

—¡Solo! ¡Qué mal se va por el mundo con esta triste compañía!

—Cuando me molesto á mí mismo cierro los ojos para no verme.

—Habrá usted tenido hijos...—exclamó la joven

con cierta zozobra, clavando en aquellas pupilas el enconado atisbo de sus ojos.

—¡Achacados... algunos! Yo, que dudaría de lo *que cae* dentro de la ley, rechazo en absoluto lo *que cae* fuera; pero ¿qué haces? ¿Pretendes, acaso, vengar á tu dilatada familia de monstruos femeninos? ¿Qué hombruna virilidad adquirió esa mano de niebla?

—¡Marqués! ¡Marqués! —gritó la joven con un acento indefinible, en que había escapes de río desbordado, llamas abrasadoras semejantes á esas lenguas de fuego que buscan el intersticio del horno cerrado para crepitar en el aire asombrado de su violencia.—¡Usted no siente lo que dice! ¡Usted es bueno, porque la inclinación al bien es lo más suave y fácil para la vida humana!... Usted... ¡no me lo niegue! es uno de esos tristes hombres que dan á las frases pomposas una importancia que no tienen.

—Yo —respondió fríamente el de Aulejo, riendo con toda aquella cara, como pudiera reir la Esfinge con todas sus ruínas.—¡Yo sé quien soy, hermosa!, ¡un mendigo de amores fáciles, que avanza por el escorial del placer rebuscando piltrafas de carne y andrajos perdidos de la gran túnica de Venus! ¿Qué misión más importante, no siendo más mezquina, se puede traer á este mundo?

La joven se levantó irritada, trémula, con el espanto que la producía al descubrir un abismo sin alma en aquellos ojos que esperaban bañarse en la luz nueva de una soñada felicidad, de una desconocida ternura.

—¡Entonces! — clamó — ¿qué hace usted aquí? ¿acaso bromea? ¿puede haber un mal gusto que ponga esas palabras en boca de hombre?

—¡Vamos! ¡ven! — respondió el marqués sin inmutarse, temblándole los labios á la altura del talle de la joven, — ¡siéntate á mi lado! Yo no sé por qué misteriosa influencia estoy satisfecho en tus brazos!

—¿Verdad que sí? — dijo Leonela dulcificando su tono otra vez — ¡lo mismo que yo! ¡cosa más extraña! ¡sintiendo un odio violento, me dejo influir por una rara tendencia al llanto!

—Tu cuello, Leonela, saciado ya de gargantillas de preciosas gemas, de rayos de luz arrancados á tierras generosas, necesita collares de besos que dejen por huella rubíes de sangre. ¡Vampiro seré, aunque dispires la lombarda de tus caprichos sobre el frío mascarón de mis años; aunque tus exigencias penetren en mi fortuna como ladrones hábiles... aunque el último esfuerzos de mi carne rota, me haga caer en medio del camino!

—¡Si no es eso!

—¿Qué quieres, pues?

—Tengo singulares antojos... ¡raras curiosidades!... ¡celos de otras sombras de antaño, que aunque se presentan confusas en las nieblas de nuestro entendimiento, son al fin relicarios de bruma, apariciones reveladoras de instantes más felices que estos que ahora pasan para los dos. ¡Ea!, declare usted, ¡reo de ingratitudes! ¿no pesa sobre ese corazón ciego y amorfo una triste memoria?

—En mi pasado sólo hay cerrazón.

—¿Ni una mujer que se destaque?

—Cruzan nombres, rasgos, chispas leves y detalles sueltos, y gestos de semblantes en súplica, por este mar polar de mi mente... ¡quizá haya una figura más sombríamente dibujada!...

—¡Una sola! ¿Luego la quiso usted?...

—¡De ningún modo! piedra fui que no cedió al manantial de lágrimas; resbalaron sobre el duro granito, llegó el sol de un capricho nuevo y evaporó la molesta humedad de aquel llanto. ¡Fué una criada! ¡amor de estudiante!

—¡Aurora! ¿Se llamaba Aurora?

—¡Calla!... ¡Creo que sí!...

—¡Marqués!... ¡Es usted un hombre!

—¿Añagaza?

—¡Pues claro!

—¡Ha caído en tu poder un capítulo sucio de mi vieja historia!

—¡Con que era usted!... ¡Con que era usted!... ¡Con que no miente esa voz que nos impulsa, que nos acosa, que impele al corazón hacia los personajes del gran drama ó del ridículo sainete de nuestras vidas! ¡Y á esa fuerza, á ese guión de nuestras esperanzas, la llaman instinto! ¡Oh! ¡Aquí hay más! ¡Aquí hay más! ¡Hay un Dios que cuenta las amarguras que provoca el delito y que engarza las horas que llevan á la espiación! ¿qué mano puede empujar la manecilla misteriosa? El rígido horario, como siniestra aguja en cuya superficie brillan sangrientos resplandores de venganza, gira minuto á minuto hasta señalar una terrible conjunción; ¡la hora!, ¡el verdugo!, ¡la víctima!, ¡lo demás es

cuenta del que hace la justicia y extermina á los jueces!

—Pero... ¿qué estás diciendo?

—Desvarío, ¡es un asombro que sentí!

—¿Y á qué obedece ese flujo romántico de palabras?

—Marqués... ¡yo he conocido en Londres al fruto amargo de aquel amor sin huellas de recuerdos!, á una pobre mujer... á una niña que pidió al balbucir el nombre de su padre y se lo negaron; que pidió al mundo su protección y la volvió la espalda... ¡pudo llegar al crimen, pero llevaba en su alma tanto peso de la propia bondad de su madre, que no pudo pasar del sacrificio!

—¿Y vive esa niña?

—Murió... ¡en el vicio! ¡en la miseria!

—Ya ves que cumplió con sus tres deberes elementales—respondió el marqués con la frialdad de una hoja de acero que traspasara el corazón de Leonela.—¡Nació! ¡vivió! y... ¡murió! ¡tus labios, Leonela! ¡tus labios!

—No—respondió la joven con enconada altivez... ¡ha transcurrido el tiempo que pensé dedicarle! ¡La hora que empieza es de otro! ¡Señor marqués de Aulejo, retírese usted! ¡Quizá el Dios del perdón y del olvido le hablen en este momento por mis labios!

—Pero... ¿es posible que tome usted tan por lo serio un asunto que no la interesa? ¡Gallarda situación la mía! ¡Vine buscando unos brazos en que caer, y me encuentro con una lección de moral!

—¡Tales son los contrasentidos del mundo! Si es cierto ese amor, procure usted conquistarme; ¡es una pena que le impongo en nombre de la mujer muerta..., de la hija abandonada! Busque usted, si los tiene, sus pensamientos más hidalgos, y envíemelos de embajadores...; pero ¡ahora, déjeme usted!... ¡Es una súplica de necesidad!

—¡Bravísimo! ¡Si esto es muy curioso! ¡Un repentino ataque de moralidad! ¡Y en usted! ¡que es como si yo, en plena razón dura y fuerte, me sintiera acometido por el histerismo y la sensiblería llorona! ¡La quiero á usted, sí; la quiero con ansia rabiosa, y perdone mi manera de poetizar; pero es muy triste que me obligue usted á conquistarla, habiendo tantos!...

—¡Puede usted insultar á mansalva!

—Cito hechos. Lord Kisnerd me hubiera envidiado por estar tan cerca de usted, y yo me veo en la precisión de envidiar al de Bólices, 'que, sin tanto arrullo, tuvo la suerte de cautivarla con más facilidad. Ya lo dijo Calderón:

*No hay hombre tan venturado
Que no tenga un envidioso,
Ni hay hombre tan venturoso
Que no tenga un envidiado.*

—Volveré, Leonela, volveré cuando pase la acción corrosiva de sus nervios. ¡Adiós!

Y el marqués, haciendo una reverencia muy prolongada, mientras miraba de soslayo para ob-

servar el efecto de su cruda ironía, se alejó despacio y volviéndose para saludar otra vez.

Leonela sostuvo su noble actitud, y después cayó sobre el confidente, rompiendo á llorar.

V

La fiesta se daba por iniciativa de Bombonera en la *Civette*, un palacio espléndido que el de Bólices poseía en la *Cote des Basques*. Reposaba la campiña envuelta en el manto espléndido de su fertilidad y el Cantábrico inquieto y mugidor deslizaba sus ondas airadas, á lo largo de la orilla buscando con ansia frenética hondas cavidades en que apoyar sus elásticas, innumerables manos y trepar monte arriba, escupiéndole su rabia á los altos pinos que le amenazaban con su ramaje negro. De vez en cuando, al impacientarse, daba terribles aletazos y volvía sobre sí mismo sus múltiples hocicos de gruñidora espuma como una bestia desvelada que no encuentra sitio apropiado para acomodarse y descansar. Allí; tras de la dorada verja, empieza el predio del marqués; ved el castillo, en lo alto de los peñascales, con la negra capucha echada sobre la blanca vestidura y semejante á un viajero cansado que se detiene para ver el terreno que deja detrás; brillan las macizas hojas de plata, fosforecen las esculturas y los saltos de agua, y sobre la rampa de calino

polvo, fulguran como asombradas pupilas de luz clara y nueva los arcos voltaicos bajo los cuales pasan sin cesar sombras diligentes. Discurramos por estos paseos en que la luna se encapricha y lleguemos al parque inglés, cerrado por doble línea de arcos, que hábiles jardineros supieron unir en artístico enlace. En el centro, sobre un templete, los músicos se deleitan llenando sus oídos, con las viriles notas de una sinfonía wagneriana; brillan en la altura, en dorados hilos las mágicas cuentas de una iluminación ideal, y como engarce y broche de estas gemas de luz, radian á trechos, soles diminutos de rara potencia, de rayos cortos, fijos, intensos, distraídas estrellas que la curiosidad ha hecho descender y quedar cautivas entre aquella red luminosa.

De entre las sombras que danzaban riendo, fué apartándose una mujer que, hastiada del brutal disimulo, no buscaba la poesía sino el silencio, esa fresca almohada de tupidas hebras y de blandas plumas en que descansa con sueño fatigoso, el espíritu dolorido. Seguía una olvidada calle de árboles que terminaba en la gruta del Erebo, llamada así, por los ronclos hervores que el Oceano hacía llegar hasta ella en determinados momentos. Ancha y larga era la tal calle y con una media cortina de granito y tenía por adorno mil estatuillas de faunos y sátiros entre los que campeaba una escultura colosal, representando al padre Sileno, apoyado en su viejo ciprés. La mujer, de gallardo aspecto, seguía aquel solitario camino protegida por la fastuosa claridad de la luna.

Iba sin rumbo, quizá soñando en medio de su hastío, con delirios de su alma joven; entregada á sí misma; con la mirada errabunda de estrella á estrella, en aquel profundo y claro cielo, como si las contara cosas de amor. Era Leonela. Por otro paseo inmediato, atisbándola, iban dos hombres; el de Aulejo y Bombonerita.

—¡Jugamos á la mitología!—murmuraba riendo el marqués. Héme aquí, convertido en una especie de Endimion con frac, en persecución de Diana cazadora.

—¡Cuidado mi respetable amigo que esa Diana lleva el carcax repleto de envenenadas flechas.

—¡Mejor que mejor!—como diría el Mendaña de la dramática de mis tiempos. Mujeres así deben ser las de nuestro mayor capricho. Reverdecíome su terquedad, amigo mío, y aquí me tiene usted dispuesto á todo, á escalar tapias, cosa difícil en mis años, á batirme en duelo y á manchar los cheques de mi cuenta corriente con las cifras que la sugieran sus antojos... ¿Ve usted como no había necesidad de cita? Es, como todos los tontos, amiga de la soledad.

—Un capricho que le viene á usted á pedir de boca.

—¡Y tanto, amigo Bombonera! Puedo decir, Don Juan algo tardío, que ésta será la última; pero ¡por Dios! que será tal, que me acredite.

—¡Yo que usted no me entregaría á una tan ciega confianza!

—¡No hablaría mejor el amigo Yubetta al caballero Mafei en la trágica noche de Ferrara!

Bombonerita se echó á reir con tales bríos, que el marqués, asustado, le tapó la boca.

—¡Cuidado, demonio! ¡Que me espanta usted la caza! Lo que necesito es que entretenga usted á ese presumido de Bólices.

—¿Para qué? Algunas botellas de la viuda de Clicot le han dejado fuera de combate; está allí ponderando la finura de los dos potros que ha comprado á Garvey.

—¡Magnífico! Pero... ¡con perdón! esta es la mía, que á la gruta va.

—¡Adiós y buena suerte!

—¡Oh! si venzo... si venzo...—fué diciendo el marqués mientras se alejaba.

La luna, en su cénit, se burlaba de él, recortando su figura con una sombra contrahecha que manchaba la arena brillante.

Leonela se había detenido á la entrada de la gruta. Esta era espaciosa y nada ofrecía de particular, á no ser su mágico interior. La bóveda era baja y de ella pendía un farolillo de luz verdosa, y en su fondo, en aquel fondo del que salían á veces siniestros rumores, abría-se un gran arco de estalactitas y florescencias coralígenas que comunicaba, no con una laguna, sino con un verdadero brazo de mar; con un ansa de agua tranquila al parecer, temblorosa en realidad por los recios marretazos de fuera.

La curiosidad de Leonela no se atrevió á pasar de allí. Ya iba á regresar, cuando llenándola de espanto, llegó hasta ella una voz.

—¡Pase usted, señorita Leonela!—la decía el

marqués de Aulejo;—esa estancia es más á propósito que su gabinete de Madrid para continuar nuestra interrumpida conversación. Las vaguedades son fuegos fatuos que esterilizan los empeños del alma. Sentémonos.

Leonela se repuso en seguida y dijo con calma glacial:

—¡Ah! ¿Es usted?

—Yo que vuelvo.

—¿Arrepentido?

—No; vengo decidido á su conquista, sea como fuere. ¡Nunca ocasión mejor!

—¡Violencia y en despoblado!

—¡Vana ciencia jurídica! ¡Lo mismo pudiera usted decir violencia y bajo esos luceros que animan al amor! ¡Frente á ese mar que nos envía bárbaros consejos de acometividad eterna! No; cada placer del mundo, es un fin determinado que debe perseguirse hasta morir ó hasta vencer; no se muere, porque el vencer es mucho más fácil.

—¡Ahora, no!

El marqués, embrutecido por los vinos selectos y por los deseos enconados, enrojecía cada vez más.

Era una congestión que explotaba en hambre de aquel amor que le enloquecía.

—¡Señor marqués!—prosiguió Leonela.—Me ha encontrado usted en una hora tranquila. Aproveche usted su suerte, y aléjese de aquí.

—¿Va usted á gritar?

—Bien sabe usted que no...; pero, insisto; retírese ó déjeme que yo lo haga.

—Mire usted, Leonela, yo me he burlado siempre de los hombres que se arrodillan ante las mujeres, torpes altares de una estúpida idolatría.

—¡Ha hecho usted bien!

—Y, ¡sin embargo, me arrodillo ahora delante de usted; en la persuasión de que cada hombre tiene su fecha y su hora de fanatismo. Esta calma convida á las sinceridades. Yo he querido olvidar á usted..., imaginármela como un ángel, con todos sus nimbos de bondad y gloria. Escuchando siempre su voz, he querido ser bueno, pensando en aquella mujer de quien usted me hablaba...

—¿De veras, no me engaña usted?—clamó Leonela, loca de alegría, cogiéndole ambas manos.—¡Se ha acordado usted de la pobre Aurora, de aquella mujer á quien tan sin piedad condenó á una vida de oprobio y á una muerte prematura y odiosa!...

—Sí; la he evocado como los antiguos hechiceros; he querido levantar en mi memoria un mausoleo á la hija abandonada; pero, según parece, no ha llegado aún mi momento expiatorio. Mi corazón sólo me ha dado por respuesta un largo bostezo de hastío...

—¿Es posible —decía Leonela—que haya en nosotros más olvido que en la tierra insensible? Ella guardará perpetuamente su cadáver, y usted no ha podido guardar ni aun la sombra de una mujer que, llorosa y trémula, le decía con el alma convertida en dolor: *¡Subiste al coche sin mirarme siquiera! ¿Por qué haces eso, si sabes que no voy á pedirte nada; si sabes que voy sólo á verte?*

—¡Esas palabras son una música de otro tiempo, una musiquilla de Offenbach, que suena para mí todavía!

—¡Señor marqués de Aulejo! ¡Está usted siendo el bufón de sí mismo! ¿Y si su hija viviera todavía? ¿Y si el capricho del destino la aproximara á usted para hacerla víctima ó cómplice de un crimen estupendo?

—¡No hagamos suposiciones, Leonela! ¡La muchacha murió por fortuna!

—¡Es usted un miserable cínico!

—¡Puede que sí! ¡Tal vez me resulte gratisimo el serlo!... ¡es una diversión de mi vida de solitario!... ¡Lástima grande que me haya distraído usted en mi más escogido momento de patética ternura! Decía que quise deletrear en esas rotas páginas del libro de mi vida, pero me lo impidió una sombra magna... ¡Usted! Usted que con una tenacidad que se me mete carne adentro, ahonda en busca del corazón condenado como viejo postigo, para dar en él una aldabonada de entusiasmo. Yo, viejo; yo, gastado; yo, grosero caminante que jamás ha descansado á la sombra de un ideal, vivo hoy únicamente para usted, y es usted la alucinación perpetua que me sobrecoje y me excita, gritándome: «Estos encantos míos, estas graciosas y veladas curvas, que tú medirías á besos, ese semblante en que aparecen combinadas la austera hidalguía y la jayanesca burla, estos redondos senos son una gloria reservada al hombre que sepa conquistarlos. ¡A eso vine! ¡Ya lo sabe usted!

—¡Qué horror! ¡No se me acerque usted—gritó

la joven poseída de terrible angustia, andando hacia atrás hasta detenerse en el mismo dintel del arco que se asomaba á la eternidad.

¡Cuidado!—la gritó el marqués, temiendo que una inadvertencia la hiciera caer en las aguas desconocidas.

—Por lo menos—repuso la joven con ironía—es usted previsor.

—¡Sí!—gritó frenético el marqués—porque te adoro, porque cada palabra tuya provoca una tempestad que haría estallar mi cráneo sino esperara apaciguarse en la calma del placer conseguido. ¿Pero por qué te me resistes, loca de ti? ¿Es tu santidad la que guardas? ¿No fuiste de tantos? ¿Pues por qué no sacias de una vez mis deseos? Si has llegado á odiarme, coloca un listón de dorada conveniencia sobre tus ojos y... ¡cede una vez más!

—¡No! —¡Qué infamia! ¡Título de nobleza y abo-
lengo de avilantez!

—¡Cede una vez más!

—¡No—conténtese con esta negación seca como su alma! Debe perdonarse al salteador, á los que asesinan, á los delincuentes en todos los grados repugnantes de la larga escala del crimen; debe perdonarse al que traiciona á su patria, al que escarnece á una mujer, ¡sí!, ¡hasta eso!, pero debe arrancarse sin piedad alguna el corazón, al que abandona á un hijo que no solicitó la pena de venir al mundo. ¡Por el amor, se puede gemir en prisiones, pero no se debe enjendrar á una pobre criatura para convertirla en prisionera y en esclava del mundo!; los cobardes que van avanzando por

el camino de su fortuna sin volver la cabeza hacia atrás, hacia un bultito humano que se queda á su espalda, pidiendo con voz débil protección y nombre; los cobardes que llegan á deshonar el torno de la Inclusa por miedo á la murmuración; los miserables que abandonan á sus hijos á la caridad pública ó á la caridad oficial, son los más viles asesinos que en su sombra cobija la tierra; son los malvados sin Dios y sin freno á quienes sólo falta el valor necesario para rasgar de una puñalada el corazón que hicieron latir.

—Pero... ¿quién eres tú para fulminar esos insultos desde el Sinaí de tus rencores?

—¡Oye, marqués! ¡Oye, Rodrigo! — exclamó la joven con aspecto extraviado, — aquella mujer de tu antigua música, de tu música de Obembach, te escribió unas palabras memorables, ¿te acuerdas? — ¡Adiós para siempre! — te dijo — ¡algo se levanta en mí para gritarte que tú, asesino de una mujer que tuvo corazón, serás la víctima de una mujer que no lo tenga! ¡La predicción ha de cumplirse!

—¿Y quién es esa mujer? ¿tú?

—¡Yo!... ¡tu hija!

—¡Mi hija! ¡mi hija! — repitió estupefacto el marqués — ¿pero esto es una comedia en la realidad?

Leonela, jadeando, mirándole á los ojos, arrancó la banda de rosas que cruzaba su pecho, y rompiendo su cadena de oro sacó el paquete de cartas que siempre llevaba consigo.

—¡Toma!... ¡lee! — exclamó con voz balbuciente — ¿no querías amor?... pues ¡hártate de amor y de amargura!... ¡ya ves si te sacio!

El marqués recogió del suelo el paquete, y pálido y confuso empezó á leer aquellas cartas, que probaban la identidad de la pobre joven. Esta, anhelante, con el alma en los ojos, esperaba todavía una explosión de infinita ternura ¡la felicidad de su vida!

—¡Mi hija! ¡es verdad! — murmuró el marqués alzando la cabeza, y al descubrir el blanco y desnudo seno de Leonela, herido por la gastada luz, gritó con frenesí, avanzando hacia ella resueltamente.

—¡Es verdad!... ¡mejor! ¡yo te engendré para que fueras mía!

—¡Madre! ¡madre de mi alma! — gritó la joven, retrocediendo aún más, irguiendo su divino busto junto á la muerte negra, encalmada y silenciosa, que parecía esperar ávidamente su resolución.

—El incesto—prosiguió el marqués tratando de sujetarla—es un delito de stirpe real.

—¡No! ¡déjeme usted!

—¡Estoy resuelto! ¡aunque el infierno fuera cosa inmediata y tuviera que ir á él enseguida!

Dijo, y abalanzándose hacia su hija, asió desesperadamente el vestido, que se desgarró en toda su longitud.

El marqués perdió el equilibrio y el agua silenciosa se abrió para recibir aquel cuerpo, haciendo saltar su espuma con bullente alegría.

—¡Oh! — gritó Leonela consternada! — ¡Aquí, Florián, aquí! ¡Socorro! ¡Marqués! ¡Salvadle!

Y corrió desesperada de un lado al otro de la gruta.

Apareció Bombonera aturdido, confuso.

—¿Y el marqués, señora? ¿Qué ocurre?

—¡Allí, allí!—volvió á clamar Leonela levantando los brazos al cielo.

—¡En el mar!

—Quiso ultrajarme y cayó.

Bombonera unió sus gritos á los de la desesperada joven y se oyeron voces y pasos precipitados en el jardín.

Leonela, de rodillas, con el semblante descompuesto por un miedo letal, contemplaba la sombra hipócrita que había vuelto á cerrar sobre el misterio aquel, su tupido telón. De repente, rasgando aquella obscuridad, avanzó algo; rayo de luna, trazo de niebla, vapor ó ensueño, que adoptó una forma de aparición fantástica, y Leonela vió la figura pálida de su madre, que, como si tomara posesión de aquel cuerpo, tendía los muertos brazos de pálida luz sobre la haz de las aguas.,.

CONCLUSIÓN

He aquí, marqués, confidente mío, por qué la pobre Gilda fué á buscar olvido á los ventisqueros de los Alpes y á Friburgo, donde los gnomos del río agitan eternamente sus sonoros martillitos de plata.

Después de conocerle á usted regresé á Castilla para rezar ante las tumbas de mi madre, de la señora Toñuela y del pobre maestro. Próxima á estas tres sepulturas, que guardaban hacía muchos años el hondo secreto de la muerte, había otra recién cerrada, con su borde de ladrillos nuevos, y encima un montón tumular de tierra blanda. Un hombre cavaba junto á ella, sudoroso y en silencio, pensando quizá en las horas alegres. Al pasar yo junto á la fosa se me enredó en un espino la orla de la falda y el trabajador acudió solícito á reparar el daño.

—¡Buen hombre!—le dije—¿es usted el conserje del camposanto?

—No; no, señora—respondió quitándose el ancho sombrero y mostrando, al sonreír, su hocico de lobo.—Soy sepulturero. Aquí no hay más que el guarda y yo.

—¡Bueno! ¡Es lo mismo! Desde hoy tendrá usted un tanto al mes, que irá á recoger á mi castillo de Cidron, si me cuida usted con el mayor esmero estas tres tumbas.

—¡Ah! ¿es usted la señora?—añadió el hombre dando muestras del más vivo respeto—¡descuide usted que aunque aquí no abundan las flores, porque sus raíces se pudren entre la arenisca, jardín ha de ser esto y en menos de nada...

—¿Y esta sepultura de quien es?—exclamé dejándome llevar por un curioso instinto.

—¿Cómo? ¿no lo sabe usted? ¡es la del Sr. Alcalde!... le enterramos hará tres días.

—¡El tío Madruga!

—El tío Madruga, duerme en aquel rincón hace diez años; se trata del Sr. Antolín.

Al oír aquello, experimenté una turbación espantosa; el sepulturero apoyado en su azada cuyo mango bruñía el sol, estaba muy lejos de sospechar lo que pasaba en mi ánimo.

—¿Murió de viejo acaso?—pregunté con voz trémula pretendiendo fingir como si al hombre aquel le importara mi disimulo.

—¡Quía! ¡no señora! lo que sucedió, fué que estaba cuasi ciego y con la falta de la vista y el asunto de la muchacha, no hay que decir que aquello fué vida; chisporroteo hoy, abatimiento mañana, todos los días brillaba un poco para amortiguarse de noche. Todos los días decíamos ¡de hoy no pasa el Sr. Alcalde!... ¡al fin se apagó!

—Y ¿dice usted que tuvo una desgracia con una hija suya?

—Así fué señora.

—¿Murió acaso?

—Más hubiera valido; era garrida la moza y se la encerró en la sesera salirse de lo suyo, trabándose de noviazgo á escondidas del padre, con el hijo del cacique y un día allá en la carretera, cerca de la ermita, perdieron los estribos los dos y aunque el uno al otro se achacaron la cosa, ello fué que la mocita quedó sin honra y él se fué y no volvió por más requisitorias que le echaron.

Yo debía estar más pálida que la misma muerte; cuando oí relatar aquel suceso extraño que completaba mi venganza, no pude menos de exclamar.

—¡Justicia de Dios!

—¡Eso dijo él,—señorita—¡eso dijo el pobre hombre! Quisimos los mozos buscar al ladrón y hacerle pagar con sangre su deuda de honra, pero él se quedó pensando y pensando y dejó escapar lágrimas como puños, hasta que dijo al fin.

—¡Dios sabe más que todos vosotros! no os volvais contra El, que esa es su justicia.

Y no habló más y murió besando á la chica y pronunciando un nombre que nadie atinamos con lo que era! ¡fué un santo señora!

—¡Bien, bien!—repuse, conteniendo mis lágrimas.—Cuidará usted este sepulcro, lo mismo que los otros tres..., ¿entiende?

—¡Descuide usted, señorita, descuide usted!

La tarde estaba en su plenitud; las casas del pueblo parecían volverme la espalda; la torre, pensativa, preocupábase quizá con otros más recién-

tes sucesos, y sobre la pared blanca, lejana entonces, en que había rebotado la copla, daba el mismo sol que sobre la tumba de aquel que la supo cantar. ¡Todo es igual en esta vida! ¡Corrientes de amargura, manantiales de olvido, horas que se atropellan, cargadas de duelo las unas, y de burla las otras!... En el castillo me esperaban mis deudos... Sinfrac, convertido en intendente; la patrona, mi fraternal compañera, Fidelio y Horacio, un mozalbete de quien me propuse hacer lo más difícil en los tiempos presentes, ¡un hombre bueno!

—¡Adiós, amigo mío; ahora ya conoce usted, como yo misma, mi vulgarísima existencia! De ella he sacado una triste conclusión: la de que sobre la tierra fecunda y alegre como obra de Dios, no caben sino el odio y la venganza, obras del hombre. ¡Ojalá fuera de otro modo! ¡Bendigamos al autor supremo, que nos quiso dar tal escenario, y reneguemos del hombre que vive bajo el cielo, lo único que hasta la hora presente no ha podido manchar!

FIN

	Ptas.		Ptas.
S. y J. ÁLVAREZ QUINTERO		J. LÓPEZ PINILLOS (PARMENO)	
<i>Comedias escogidas</i>		Las águilas (De la vida del torero), <i>novela</i>	
I. Los galeotes.—El Patio.—Las flores.....	3,50		3,50
II. La Zagala.—Pepita Reyes.—El genio alegre.....	3,50	J. LÓPEZ SILVA	
III. La dicha agena.—El amor que pasa.—Las de Caín.....	3,50	La musa del arroyo.....	
IV. La musa loca.—El niño prodigio.—Amores y amoríos.....	3,50		3,50
V. La casa de García.—Doña Clarines.—El centenario.....	3,50	MANUEL LINARES RIVAS	
		Teatro.—I. Aire de fuera, El Abolengo, María Victoria.....	
			3,50
		MANUEL MACHADO	
		Apolo, <i>poesías</i>	
			3,50
		EDUARDO MARQUINA	
Las inquietudes de Shanti Andia, <i>novela</i>	3,50	La alcadesa de Pastrana.....	
El árbol de la ciencia, <i>novela</i>	3,50		3,50
		G. MARTÍNEZ SIERRA	
JOAQUÍN BELDA		Sol de la tarde, <i>novelas</i>	
La piara, <i>novela</i>	3,50		3,50
ADOLFO BONILLA Y J. PUJOL		El poema del trabajo.—Diálogos fantásticos.—Flores de escarcha....	
La hostería de Cantillana, <i>novela</i> ...	3,50		3,50
CONCHA ESPINA		<i>Teatro</i>	
Agua de nieve, <i>novela</i>	3,50	I. La sombra del padre.—El ama de la casa.—Hechizo de amor.	
ANATOLE FRANCE			3,50
La azucena roja, <i>novela</i>	3,50	II. Canción de cuna.—Lirio entre espinas.—El ideal.....	
EDMUNDO GONZÁLEZ BLANCO			3,50
Strauss y su tiempo.....	3,50	CONDESA DE PARDO BAZÁN	
ALBERTO INSÚA		Dulce dueño, <i>novela</i>	
El demonio de la voluptuosidad, <i>novela</i>	3,50		3,50
JUAN R. JIMÉNEZ		<i>La literatura francesa moderna</i>	
Pastorales, <i>poesías</i>	3,50	II. La transición.....	
RICARDO LEÓN			3,50
Alivio de caminantes.....	3,50	JACINTO OCTAVIO PICÓN	
Los centauros, <i>novela</i>	3,50	I. Dulce y sabrosa.....	
RAFAEL LÓPEZ DE HARO			4,00
Poseída, <i>novela</i>	3,50	II. La honrada.....	
			4,00
		III. Juanita Tenorio, <i>novela</i>	
			4,00
		IV. Mujeres.....	
			3,50
		SANTIAGO RUSIÑOL	
		El pueblo gris.....	
			3,50
		Un viaje al Plata.....	
			3,50
		FELIPE TRIGO	
		El médico rural, <i>novela</i>	
			3,50
		FRANCISCO VILLAESPEA	
		Andalucía, <i>poesías</i>	
			3,50
		El espejo encantado, <i>poesías</i>	
			3,50



LEOPOLDO
LÓPEZ DE
SAA

CARNE
DE
RELIEVE

3,50 PTAS.